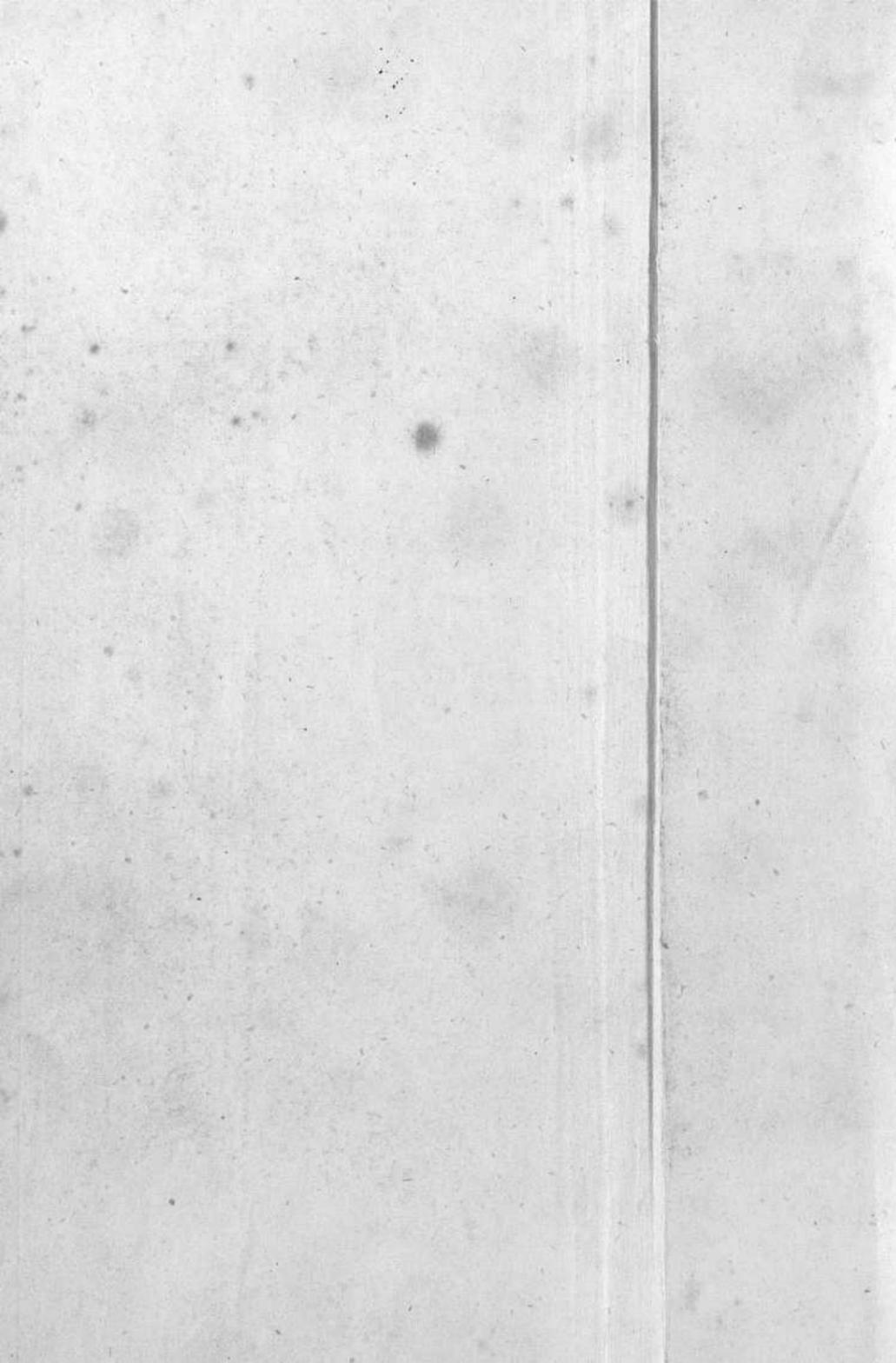


141

L. O. B. n. 17

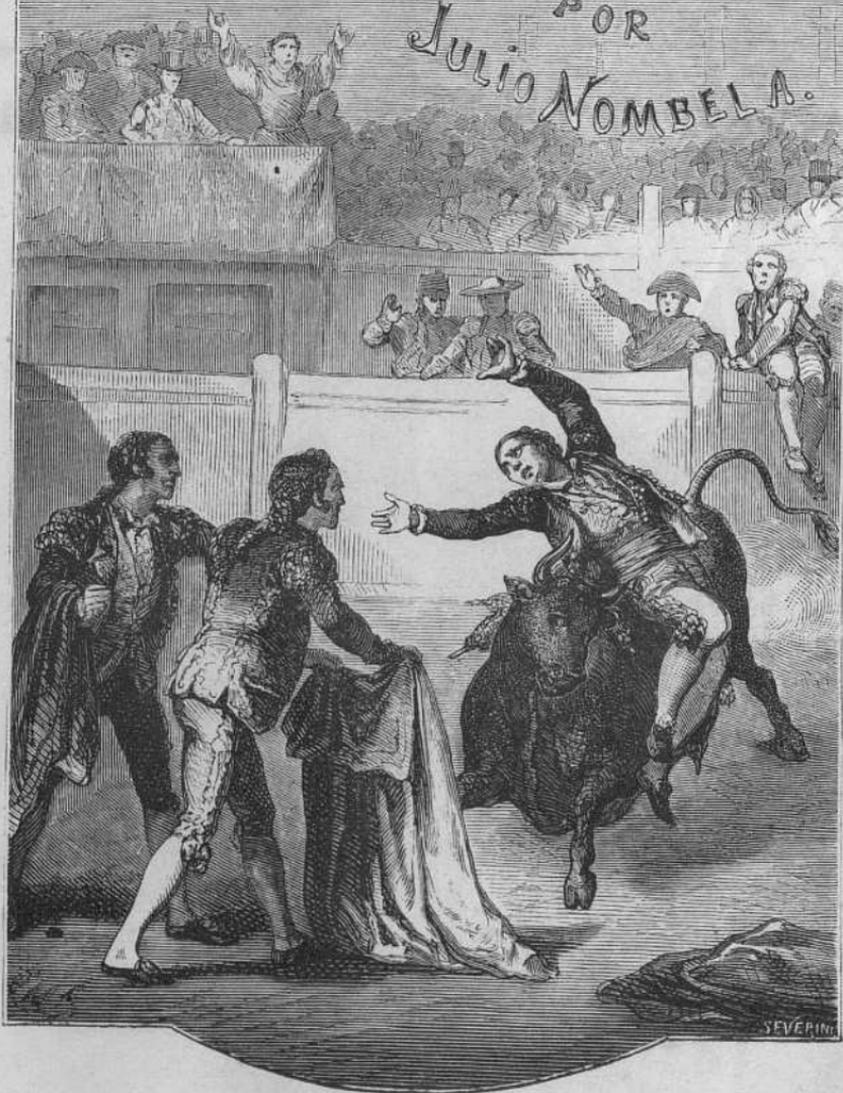


721



# PEPE-HILLO

POR  
JULIO NOMBELA.



PORTADA.

1944

*[Handwritten signature]*

PORTADA

J. CASTRO Y COMPAÑIA, EDITORES.

# PEPE-HILLO

MEMORIAS DE

## LA ESPAÑA DE PAN Y TOROS,

POR

JULIO NOMBELA.

•Los cataclismos sociales internos que no provienen de irrupciones bárbaras, se fraguan y se alimentan en el seno del pueblo: allí se depositan, crecen y se hacen gigantes las terribles pasiones comprimidas é ignoradas, sin cuyo estudio profundo, verificado en el centro donde se abrigan, la historia no puede legar á la posteridad las grandes é importantes lecciones que sirven para regir y conducir los pueblos. •

(D. AGUSTIN DURAN, prólogo de los sainetes de D. Ramon de la Cruz.)

~~~~~  
**TOMO I.**  
~~~~~

ADMINISTRACION.

PLAZA DE LA CEBADA, NÚM. 11, MADRID.

—  
1871.



## LIBRO PRIMERO.

### EL FANATISMO.

#### CAPITULO I.

¡Españoles sobre todo!

El día 29 de Marzo de 1793 fué un día de verdadera agitación para la corte de las Españas.

Madrid perdió su habitual fisonomía; á la acompasada tranquilidad de sus habitantes sucedió una actividad febril.

Y no era la causa de aquel inusitado movimiento el ardor de la sangre, propio de la estación primaveral que comenzaba; no motivaba aquella actividad ninguna fiesta pública, ni la esperanza de ir á recibir á los reyes de vuelta de alguna excursión á los Sitios Reales; tampoco habia anunciada procesion alguna, ni ejecucion en la plazuela de la Cebada.

— La causa de aquel movimiento, de aquella agitacion, de aquel ir y venir de las gentes, de aquellos cuchicheos, de aquellos diálogos al vuelo, no solo en las gradas de San Felipe el Real, donde esta animacion era cotidiana, sino en los alrededores del alcázar, en los átrios de San Ginés y Portaceli, en la puerta del templo de la Soledad, delante de las covachuelas, en las tiendas de los mercaderes de la calle de Preciados, en las cercanías de los Consejos, en la plaza de los Ministerios, donde vivía Godoy; la causa, repito, de aquella perlesia de curiosidad era más importante.

Los grupos y las conversaciones se hallaban tambien en el Rastro, en las puertas de los conventos, en los zaguanes de los palacios de la grandeza, en los salones y en los cláustros, en las tabernas y en las calles; y legos, artesanos, pages y lacayos, manolos y manolas, currutacos y petimetres, encopetadas damas y descocadas fregatrices, procuradores y abogados, médicos y abates, chisperos y covachuelistas, en una palabra, todas las clases de la sociedad parecian poseidas de una efervescencia, de un delirio que, si hoy pasaria desapercibido y considerado como un simple ataque de nervios popular por los modernos doctores, en aquellos dichosos tiempos habria hecho creer al más sesudo Galeno que la córte habia perdido el juicio.

Todas las operaciones peculiares de la vida, operaciones á las que la continuidad daba una rara perfeccion, se hicieron aquel dia con torpeza, de prisa, sin órden ni medida, á medias, como entonces se decia.

Los peluquines habian sido las primeras víctimas de aquella precipitacion. Los peluqueros, ávidos de llevar la noticia, la gran noticia, la piramidal noticia á sus parroquianos, habian perdido el pulso, y los blancos polvos, adorno indispensable del peluquin, no habian caido por igual sobre aquel adminículo, pero en cambio adornaban la punta de la nariz de algun severo oidor, el carrillo de algun eshelto guardia, ó el pecho de la casaca de paño de San Fernando de algun abate pulcro y presumido.

El soconusco se habia escapado de algunas chocolateras, y en otras se habia ahumado mientras las maritornes, poseidas de una viva y pecaminosa curiosidad, escuchaban detrás de alguna puerta la conversacion de sus amos; pocos eran los que no se acusaban de haber oido misa sin la precisa devocion; los vendedores ambulantes apenas vociferaban sus mercancías; los ayos no acertaban á repasar la leccion á sus educandos, y hasta los pobres que aguardaban la sopa de los conventos, en vez de reñir ó echarse en cara los favores que debian al lego distribuidor, parecian más preocupados que del hambre, de la noticia que circulaba.

Donde la afluencia era inmensa era en los puestos de libros de las gradas de San Felipe y en los despachos de los libreros Cerro y Toledano, Esparza y Sanchez.

Todos se disputaban la *Gaceta* de aquel dia, y el que la habia oido leer ó habia hablado con quien la habia leído, se consideraba más dichoso que los antiguos españoles cuando ponian una pica en Flándes.

¡Pero qué cuchicheos! ¡Qué comentarios á la noticia!

Tentado estoy de copiar aquellas frases vivas, espontáneas, ardientes; aquellas frases que más parecían salir de un corazón cubierto por una coña de malla que por una chupa de raso, de estameña ó de filipichí.

Pero esto distraería nuestras miradas y nuestra atención de un grupo numeroso capitaneado por un hombre alto, grueso, bien formado, de color moreno, de ojos vivos de fuego, de boca risueña, de frente despejada, de fisonomía franca y abierta, de musculatura de hierro, pero flexible, contorneada, graciosa, que con sombrero de tres picos, redecilla, capa torera de paño pardo pero fino, chupa corta, calzon corto, chaqueta con faldellines, media de seda y escarpines con hebillas de plata, hablaba con acento sevillano al andar entre la multitud de majos, vendedores, artesanos, gallegos de la fuente de la Mariblanca, y alguno que otro currutaco de los más apegados al feo vicio de la curiosidad.

El grupo habia salido de la barbería del *Loro*, un Fígaro andaluz que tenia á gala ser el rasurador de todos los toreros; y por la calle de las Carretas, desde la de las Huertas, donde vivia el rapa-barbas, llegó á la Puerta del Sol, pasó por delante de las gradas y por la calle del Arenal atravesando la de los Caños del Peral, no sin saltar por zancas y barrancas, que los alrededores de palacio parecían entonces un desfiladero más para trepar cabras que para andar personas, se dirigieron al palacio de los Ministerios, donde vivia D. Manuel Godoy, duque de Alcudia, primer ministro del se-

ñor rey D. Carlos IV y niño mimado de la señora reina doña María Luisa.

El grupo fué engrosando; los aprendices, las *irrabaneras*, las beatas curiosas que salían de las iglesias de comerse á los santos, los mandaderos de monjas, los guardias libres de servicio, los dómynes y los curiosos de todas clases aumentaron sus proporciones.

Hoy habria parecido aquel grupo el proyecto de una asonada; entonces no alarmó, y eso que, como el pueblo, salvando siempre á los reyes, murmuraba del favorito, no faltó quien al ver dirigirse aquel gentío á casa de Godoy pensara que la noticia de la *Gaceta* habia atufado las narices á la gente del bronce.

Los lacayos del primer ministro oyeron el tumulto, y desde lejos, como todas las personas que le habian visto, reconocieron al jefe del grupo, que avanzaba entre los vítores de la muchedumbre.

—¡Alto! gritó el buen mozo que capitaneaba las turbas parándose delante de los balcones del palacio.

—Todos obedecieron.

—Vamos á ver, zeñores, añadió con marcado acento andaluz; vais á subir conmigo uno de cada clase.

—¡Yo! ¡yo! gritaron todos.

—Silencio... Yo zeñalaré con el deo los que han de venir. Vd., madre beata, y el de las coplas, y ese aprendiz de zapatero, y aquel tan largo y tan delgao que paese un mandamiento, y es de seguro un dómynes, y ucé, seor currutaco. Ea, vamos arriba á ver zi nos recibe su Excelencia.

Siguiéronle los designados muy ufanos por la elección, y no tardaron en hallarse en una espaciosa antecámara llena de pretendientes.

—Oye tú, lacayo, dijo el buen mozo; dí á su Excelencia que el pueblo de Madrid, conmigo á la cabeza, viene á tener con él un rato de palique.

Una puerta se abrió, y el mismo Godoy salió al encuentro de aquella abigarrada comision.

—Zeñor, exclamó el hombre; hemos sabido que el rey nuestro amo...

Todos se descubrieron en señal de respeto.

—Que el rey nuestro zeñor, indignao con razon al ver que los franchutes han degollao á su rey y quieren hacernos tragar saliva á nosotros los españoles, ha declarao la guerra á Francia y que vuesencia se lo ha aconsejao. Toos aseguran que hoy lo canta así la *Gaceta* y que es la primera vez que no miente, con perdón de vuesencia.

—Es muy cierto; contestó Godoy.

—Pues si vuesencia no lo tiene á ménos, yo y los que me acompañan, el pueblo de Madrid en suma, ¡qué de Madrid! de España, venimos á dar á vuecelencia el alma y la via pa que le diga al rey que por la religion, por él y por la patria no hay uno solo, desde un confin al otro, que no rabie por ir á despachar por to lo alto á esos cobardes que dicen que no hay Dios y hacen correr la sangre de su amo. Nus han insultao y tienen que pagarla... Yo y toos lo mismo, pero yo y los míos, ofrecemos nuestras presonas si valen, y si no too lo

que ganemos trabajando mientras dure la guerra, y es tal el entusiasmo, que no hay rico ni probe, grande ni chico que no esté decidío á ir ó dar hasta su última monea, inclusive el pellejo. Haga vuesencia que vengán Sus Majestaes de Aranjuez y verán lo que valen sus vasallos.

—Esa conducta os honra, y si el monarca ha resuelto castigar á los regicidas, es porque ha contado con vosotros. No es el gobierno, no es el rey, es el pueblo quien anhela vengar los ultrajes hechos á la moral.

—¡Eso! ¡eso!

—Tres divisiones avanzan ya al encuentro de los franceses; una va á Cataluña, mandada por el general Ricardos; otra va al Norte, y su jefe es D. Ventura Caro; otra, por fin, á las órdenes del conde de Castel-franco, avanza hácia Aragon, y con el pueblo y con sus dádivas lograremos, Dios mediante, la más completa victoria.

—Ya lo oís, caballeros... es preciso echar el resto... mos han insurtao y es nesario ser españoles antes que too. Vamos, vamos á decir á toitos lo que pasa... Zeñor, venga eza mano si no lo tiene á ménos vuecelencia; yo juro que el pueblo español hará raya. ¡Andando, camaráas!...

Salió con la comitiva, contó lo que habia pasado, y resonaron gritos frenéticos de ¡Viva España! Viva el rey! y ¡Viva Godoy!

—Muchachos, dijo el jefe; drento é tres dias brindaré el primer toro que mate por el triunfo de España.

Estas palabras fueron acogidas con una explosión de entusiasmo.

—¡Viva Pepe-Hillo! gritó la muchedumbre.

El que había fomentado el amor patrio en el pueblo, el que debía comunicarlo á toda España, era el famoso matador de toros, encarnación vivísima de las costumbres, de las virtudes y las debilidades de aquel pueblo, al que llama la historia pueblo de *Pan y Toros*.

—¡Eso! ¡eso!

—Tres divisiones avanzan ya al encuentro de los franceses; una va á Cataluña, mandada por el general Ricardos; otra va al Norte, y su jefe es D. Ventura Castor; otra, por fin, á las órdenes del conde de Castelfranco, avanza hacia Aragón, y con el pueblo y con sus divas lo veremos, Dios mediante, la más completa victoria.

—Ya lo oís, caballeros... es preciso estar el resto de los días en el campo de batalla, y es necesario ser españoles antes que todo. Vamos, vamos á decir á todos lo que pasa... Señor, venga esa mano si no lo tiene á menos vueltas; yo juro que el pueblo español hará maravillas cuando camaráis...

Salió con la cornada, como lo que había pasado y resonaron gritos frenéticos de ¡Viva España! ¡Viva el rey! ¡Viva Godoy!

—Muchachos, dijo el jefe; dentro de tres días triunfaré el primer toro que mate por el triunfo de España.

## CAPITULO II

### La familia de Pepe-Hillo.

#### I.

Disuelto el grupo que capitaneaba el famoso torero por la primera *campanada del garbanzo*, cada cual fué á su casa, á buscar unos con qué matar el hambre y otros con qué satisfacer el apetito.

José Delgado, más conocido con el apodo de *Pepe-Hillo*, acompañado de su discípulo Santos, dió muchos apretones de manos á los circunstantes, y por la calle de Torija, la plaza de Santo Domingo y la calle de Jacometrezo se encaminó á la del Cármen.

El renombrado lidiador habitaba en el cuarto bajo de la casa que formaba ángulo con la calle de la Salud, enfrente del convento de los Carmelitas.

En aquella época no era la calle del Cármen lo que es hoy, ni con mucho.

El convento tenia por vecindad la Inclusa, dos ó tres posadas, algunas tiendas de comestibles; y las casas desiguales, más que del centro de la córte parecían propias de un arrabal.

## II.

La que habitaba Pepe-Hillo solo tenia dos pisos: en el bajo vivia el torero con su mujer, María del Pópulo Salado, y sus tres hijos, Antonio, Manuel y José.

En el principal se hospedaba un inglés, hombre de treinta y dos á treinta y cuatro años, que habia desempeñado en algunas provincias de España las funciones de agente consular de Inglaterra, que hablaba perfectamente el español y que profesaba un amor vehementísimo á España, su pátria adoptiva, como él decia.

Circunstancias especiales le habian llevado á dedicarse al comercio de piedras preciosas, y era muy conocido en todo el barrio.

Nadie tenia que hablar contra su moralidad y buenas costumbres.

Vivia con un viejo que le servia de doméstico; y Marmerto, que así se llamaba, aseguraba que era el fénix de los amos.

—Ha nacido y se ha criado en otra religion; exclamaba, y no quiere renegar; pero es mejor que muchos cristianos, y me deja cada dia cuatro ó seis horas libres para mis rezos.

Sir Guillermo era, pues, muy querido de todos los vecinos, y su admiracion hácia el más inmediato, es decir, hácia Pepe-Hillo, habia establecido una verdadera amistad entre el valiente lidiador y el traficante en pedrería.

## III.

Apenas llegó Pepe-Hillo á su casa,

—Entra y comerás lo que haya, dijo al banderillero Santos, á quien queria como á sus hijos.

—Hoy no me es posible, maestro; me ha convidao Juan, el ojito derecho de Pedro Romero, y, la verdad, como toos los de su cuadrilla no nos quieren muy bien, deseo averiguar algo, y Juan, que se crió conmigo en Sevilla, despues de haber comió bien y bebío mejor, es capaz de menear los huesos hasta á su mismo padre.

—Pues adios, y jalea á los muchachos para que cada cual dé lo que pueda, y que se diga que los toreros de Madrid no se han quedao atrás en enviar ofrendas al rey, que Dios guarde, pa ayudarle á meter el resuello pa dentro á los extrangis.

Ya se marchaba Santos, cuando retrocedió.

—Maestro, dijo; su hijo de Vd., José, anda detrás de mí pa que le lleve al mataero. Ya sabe Vd. que los chavales se divierten con las reses, y como Joselillo sale tan decidío pa el toreo...

—Ya sabes tú tambien mi sentir. No quiero que ninguno de mis hijos sea del oficio.

—¿Pero por qué, maestro?

—Cuando seas padre te darás la respuesta.

—¿Con que no vengo?

—No.

Y sin decir más, mientras que Santos subia por la

calle de la Salud, llamó á la puerta de su casa y salió á abrir en persona su María de su alma.

## IV.

Pepe-Hillo y María del Pópolo eran un verdadero modelo de amor conyugal.

Motivos de sobra tenian uno y otro para amarse con delirio.

Si buen mozo en toda la extension de la palabra era el torero, no habia en todo Madrid, ni acaso en toda España, una mujer más completa que su esposa.

La naturaleza se habia esmerado en concederle todas las gracias, y la Providencia habia enaltecido su alma con los más nobles sentimientos.

Apasionada en todo y para todo, era á la vez profundamente religiosa, y sin dejar de ser la mujer de su casa, la madre de familia, era tambien por la gracia y el gusto con que vestia, por la animada conversacion, que tenia suspendidos de sus lábios á cuantos la escuchaban, por los actos de caridad que á cada instante ejercia, por la naturalidad con que hablaba lo mismo á las encopetadas señoras que á las humildes pordioseras que acudian á pedirle limosna, era, repito, la admiracion de todas las clases de la sociedad, y tanto por sus cualidades como por ser la compañera del célebre lidiador, se enorgullecian con su amistad.

## V.

—Vengo muy satisfecho, prenda mia, dijo el torero. Aquí donde me ves, ha ido mi personita al palacio del duque de Alcudia, le he visto con estos ojos que se han de comer la tierra, y he chocado sus huesos con los míos. ¡Como que dá gusto ser español! Habias de ver á toiti-ca la gente, lo mismo el viejo que el mozo, lo mismo el currutaco que el chispero, todos á una ofrecer cuanto tienen para hacer la guerra á los franchutes.

¡Ay, Mariquilla mia! Con icirte que se me pasan unas ganas de alistarme de voluntario....

—¿Tú? Dios te libre de ese mal pensamiento.

—¡Calla, mujer! ¿Pué haber náa más grande, más hermoso que morir por la pátria?

—¿Y tu mujer? ¿Y tus hijos?

—Es verdad; si no fuá por tí, estrellita de los mares, y por esos peazos de cielo que Dios nos ha dao, aquí donde tú ves á tu José-Hillo, ya estaria con el chopo al hombro por esos mundos para dar una licion á los extrangis. Poique ensiende la sangre eso de pensar que los recondenaos han sio capaces de cortar el piscueso náa menos que á su rey. Pero, en fin, fuera penas: ya les enseñarán buena crianza los españoles. Uno de mis chicos, Anton Rana, se ha alistao y me ha dicho: «Maestro, yo le traeré á Vd. la cabeza de un fran-

chute.» Con ella adornaré el estrao.—Ea, á comer en santa paz, que esta tarde tengo que ir al convento de San Francisco á ver qué es lo que quiere el pae guardian.

—Pero ¿te ha mandao llamar?

—¿No te acuerdas, mujer? Cuando estuvo aquí esta mañana fray Martin, el leguito, fué pa icirme que el guardian me esperaba: y como él me quie tanto que ice que yo soy las niñas de sus ojos, «Vaya Vd., D. José, me dijo, que debe ser muy importante lo que tiene que decirle fray Meliton. Ya hace dos dias que un señoron muy encopetao pasa dos ó tres horas en la celda, y aunque yo no he podío entender una palabra de lo que han hablao, me paese que hay gato enser-rao.»—Aunque así no fuera, ya tú sabes que tengo muchas obligaciones con el pae guardian.

## VI.

Mientras su esposa disponia la comida, Pepe-Hillo entró en un cuarto donde estaban sus hijos.

José, que podria tener entonces unos ocho ó nueve años, se colgó de su cuello, y los otros dos, uno de doce y otro de catorce, apenas vieron entrar á su padre fijaron los ojos en los libros que tenian en la mano para demostrarle que estudiaban.

—Sí, por supuesto, dijo Pepe-Hillo, ¿creeis que me la

vais á dar á mí? Marrulleros, holgazanes, no paeceis hijos mios.

—Señor padre, murmuraron los dos á un tiempo con la mayor humildad...

—No me vengais á mí con salamerías. Pensar que sois unos zagalones y que en tavía no sabeis la dotrina de corrió... ¡Mala sangre! Más pequeño que vosotros era yo y to el dia lo pasaba dale que le das á la lesna, y en cuanto me escuidiaba sentia las correas en el lomo. Vamos á ver, ¿qué habeis deprendió hoy?

—Los artículos de la fé, dijo Antonio, que era el mayor.

—¿Y tú, Maolillo?

—Yo me ando todavía en los mandamientos de la Santa Madre Iglesia.

—Pues apréndelos bien y que se te queen en el meollo, porque los hijos mios han de ser muy cristianos, y si no os acomoa, á la primera leva, andando. Ea, cerrar ya los librotes y á comer.

## VII.

Los individuos de aquella familia se sentaron á la mesa y Pepe-Hillo pronunció una oracion, como era costumbre en aquellos tiempos antes de emprender cualquiera de los actos de la vida.

No habian pasado cinco minutos cuando llamaron á la puerta.

—¿Quién podrá ser? dijo María.

—Que abran y lo veremos.

La criada, que se llamaba Rosario y habia venido de Sevilla con la mujer de Pepe-Hillo, fué á abrir la puerta.

Un momento despues entró en el comedor Sir Guillermo.

### CAPITULO III.

#### El principio de una historia.

##### I.

El vecino del piso principal aparentaba en su rostro los síntomas de una gran agitacion.

—Siento venir á molestar á Vd. á esta hora, dijo; pero me he decidido á faltar á las conveniencias confiado en el afecto y en la bondad de Vd.

—Vd. es el amo de esta casa, dijo Pepe-Hillo.

—Bien venido sea, y acompañenos á comer, añadió María del Pópolo.

—Mil gracias.

—Se lo igo de veras.

—Ya sé que es Vd. generoso, y que todas sus palabras salen del corazon. Pero me encuentro mal. He pasado un mal rato, y si tomara cualquier cosa me haria daño.

—Vd. dirá qué es lo que quie de mí.

—Hágame Vd. el favor de subir á mi cuarto en cuanto acabe de comer: tengo que hablarle.

—Me paese que está Vd. mu aplastao. ¿Ocurre algò? Hable Vd. con franquesa. Ya sabe Vd. que yo no ten-

go secretos pa mi mujer ni mis hijos. ¿Puedo servirle en algo?

—Despues, despues hablaremos.

—Vaya, pues en seguía voy á subir.

—Pero siquiera una taza de caldo tome Vd., hombre de Dios.

—Muchas gracias, señora; mi criado me tendrá preparada la comida, pero es inútil: no pienso comer.

—Si algo se ofrece, como vecinos y como amigos...

—Ya sé, señora, que es Vd. muy caritativa; coman Vds. tranquilos, y hasta luego.

—Hasta luego, dijo Pepe-Hillo levantándose y acompañándole hasta la puerta.

Al volver á sentarse,

—No sé por qué me gusta este hombre, dijo.

—Es muy honrado, muy cabal; pero yo no sé lo que tiene. Desde hace algun tiempo anda chalaó...

—Es jóven; y si le han atrapao por ahí unos ejillos negros...

—Calla, hombre, calla; dijo María haciéndole una seña de que estaban delante de sus hijos.

## II.

Durante la comida volvió á hablar Pepe-Hillo de la actitud resuelta que habia tomado el pueblo español para secundar los designios del rey, y de buena gana repetiría sus palabras para dar noticia á mis lectores de los rasgos de abnegacion y generosidad que hicieron

todos los habitantes de España para identificarse con el monarca, si no me propusiera más tarde ofrecerles el animado cuadro de los sacrificios que todos hicieron para contribuir á aquella guerra que debia cubrir de gloria al ejército español.

Terminada la comida rezó José por orden de su padre un Padre Nuestro y un Ave-María en accion de gracias al Altísimo porque les habia dado el sustento de aquel dia, y tomando de nuevo el torero la capa de grana y el sombrero de tres picos,

—Adios, prenda mia, dijo á su esposa.

—Padre, dijo José, yo queria que su merced me diera permiso para ir con Santos al matadero.

—Te perniquebro si me vuelves á hablar una palabra del asunto.

—Es que...

—¡Chitito y mucho ojo!

—Dice muy bien tú padre, exclamó María; ¿para qué quieres tú ir allá con los guiferos?

—Pues mi padre bien iba cuando era mozo, y si no fuera por eso no habria aprendido á matar toros.

—Condenao, ¿y quies tú matar toros?

—Toma, yo quiero ser lo que Vd.

—Cuando seas hombre, si ties valor, hablaremos del asunto. Tan y mientras, á aprender la dotrina.

## III.

Pepe-Hillo salió de su casa y se dirigió al cuarto del vecino.

—Vamos á ver, eche Vd. por esa boca, le dijo.

—¡Ay, amigo mio, si Vd. supiera qué desgraciado soy!

—Me lo he figurao.

—Necesito de Vd.

—Pues aquí estoy en cuerpo y alma.

—Para manifestarle á Vd. lo que me pasa necesito contarle una histcria.

—Venga de ahí.

—Con el mayor secreto.

—¿Vé Vd. un pozo? Pues yo soy eso.

Y terciando la capa y tomando asiento en un sillón de baqueta, se dispuso á oír la revelacion que tenia que hacerle Sir Guillermo.

## IV.

—Vd. no ignora mi origen, añadió el inglés, y sabe Vd. que aunque hablo el castellano con alguna perfeccion y conozco á fondo las costumbres de este país, por haber vivido en él mucho tiempo y haberme connaturalizado con su modo de ser, sin embargo, profeso una religion distinta á la que tanto amor inspira á este pueblo, siendo esta circunstancia causa de que muchas

personas que me estiman y me abren las puertas de su casa con el mayor júbilo no se atrevan á saludarme en público.

—Tocante á eso, yo respeto la conciencia de todo el mundo. A cristiano viejo no hay naide que me gane; pero como uno no ha escogió el sitio pa nacer... En teniendo moral, y siendo honrao, yo disculpo á cualquiera. Y más le igo á Vd.; yo, que le estimo de veras, si renegara Vd., maldito si le volvía á dar la palabra de Dios en toos los dias de mi vida.

—Pues bien, no todos piensan como Vd., y hace poco he estado á punto de ser víctima de un atropello inaudito.

—¿Qué me cuenta Vd.?

—Al pasar por el callejon del Cofre habia á la puerta de una taberna unos cuantos hombres de mal aspecto.

«Ahí vive un hereje,» dijo uno de ellos.

«Vamos á asesinarle,» añadió otro.

Cuando de las palabras iban á pasar á los hechos, salió de la taberna un hombre mal encarado, á quien ya habia yo visto en otras ocasiones, y saliendo á mi defensa,

«Nadie toque á este caballero, dijo. Tiene conmigo una cuenta atrasada, y yo solo he de entenderme con él.»

En efecto, el tal ha venido dos ó tres veces á mi casa á proponerme negocios indignos. Ya sabe Vd. que yo, aunque en pequeña escala, estoy dedicado al comercio de piedras preciosas. Pues bien, ese miserable

me ha traído piedras falsas y me ha propuesto que las vendiera á las personas que me honran con su confianza ofreciéndome partir conmigo las ganancias.

La primera vez le despedí con buenos modos, diciéndole que yo no era un estafador. Insistió, y al fin y al cabo me ví en la necesidad de despedirle.

Apenas le reconocí, temblé. ¿Por qué no he de confesárselo á Vd., amigo mio? Conozco demasiado á esos miserables que deshonoran al pueblo de Madrid. Viven en la ociosidad y nada les importa pasar algunos meses en la cárcel de Villa. No hay uno de ellos que no lleve navaja. ¿Y de qué sirve el valor contra esos miserables, que armados con el puñal tienen á gala herir y matar á personas indefensas?

—¿Cómo se llama ese tunante?

—Ignoro su verdadero nombre. Pero, si mal no recuerdo, le conocen todos con el nombre de Colilla.

—Ya le conozco; durante algunos años anduvo por la plaza recogiendo colillas de cigarro, y de eso tomó el mote. Después fué mondonguero y ha estado en presidio lo ménos por dos veces. Pero es muy blanco; no tiene ni pa media mano de ninguna persona decente.

—Yo me detuve, y acercándose á mí,

«Vaya Vd. con cuidado, me dijo; todavía no ha llegado la mia; pero ya llegará. Ahora se va á armar la guerra y no va á quedar un hereje en toda España.»

Seguí mi camino y me acompañó hasta la esquina de la calle de Preciados.

«Andese Vd. con tiento, me dijo; porque muy pronto vamos á hacer una limpia de extranjeros.»

Sir Guillermo hizo una breve pausa. Despues prosiguió:

—Esto habria sido lo de ménos, porque al fin y al cabo siempre hay medios de librarse de un asesino; pero lo que más me ha apurado ha sido que al pasar por delante de muchas tiendas de la calle del Cármen, ni me han saludado sus dueños, ni los dependientes me han tratado con todas las consideraciones debidas. Lo mismo los mancebos que los mozos de cuerda y que los aguadores que transitaban por la calle me miraban de reojo, y he oido decir á algunos:

«Ese que va por ahí es un hereje. Es de la tierra en donde han arrojado al rey: no puede estar entre nosotros.»

Algunos me han seguido y poco ha faltado para que se hayan amotinado contra mí. Mi situacion, como Vd. ve, es en extremo crítica.

—Miste, tócate á eso yo disculpo á la gente, poique póngase Vd. en nuestro caso. ¿Hay argo más sagrao en el mundo despues de Dios que la personita de un rey? Pues bien, ya osté lo sabe. Los franchutes han metío en la cárcel al suyo y le han dao pasaporte para el otro barrio. Esto es una indiniá que clama al cielo. Despues no han faltao muchos que nos hayan traío

por aquí papeles que no aprueba la santa dotrina y hay tirria contra toos los extranjeros. Eso es muy natural. Yo mismo, si no le conociera á Vd. y supiera que es un hombre de bien por toos sus peazos, tendria á ménos tocar mis huesos con los suyos.

—Ya sabe Vd. que yo admiro como el primero el valor, la energía de los españoles, su amor al rey y á la religion. No ignoro que el Sr. D. Cárlos IV (que Dios guarde) ha declarado la guerra á la Francia. Por mi parte condeno las iniquidades que han cometido los revolucionarios. Pero ¿qué culpa tengo yo? ¿No ejerzo honradamente una profesion? ¿Falto á las buenas costumbres? ¿Desobedezco las ordenanzas de policia? ¿Ejecute algun acto que sea censurable?

—No señor.

—Pues entonces...

—El pueblo es ciego; es un toro bravío que da cornás poique le sale de adrento, poique tie génio, poique la sangre arde en sus venas. El cónquibus está en sortearle. Miste, á mí me ha pasao muchas veces tropezar con un toro bravucon. Al primer golpe de vista yo los conozco como la madre que los ha parío. ¿Y qué hago yo entonces? Le abro camino, le doy ensanche, le traigo á mi terreno y entonces le castigo. No vaya Vd. nunca contra la corriente del pueblo, y mucho menos hoy. A ese tunante de Colilla se le da una puntera, y á vivir. El mismo pueblo, si Vd. pide auxilio, le defenderá de él. Pero respete Vd. la inclinacion de los demás y escurra Vd. el bulto por unos dias hasta que

pare el fuego. ¿Quiere Vd. oír un consejo de un amigo? Márchese Vd. de España.

## VI.

El extranjero vaciló algunos momentos.

—¡Imposible! dijo de pronto con resolución.

—¿Por qué?

—Si Vd. supiera...

—¿Hay algo más?

—¡Ay! amigo; Vd. es hombre de corazón y me comprenderá. Hace dos años que una mujer subyuga mi alma. Llamado á mi país por el gobierno, desoí su voz y perdí mi destino. Careciendo de recursos, porque mi familia es pobre, me valí de algunas relaciones, y con mis ahorros emprendí el comercio á que estoy dedicado. La mujer á quien amo corresponde á mi afecto, pero es española. Es hija de una honrada familia, de una familia que por nada del mundo accede á nuestra union si no renuncio antes á mis creencias y abrazo el catolicismo.

Cuantos ruegos hemos hecho ella y yo á sus padres, han sido inútiles.

«Abjure Vd. de su religion, acójase Vd. en los brazos de la Iglesia católica, y nuestra hija será su esposa; así me han dicho.»

¿Y cómo acepto yo ese sacrificio? A fuerza de ruegos hemos podido conseguir ella y yo obtener condicionalmente el consentimiento de sus padres.

«Yo no puedo, me ha dicho el autor de sus dias, enlazar á mi familia con otra enemiga de Dios y de mi religion. La Iglesia condenaria este enlace, y yo no puedo aceptar lo que la religion rechaza.»

«Pues bien, exclamé yo; si consigo que la Iglesia me absuelva, que despues de escucharme me dé su proteccion, ¿será Vd. más inexorable que el tribunal de la fé?»

A esta pregunta me contestó manifestándome que, si despues de oirme el vicario me otorgaba su consentimiento, conociendo como conocia mi honradez y estando persuadido del amor que me profesaba su hija, accederia á nuestro enlace.

—Pues eso es argo.

—Sí. Además, he celebrado hace dos dias una entrevista con el cardenal Lorenzana, hombre eminente por sus virtudes y talentos, que me ha escuchado con bondad, y me ha comprendido y me ha dado esperanzas. Yo me he acercado á él, y postrándome á sus plantas le he dicho:

«Ved aquí á un hombre infortunado. Vuestra Eminencia puede devolverme la felicidad. Deseo unirme á una mujer que es un tesoro de virtud. Pero una barrera insuperable se eleva entre los dos. He nacido fuera del seno de la Iglesia romana. En vano me exhortará Vuestra Eminencia á abjurar mis errores. ¿Creeria nadie en una conversion tan súbita? ¿Podria honrarse el culto católico con un homenaje improvisado? Dejad al tiempo, al ascendiente de esa mujer á quien adoro, el cuidado de despertar en mi alma vuestras creencias.

Vos, ministro de un Dios de paz y de bondad, podeis concederlo todo.»

Acogiendo mis ruegos, declaró que en primer lugar, para favorecerme, necesitaba estar seguro de que yo estaba libre, de que no se profesaba en mi país más religion que la protestante, de que al ménos habia en mí vivos deseos de convencerme de que el catolicismo era la salvacion.

—Precisamente en estos momentos, valiéndome de mis relaciones cerca de los ministros de Inglaterra y de Austria, estoy á punto de conseguir que ellos mismos respondan de mí, y si tal hacen, como espero, venceré la obstinacion del padre de la mujer á quien adoro y realizaré la ventura que es mi sueño. ¿Cómo abandono en estas circunstancias á España? ¿No daría lugar mi fuga á sospechas deshonorosas para mí? ¿Cómo podría justificarme á los ojos de mi ídolo, á los de su familia, á los del mismo vicario, que tan nobles y generosos deseos ha manifestado en mi favor?

—Es verdad; habla Vd. como un libro, pero yo insisto: no hay que desafiar la ira del pueblo. Si se le ha metió Vd. entre ceja y ceja, será capaz de hacer una barbaría.

—Precisamente para evitar los peligros que me rodean he acudido á pedir á Vd. auxilio.

—¿Yo qué pueo hacer?

—Vd. es popular. Todas las clases de la sociedad le estiman. El pueblo ve en Vd. un oráculo, y además el corregidor, D. Juan de Morales, le aprecia á Vd., y si

Vd. le habla en mi favor y le explica la situación en que me encuentro, me amparará.

—De cualquier modo, lo que aconseja la pruencia es que mue Vd. de casa. Esto va á acabar pronto. Los leones han salío de su madriguera y ya van hácia Francia. Llegar y destrozar á los contrarios, todo va á ser uno. El español es generoso con el vencío. Mientras pasa el chubasco, Vd. se anda escondío, y... A propósito, se me ocurre una idea. Yo soy el ojito derecho del pae guardian de ¡San Francisco. Voy á verle esta tarde, le contaré el caso de Vd., y como él quiere le lleva á Vd. al convento y está Vd. allí como en un fanal. ¿Acomoa, ó no acomoa?

—No en vano esperaba yo hallar en Vd. el auxilio que necesitaba. Pero en esa santa casa, ¿querrán admitir á un hombre que es contrario á su religion?

—Miste, los pobres y los afligíos, cualisquiera que sea su móo de pensar, son hermanos de nosotros los católicos. Estése Vd. aquí quieto hasta que yo vuelva, y por de pronto, mientras yo viva aquí no tenga usted cudiao. Por lo demás, si hay que andar algunos pasos mientras Vd. está oculto, aquí está mi persona á su disposicion.

Y sacando del bolsillo del calzon un magnífico reloj de oro esmaltado en marquesitas, con un retrato en miniatura de mujer,

—Son las tres, dijo, y me espera el pae guardian; tenga Vd. pecho, y hasta luego.

## VII.

## CAPÍTULO IV

Sir Guillermo estrechó su mano, y el torero partió.

Antes de salir de su casa, echó segun costumbre, cuatro requiebros á su mujer, hizo unas cuantas caricias y dió otras tantas reprensiones á sus hijos, y poco despues apareció en la calle, embozándose con gracia en la capa de grana.

No habia andado diez pasos cuando encarándose con un hombre de mal aspecto que estaba á la puerta del átrio de la iglesia del Cármen,

—Miá tú, Colilla, le dijo, sé que andas en malos pasos y que buscas el bulto á un hombre que es mi amigo.

—¡Yo, señor José! dijo el aludido con hipócrita humildad.

—Tú, sí, que has nasío pa vivir toda la vía con un grillete, y cuando no lo tienes lo andas buscando. Pero si yo sé matar toros, sé tambien castigar tunos, y en cuanto yo te vea por los alrededores de mi casa, te agarro por el piscueso, te llevo al señor corregior y te mete en lo oscuro pa una temporá.

—Miste que le han engañao, señor Pepe; yo no me meto con naide.

—Chitito y mucho ojo.

Y sin decir más, terciándose la capa, continuó con majestuoso paso hácia la Puerta del Sol.

## CAPITULO IV.

### Preparativos para un golpe de mano.

#### I.

A poca distancia del paraje en donde Pepe-Hillo halló á Colilla, habia un mendigo arrodillado sobre las piedras, cubierto de harapos y mostrando á los que pasaban una inmundada llaga en el brazo derecho.

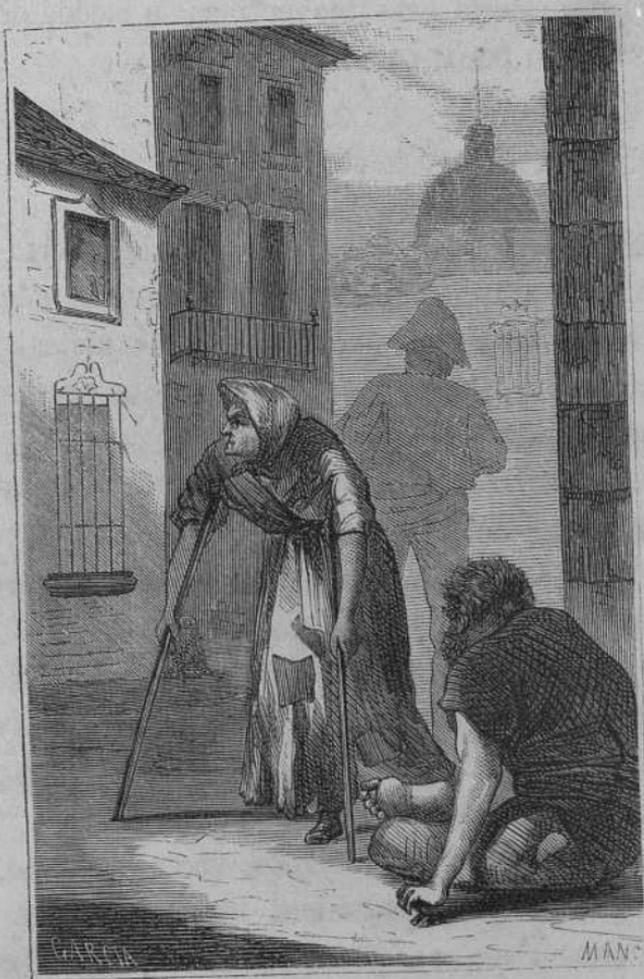
Colgaba de su cuello un escapulario y tenia en las manos un rosario con cuentas de madera, tan sùcio, que era de todo punto imposible reconocer su primitivo color.

Delante de él habia en el suelo una montera, en la que arrojaban los transeuntes á quienes conmovia con sus lacrimosas palabras, ó su asquerosa llaga, los roñosos ochavos.

El pordiosero pronunciaba á cada instante con un acento capaz de entristecer á las piedras:

—Tengan lástima y compasion de este pobre impedido que no lo puede ganar. Por la Virgen del Cármen, por las Animas benditas, por el alma de las personas de su mayor obligacion, den una santa limosna á este desventurado.





Colilla vió aparecer en la esquina de la calle de la Salud á una vieja apoyada en dos muletas.

Y de cuando en cuando mezclaba un Padre Nuestro y una Ave-María para mover más la piedad de los que circulaban por la calle.

## II.

No habría llegado el torero á la Puerta del Sol, cuando Colilla vió aparecer en la esquina de la calle de la Salud á una vieja apoyada en dos muletas, y del aspecto más asqueroso y repugnante que pueden imaginarse nuestros lectores.

La Tullida, que así la llamaban, era un verdadero mónstruo,

Podría tener unos sesenta años, y su cara era el vivo retrato de una lechuza.

Un zagalejo remendado con pedazos de tela distinta en calidad y en color, todo él muy súcio y con enormes *sietes*, cubría á aquella vieja, dejando solo ver unos piés toscos, cubiertos de una inmunda corteza.

El resto de su traje correspondía al zagalejo, y contribuía á aumentar la fealdad de la pordiosera.

A pesar de su aspecto repugnante, había logrado aparecer en aquel barrio de Madrid como una mujer muy beata, y todos los días al volver á su miserable tugurio, situado en la Cuesta de los Ciegos, iba cargada de pedazos de pan, de ochavos viejos y de prendas de ropa, producto que debía á la caridad de los que la tenían poco ménos que por una santa.

Apenas la vió Colilla aparecer en la esquina de la ca-

lle de la Salud, andando trabajosamente apoyada en sus muletas, se acercó á ella con el mayor disimulo y los dos cambiaron en breve tiempo estas frases:

—¿Se fué ya? dijo la Tullida.

—Hace un momento que acaba de salir.

—¿Y el forastero?

—Está en su casa.

—Es preciso que Argolla no le pierda de vista.

—Allí le tienes, y por cierto que esta tarde no le va mal. Lo ménos ha cogido ya dos riales.

—¿De modo que puedo entrar á ver á la señá María?

—Sin ningun cuidado.

—Bien, hijo mio, bien; todo se va arreglando á medida de mis deseos. Espérame por ahí, y en cuanto salga vente detrás de mí hasta mi casa. Cuando acabe el rosario de San Francisco vendrán los compañeros, y con lo que yo logre averiguar podremos preparar el golpe.

III.

Acto continuo volvió la Tullida la esquina, y entrando en la casa que habitaba Pepe-Hillo, despues de dar un aldabonazo, exclamó con voz meliflua:

—¿Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida Santísima, contestó Rosario abriendo la puerta.

—¿Está tu ama?

—Sí, señora.

—Pues dile que está aquí la pobre Tullida.

—Entre Vd., entre Vd., que me tiene dicho que cuando venga le haga pasar.

—Dios la bendiga; es una santa. No hay quien ampare á los pobres como ella; por eso la colmamos de bendiciones

Todas estas palabras. fué pronunciándolas la mendiga mientras se arrastraba por un corredor para llegar al cuarto en donde María del Pópulo aseaba al menor de sus hijos para salir con él á dar un paseo, y llevarle despues, segun costumbre, á la iglesia á rezar sus oraciones.

—Siéntese Vd., buena mujer, dijo María del Pópulo levantándose, acercándose á la pobre y ofreciéndole una silla.

—Dios se lo pague á Vd., hermanita.

—¿Qué le trae á Vd. por aquí?

—¿Qué ha de ser? Lo de siempre. Por mis muchos pecados estoy como Vd. ve, sin poder valerme, vieja, achacosa, y si no fuera por las buenas almas, Dios sabe ya dónde estaria.

—Vamos, que Vd. no puede quejarse; yo sé que en todo el barrio la socorren á Vd.

—Si no fuera por eso... Pero nunca me alcanza para atender al cuidado de mi hija. Tres años y dos meses hará por San Isidro que está la pobrecita en una cama. Yo no sé cómo tiene huesos para resistir. Y eso que ahora con las limosnas puedo darle de cuando en cuando buenos caldos. Pero antes, que estábamos ate-

nidas á la sopa de nuestro padre San Francisco...

—Mira, Rosario, dijo María, trae á esta pobrecita todos los mendrugos que han quedado y aquella saya mia que le habia destinado. Pero como eso no es bastante, añadió, ahí van esas monedas.

Y puso en sus manos un peso duro.

—Dios se lo dé á Vd. de gloria, hermanita. No crea Vd. que no lo agradezco. Todos los dias, mis primeras oraciones son por Vd., por sus hijos y por su esposo; y cuando hay corrida y el Sr. D. José va á la plaza, mientras él está allí, ya se sabe dónde estoy yo: rezando en el portal donde hay la sagrada imagen de la Virgen de la Paloma para que le libre de algun toro marrajo.

—Dios se lo pague, hermana.

#### IV.

La Tullida hizo un movimiento como para levantarse, y de pronto,

—¡Válgame Dios! exclamó, qué cabeza tengo. Se me iba á olvidar lo mejor. Ha de saber Vd., señá María, que esta mañana fuí á casa de un indiano muy rico que vive en la calle de Segovia, y que me protege mucho... Dios se lo pague... Es un señor tan santo, que cuando muera, hasta con casaca y con chupa va á ir al cielo. Su esposa, mejorando lo presente, es un dechado de virtud, y tiene una hija que es un manojito de flores... tan modesta, tan cristiana, tan... no se atreve á levan-

tar los ojos del suelo delante de sus padres, y á cada instante tiene en sus lábios el «Como su merced mande.»

—Vamos, no tiene igual.

—Pues como iba diciendo, parece ser que un caballero de noble alcurnia ha pedido á los padres la union de la jóven con su hijo, que acaba de llegar de Salamanca, y como á mí me quieren tanto esos señores, en buena hora lo diga, hablan de todo lo que se les viene á las mientes aunque yo esté delante, y decian que habian tenido noticia de que habia en Madrid un forastero de luengas tierras dedicado á vender piedras finas; pero no se acordaban ni de su nombre ni de las señas de su casa.

Como yo sé que Vd., señá María, es tan rumbosa, y como gana su marido tanto dinero y la quiere á usted más que á las niñas de sus ojos, que le compra arracadas y sortijas... «Yo les preguntaré, dije á esos benditos señores, y ella tal vez, ó su marido, conocerán á alguno que venda piedras.»

—¡Vaya si conozco! Sin salir de mi casa, en la misma vecindad, hay un extranjero que se ocupa de ese comercio.

—¿Ve Vd. como yo decia? Poquito contentos que se van á poner esos señores en cuanto yo les lleve la noticia. Y aun haré más. Como es Vd. tan buena, señá María, y le gusta hacer bien, voy á ver si me encargan que avise á ese mercader para que sea Vd. quien le dé el recado. De esta manera tendrá que agradecérselo, y entre vecinos siempre se estiman esas cosas. Por su-

puesto que tendrá que ir á casa de esos señores, porque son muy encopetados.

Ea, añadió la Tullida simulando un esfuerzo para levantarse, ya voy socorrida. Diquiá otro rato, que vendré á molestar á Vd., aunque ya sé que hacer bien á los probés es su mayor sastifacion.

—Rosario, dijo María, abre la puerta á esta mujé.

Y satisfecha porque habia llevado á cabo una obra de caridad, continuó su interrumpida tarea de asear á su hijo, amenizándola con un polo, que cantaba á las mil maravillas.

## V.

La Tullida se dirigió hácia la iglesia del Cármen, y entrando por la puerta de la calle de la Salud encontró á Colilla en uno de los ángulos del templo.

—¿Has hecho algo de provecho? le preguntó este.

—Ya está todo preparado. Mañana volveré á ver á la mujer de Pepe-Hillo para que envíe al hereje con las mejores piedras finas al sitio que tú sabes.

—Es que me temo que escurra el bulto.

—¿Por qué?

—Hoy le han dado un susto, y como están los ánimos así con la guerra, como él no es cristiano han empezado en el barrio á mirarle con malos ojos, y si se nos escapa sin haber dado el golpe...

—Nadie mejor que tú puede evitarlo. De todos modos, es preciso que Argolla no le pierda de vista. Yo voy

á rezar un credo al Cristo, y en seguida me voy á mi casa.

—Pues yo entre tanto encargaré á Argolla que no quite los ojos de su casa, y despues nos veremos. Me paece que todavía voy á ver ese cuello de lechuza que Dios te ha dao con uno ó dos collares de piedras finas. Despues no podrás escaparte de la cuerda de cáñamo, pero tan y mientras...

—Mientras dura, vida y dulzura, dijo la vieja separándose de Colilla y yendo á postrarse delante del Cristo que estaba, como está hoy, á la derecha del templo.

## VI.

Dejemos por ahora á la Tullida y á su cómplice llevar á cabo los preparativos para consumir un robo y procurarse la impunidad, aprovechándose del espíritu del pueblo contra los extranjeros para entregar á su ira á la víctima señalada, y vamos á seguir á Pepe-Hillo hasta San Francisco, en donde le aguardaba con impaciencia el guardian del convento.

## CAPITULO V.

### Un cabo suelto.

#### I.

Cualquiera que sea la opinion que los hombres del dia hayan formado de las comunidades religiosas, no podrán ménos de convenir en que particularmente las de la órden de San Francisco ofrecian á la humanidad grandes ejemplos de virtudes cristianas.

Yo sé bien que la imaginacion de los españoles ha enriquecido la *Floresta Castellana* con multitud de cuentos y chascarrillos, con innumerables sátiras y equívocos, en los que el protagonista es siempre algun fraile de anchas espaldas y abultados mofletes.

No seré yo quien niegue que en los conventos se refugiaban algunos hombres holgazanes y aficionados á la buena vida.

Tampoco pondré en duda, aunque por fortuna yo no los he visto, y digo por fortuna, porque aun no habia nacido cuando tuvo lugar la hecatombe de los frailes; tampoco pondria en duda, repito, que, careciendo algunos de la admirable fortaleza de San Antonio, cayeran en censurables tentaciones.

Pero son tan injustos los que atacan á las comunidades religiosas porque algunos de sus individuos, careciendo de verdadera vocacion, cometiesen excesos reprobables, como los que calumnian á la libertad porque en su nombre se cometen atropellos.

## II.

A aquellas sociedades religiosas, que con marcada tiranía se disolvieron á tiros y á navajadas, lo mismo en Madrid que en el resto de España, á aquellos hombres concienzudos, estudiosos y observadores deben las ciencias y las artes los progresos modernos.

Cuando se consideraba como un pecado el saber leer y escribir; cuando las grandes masas de poblacion no se tomaban el trabajo de pensar; cuando la ignorancia era el lujo lo mismo de los ricos que de los pobres, y más diré, cuando algunos de los muchos frailes que habia en el mundo, despues de terminar sus oraciones se diseminaban en las casas de las ciudades entreteniendole el tiempo en agradables coloquios con las familias más devotas, muchos santos varones recogidos en sus celdas pasaban dia y noche ejerciendo una paciencia sublime, hojeando los libros antiguos, meditando sobre las grandes verdades y los funestos errores de la filosofía, descubriendo nuevos horizontes á la medicina, y en una palabra, procurando á nuestro siglo todos los materiales para que las artes y las ciencias llegaran al apogeo á que han llegado.

No es mi ánimo disertar aquí sobre las ventajas ó los inconvenientes de las comunidades religiosas, ni mucho ménos hacer su historia.

Bástale solo á mi propósito demostrar que el convento de San Francisco el Grande ofrecia en Madrid en los tiempos á que me refiero un espectáculo verdaderamente sublime.

Los frailes en él reunidos imploraban con una mano la caridad pública, y con la otra repartian á los pobres cuanto debian á las almas piadosas.

No podia acusarse á los humildes franciscanos de lujo, de riqueza.

Al contrario, su vida era frugal, su ocupacion pedir limosna, su única felicidad repartir á los menesterosos el producto de sus postulaciones.

En continuo contacto con el pueblo, eran el amparo y el consuelo de las clases desheredadas, y en esto consistia su gran popularidad.

### III.

La devocion que en todas partes, y especialmente en Madrid, se tenia al santo fundador de la Orden, era inmensa, y tanto que habia la costumbre, costumbre que se ha conservado hasta hace poco tiempo, de dar á los muertos por sudario un hábito franciscano.

Semejante costumbre, unida á la que habia de llevar los cadáveres al cementerio en ataúd descubierto, dió lugar á que un extranjero recién llegado á Madrid se

negase á visitar el convento á pesar de que le invitaron á ello.

—De ningun modo, dijo.

—Pero ¿por qué?

—Yo tengo mis razones.

—Veamos cuáles son.

—Por fuerza debe reinar una epidemia en el convento.

—No lo crea Vd. Todos los que allí viven se conservan muy sanos.

—No se explica entonces que no haya visto desde que estoy aquí llevar al cementerio más que frailes de esa Orden.

#### IV.

Así como en estos tiempos no sorprende á nadie ver en las calles y en los paseos á rapaces de cuatro y cinco años convertidos por obra y gracia del entusiasmo paternal en milicianos nacionales, en aquellos era común que los padres, y las madres sobre todo, vistiesen á sus vástagos de frailes, y cuando esto sucedía, el hábito que disfrutaba de más favor del público era el de la Orden de San Francisco.

Los pobres aseguraban que la mejor y más abundante sopa era la que repartían los franciscanos.

Todo esto contribuía á que el convento fuese verdadero objeto de piedad del vecindario de Madrid, y á que sus alrededores estuviesen siempre llenos de perso-

nas de todas clases, sexos y edades que iban á llevar ofrendas ó á demandar auxilios.

El guardian fray Meliton era un hombre angelical.

Tendria por entonces unos sesenta años, y disfrutaba de una salud y de una agilidad admirables. 07—

Sus facciones eran bondadosas y simpáticas. 397—

Dotado de un claro talento y de un alma en que casi todos los sentimientos se habian fundido en uno solo, la caridad, con sus palabras y con sus dádivas habia enjugado muchas lágrimas, calmado muchas penas, y como ni aun los maliciosos podian murmurar de él porque era un dechado de virtud, disfrutaba de una verdadera áura popular.

## V.

Apenas le anunciaron la llegada de Pepe-Hillo dió orden para que entrara en su celda.

El torero, que conocia á todos los de la comunidad, regaló algunas de sus frases francas y humorísticas, que siempre tenia en sus labios, á todos los que halló al paso, incluso al hermano portero.

—Salú, pae guardian; dijo entrando en la celda y besando el cordon de su paternidad; aquí me tiene su mersé en cuerpo y alma.

—Tome asiento, Sr. D. José, dijo fray Meliton, que tenemos que hablar.

—Ante todo, dijo Pepe-Hillo alargando una onza, ahí va esa medalla pa el convento.

—Dios se lo pague y se lo dé de gloria, hermano.

—Pida su mersé á Dios que no tropiece nunca con un toro marrajo, y lo demás... ya sé yo que uno no es más que un probe pecador; pero la misericordia del Todopoderoso es infinita. Con que, vaya, sin más circunloquios, dígame su mersé qué es lo que tiene que mandarme.

## VI.

Fray Meliton, que tomaba rapé, absorbió un polvo y despues hizo al torero con la mayor solemnidad esta pregunta:

—¿No le remuerde á Vd. la conciencia, Sr. D. José, de haberme ocultado algun secreto?

—¿Yo? preguntó asombrado Pepe-Hillo.

—Me explicaré, continuó fray Meliton. Vd., que es un hombre muy religioso y muy honrado, y por añadidura muy caritativo, siempre que ha venido Vd. á Madrid á ejercer su profesion se ha acordado de los pobres y ha venido á traernos muchas limosnas, y con este motivo nos hemos conocido, y yo, particularmente, he podido apreciar las cualidades que le adornan á Vd...

—Estimando, padre.

—Ya sabe Vd. que todos le queremos aquí, y Vd., que es hombre franco en las conversaciones familiares, nos ha referido todos los episodios de su vida, nos ha hablado de la felicidad conyugal, del mucho amor que

profesa á sus hijos, del cariño que les tiene, de que se educan en el santo temor de Dios.

—Sí señor; que á cristianos no quiero que gane nada á mis hijos.

—Pero al contarme todas las interioridades de su vida me ha ocultado Vd. algo.

—No caigo, padre.

—Me explicaré.

—¿No tiene Vd. más familia que su mujer y sus tres hijos?

—Tengo una hermana que está casá en Sevilla.

—¿Pero en aquella ciudad en donde Vd. nació no viven con Vd. más que su esposa y sus tres hijos?

—Ya sé por dónde viene su mersé, exclamó el torero. Vd. quiere hablarme de Lolilla, una probe muchacha abandoná que recogió mi mujer recién nacía, que la queremos como si fuera hija nuestra, y que cuando salimos de Sevilla para recorrer el mundo la dejamos con mi hermana. ¿Es eso, padre?

—Precisamente; pero me extraña que nunca me haya hablado Vd...

—Qué quiere su mersé. Esas son cosas... La verdá, siempre que pienso en esa niña se me pone en el alma una tristeza... y como es tan remona, tan agradecía la infeliz, cuando la veo, vamos, me arrepiento de haber pensao mal. Pero ¿cómo ha sabío su mersé?...

—Todo se sabe en este mundo.

—Creo que no hay ná que no sea rigular en eso de haber favoreció á una probe inclusera.

—Al contrario, amparar á los desventurados es una obra de misericordia, que Dios premiará á Vd. y á su esposa. Tanto es así, que me parece que muy en breve van Vds. á recoger el premio.

—¿Qué me quiere Vd. decir?

—Es necesario que sea Vd. franco conmigo, que no me oculte Vd. nada. Tengo el encargo de hacer algunas averiguaciones, y si sus respuestas de Vd. están conformes con las noticias que han llegado á mis oídos, quizás esa infeliz, que debe á la bondad de Vd. y de su esposa lo que le han negado sus padres, podrá ser algún día muy feliz y alcanzar Vds. algo de su felicidad.

—Me entra su mersé en curiosidad. Eche por esa boca toas las preguntas que quiera, que dispuesto estoy á responder. Y eso que pone Vd. el deo en la llaga, porque, la verdá, yo no tengo motivos para tener ni un pelo de sospecha de mi María. Antes que tal me sucediera querria verme clavao en las astas de un toro. Pero hay momentos en los que se apoera de mí un canguelo... Vamos, como que está algo oscuro aquello.

—Tranquilícese Vd. ¿Cómo llegó á noticia de Vds. el nacimiento de esa niña? ¿Cómo la conocieron Vds? ¿Cómo se resolvieron teniendo un hijo, como ya tenían entonces, á prohijarla?

## VII.

Pepe-Hillo miró al fraile, vaciló algunos instantes, y al fin dijo:

—Padre, la historia es esta:

Allá por el año de 1780 tuve que ir á Ronda á matar toros en tres corrias que fueron muy sonás.

Mi maestro Costillares me buscó aquella proporción pa que adelantase en el oficio, y como yo por entonces no andaba bien de ochavos, es decir, que empezaba á manejarme, me fuí solo, dejando á mi mujer en Sevilla. En aquel tiempo tendria un año mi Antonio.

Maté con suerte los doce bichos que me tocaron, y de allí se empeñaron en que fuera á Algeciras, y de reondel en reondel, ganando siempre aplausos y pesetas, pasé fuera de mi casa cerca de un año. Al volver, más alegre que un domingo de Páscoa, me hallé con la noveá.

Mi mujer me llevó hácia una alcoba, y mostrándome las dos camas, ví en una de ellas á mi Antonio, y en otra una niña casi recién nacía. Me paece que la estoy viendo. Paecía un angelito de los que hay en la iglesia de la catedral en un cuadro de San Antonio.

«¿Qué significa esto?» le pregunté sin poderme explicar lo que me pasaba.

Por toda respuesta me dijo mi María:

«Esto significa un secreto. ¿Dudas de mí?»

La miré á la cara y no dudé; no, padre, no dudé. Era incapaz de haber cometido una villanía.

«Esta niña, añadió, se ha quedao sin madre; su adre es un descastao. Ni ha querío saber de ella. La probecita iba á ir á la Inclusa; yo he tenío lástima y la he traío á mi casa pa que sea una hermana de nuestro Antonio.»

Hubiera ofendió á mi María si hubiera abrigao sospechas un solo instante.

«¡Tú lo has hecho, le dije, bien hecho está!»

Creció á nuestro lao, y hoy, aunque solo tiene trece años, es una de las reales mozas de Sevilla, y en cuanto á cristiandá... como que está criá con nosotros y no ha visto nunca mal ejemplo. Muchas veces he querío preguntar á mi mujer si sabia algo de los padres de la muchacha. En fin, la he pedío un rayo de luz, porque me devanaba los sesos sin poder explicarme por qué habia sido abandoná.

«Algún dia lo sabrás,» me ha contestao siempre.

Y aunque he pasao muy malos ratos sin dudar de ella, eso sí, sin embargo, toavía no ha llegao el momento, y por eso al oírle hablar á su mersé de esa criatura que muy pocos, á no ser del oficio, conocen en Madrid, la verdá, me ha asombrao.

### VIII.

Fray Meliton, que habia escuchado el anterior relato con la mayor atencion,

—Ha hecho Vd. bien, amigo D. José, dijo, en no abrigar recelo respecto de su esposa.

—¿Segun eso, Vd. sabe?...

—No todo lo que quisiera para satisfacer á Vd., pero sé algo.

—Si no soy indiscreto...

—Es necesario que espere Vd. algún tiempo. Lo úni-

co que le diré es que ha venido á verme una persona muy distinguida, y que enterada de nuestras relaciones me ha suplicado que con el mayor sigilo pregunte á Vd. todo cuanto sepa acerca del origen de esa niña, porque pudiera ser muy bien que en vista de estos datos su padre, que fué muy inhumano abandonándola, arrepentido despues de tanto tiempo y disfrutando de una posicion muy buena, quisiera para calmar su conciencia hacer la felicidad de esa niña y mostrar la gratitud que siente hácia sus padres adoptivos.

—Eso no; si es que quie quitármela, se equivoca el que sea. Es la niña de mis ojos, y la verdá, acá para entre los dos, mi Antonio le tiene alguna inclinacion; ella á él, y ¿qué puee suceder? Que se quieran; se casan, y *laus Deo*. Lo que tengo es pa ellos. No necesitan ná de naide.

—Sin embargo, si pareciera el padre de esa niña, usted no seria tan cruel que le negase el consuelo de favorecerla.

—Yo...

—Seria para Vd. un cargo de conciencia.

—No igo, pero...

—Nada, nada, Vd. averigüe la verdad, todá lá verdad. Cuando sepa su esposa de Vd. de lo que se trata romperá el silencio que ha guardado hasta ahora, y yo confio en que Vd., que conoce el placer que experimento cuando puedo hacer bien, no me negará la dicha de devolver la tranquilidad y el consuelo á un padre que en un momento de extravío ha sido bastante inhumana-

no para dejar al fruto de su amor sin más amparo que la piedad de un alma caritativa.

—Se hará lo que su mersé quiere, dijo Pepe-Hillo.

—No hablemos más ahora del asunto.

—En ese caso, con su licencia...

## IX.

Se disponía á marcharse cuando el guardian le detuvo.

—Ya sé, le dijo, que Vd., dando un ejemplo de patriotismo, ha animado al pueblo para que acuda al llamamiento del Rey nuestro señor... La religion rechaza la guerra, yo la deploro; pero, sin embargo, soy tambien español, soy ante todo católico, apostólico, romano, y las virtudes que nuestra santa madre la religion nos enseña, me obligan á abominar la inicua criminalidad de los franceses, que han llevado al patíbulo al más honrado, al más inocente, al más bondadoso de los soberanos de la tierra.

Por otra parte, sus impías doctrinas, divulgadas bajo todas las formas, no se contentan con extenderse en aquella desgraciada nacion. Traspasando las fronteras llegan hasta nosotros, y los pueblos, que respetan á sus reyes como emanados de la voluntad Divina; los pueblos, que comprenden que sin el respeto á la ley no es posible vivir, hallan al paso esas maléficás doctrinas, y es necesario á toda costa desterrarlas, combatirlas, levantar inaccesibles murallas para que no lleguen á robarnos la paz y la ventura que, inspirada por el temor

de Dios y el amor de nuestros monarcas, disfrutamos nosotros.

Noble y grande es el ejemplo que da el pueblo español, y á Vd., como representante suyo, como su instigador en estos momentos, le felicito muy de veras. Sí, D. José. Es necesario á toda costa que entre la católica España y la prevaricadora Francia haya un abismo.

Consuela ver el espectáculo que ofrece la nacion.

A todas horas los hermanos que recorren las calles mendigando ven ejemplos sublimes de patriotismo, de abnegacion, de entusiasmo. Pero ¿qué más? Hoy, durante la sopa, uno de los más pobres, de los más miserables, proponia que nosotros no diésemos más que media racion y se destinase lo que importaba la otra media para ayudar al rey á los gastos de la campaña.

—Y eso no es ná, exclamó Pepe-Hillo. Ya hay quien ha ofreció uno y dos dias de jornal á la semana; quien se ha obligao á mantener durante toa la guerra uno ó más soldaos, con arreglo á sus posibles; quien ha ofreció al rey toos sus caudales; quien no teniendo ná que ofrecer, ha entregao su persona. Ni una leva hubiera hecho lo que el decreto de S. M. pidiendo á sus vasallos que voluntariamente ayuen á su empresa. Ahí está la *Gaceta*, que mus la lee toos los dias el mancebo del Loro, nuestro barbero, y vamos, es cosa de perder el seso; más vale ser español probe y desgraciao, que extrangis de los más ricos y afortunaos del mundo. ¡Tenemos una sangre!... ¡Uy! ¡qué sangre! ¡Arde en las venas!

Hay pueblo miserable que ha ofrecido una onza de oro á ca vecino que se aliste.

Sevilla, mi Sevilla de mi alma, ha dao ya al rey dos rigimientos de caballería vestíos y armaos desde la punta de los piés á la cabeza, que dicen aquí estoy. Toa Graná entera se ha ofresío al monarca, y no hay rincon de pueblo que no haya formao ya su compañía de cuarenta, cincuenta ó cien hombres, que no los haya vestío y armao por su cuenta y que no los tenga ya en camino.

—No solo los particulares, añadió el guardian, muestran ese entusiasmo. Tambien las comunidades religiosas se han ofrecido al rey, y el general de la Orden de San Juan de Dios ha manifestado á S. M. que todos los religiosos que puedan servir de médicos, cirujanos ó practicantes para asistir á los enfermos y á los heridos del ejército, los pone á su disposicion, costeando con los fondos de la comunidad su viaje y su manutencion mientras estén sirviendo.

No continuaré repitiendo la conversacion que sobre este tema, tan en boga por aquellos momentos en Madrid, puso término á la entrevista del famoso torero con el guardian de San Francisco.

Los lectores tendrán ocasion de ver más tarde los heróicos esfuerzos que hizo España para el brillo de aquella guerra, y comprenderán que ya existian en el

pueblo español los gérmenes del heroísmo que algunos años después desplegaron nuestros padres para arrojar á los franceses del territorio de la madre patria.

Pepe-Hillo salió del convento, y tan preocupado estaba con las preguntas que le había hecho el guardian, que se encaminó directamente á su casa, ávido de arrancar á su esposa los detalles del misterio que hasta entonces le había ocultado.

Como el lector habrá notado, las preguntas de fray Meliton y los comentarios á las noticias de la guerra le habían hecho olvidar que había ofrecido á Sir Guillermo proporcionarle un refugio en el convento de San Francisco.

Pero antes de escuchar la conferencia que entre los dos esposos tuvo lugar, antes de referir lo que ocurrió al inglés, antes, por último, de llevar á los lectores á algunos sitios céntricos de Madrid, para que puedan formarse una idea completa del estado en que se hallaban los ánimos desde el día en que publicó la *Gaceta* la declaración de guerra á los franceses, voy á dar á conocer á un nuevo personaje de los más importantes de esta historia.

## CAPITULO VI.

### Tal para cual.

#### I.

Necesitamos retroceder algunos años, esto es, al día 3 de Marzo de 1793.

A cosa de las cuatro de la tarde pasaba por el puente de Segovia, despues de haber dado un paseo por la alameda de los Melancólicos, un jóven que podria tener de veintiseis á veintiocho años.

Era alto, esbelto.

Sus ojos, de un azul muy oscuro, daban á su rostro, de un blanco mate, un aspecto de modestia y de humildad que servia de máscara á su verdadero carácter.

Iba modestamente vestido.

Todo anunciaba en él al *covachuelista*, título epigramático que se daba á los empleados del gobierno.

Pero la modestia de su traje anunciaba desde luego, ó que disfrutaba un haber muy pequeño, ó estaba en la primera parte de la carrera, esto es, en la de pretendiente.

Durante su paseo se habia detenido alguna que otra vez á contemplar la hermosa cúpula del convento de

San Francisco, que por aquella parte de Madrid se levantaba majestuoso, y si hubiera expresado los pensamientos que cruzaban por su mente al contemplar aquel edificio, que en cierto modo sintetizaba el verdadero espíritu del pueblo español en aquella época, al oírle los lectores se hubieran convencido una vez más de la verdad que encierra aquel refran que dice que «el hábito no hace al monge.»

## II.

No descubriré yo todavía sus opiniones, sus ideas. — Baste saber que estaba inspirado en el espíritu revolucionario que acababa de desencadenarse en Francia, y que no ménos desolador que la guerra que iba á empezar, amenazaba extenderse por toda Europa y minar por su base las antiguas creencias. — Habia pasado antes de decidirse á dar aquel paseo una hora larga en la antesala del ministro de Hacienda, ó mejor dicho, del secretario del Despacho de la Hacienda española.

Hacia ya mucho tiempo que habia entregado á su excelencia una solicitud pidiéndole una modesta colocacion para atender á sus más perentorias necesidades, y hasta entonces solo habia conseguido que el ministro le asegurase que le tendria presente para la primera vacante.

Un observador habria notado desde luego que no apu-

raba gran cosa á nuestro hombre la tardanza del ministro en cumplir su promesa.

Aquel mismo dia, despues de haber permanecido una hora esperando, cuando el portero mayor anunció á todos los pretendientes que S. E. no podia recibirles, abandonó muy tranquilo la estancia sin pronunciar una sola palabra de despecho, no contrastando su silencio y su resignacion con las epigramáticas y desconcertadas frases de los que veian defraudadas sus esperanzas.

### III. — Cuando han llegado.

Lleno de filosofía emprendió el paseo, y consultando su reloj al acercarse á la ermita de San Isidro, vió que eran las tres y media, y apresurando el paso tornó á Madrid.

Despues de atravesar el puente de Segovia y la puerta que habia al principio de la calle de este nombre, torció por la de los Caños Viejos, se detuvo delante de una casa de muy pobre apariencia, dió un golpe, porque la puerta estaba cerrada, y esta se abrió instantáneamente, sin que nadie se presentase á recibir al recién llegado.

Gracias á una cuerda que sujeta al picaporte subia hasta el piso principal de la casa por un agujero practicado en el techo del portal, pudo franquearse el paso de aquella casa de un modo tan misterioso.

La desigual y tortuosa escalera, que arrancaba á una

vara escasa del dintel de la puerta de la calle, estaba muy oscura, y nuestro hombre al subir tropezó con un bulto inesperado.

—¿Quién va? preguntó.

—Soy yo, dijo una voz de hombre.

—¿Tú, Sinforoso?

—Sí; he salido al encuentro de Vd. para decirle que están arriba unos amigos que le esperan.

—¿Unos amigos? preguntó asombrado.

—Pero entre ellos no está seguramente el que usted aguarda.

—¿Cuándo han llegado? III

—Hace media hora.

—¿Y cómo se han quedado no estando yo?

—Dicen que son de confianza, y por no dar que sospechar... pero á juzgar por su catadura, temo...

—Bien está; baja á la puerta, y si llega el hombre á quien espero y te dá la señal convenida, pasea con él alrededor de la calle; si tardan en marcharse los que están arriba, que entre y aguarde en el portal á que se vayan.

#### IV.

Acto continuo acabó de subir la escalera, y penetrando en una sala pobremente amueblada y reducida, que con dos alcobas más constituía todas las habitaciones de aquel cuarto, halló cuatro personas, una de las

cuales, levantándose, le tendió los brazos al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Oh, mi querido Juan!

—Apuesto cualquier cosa á que no esperabas esta agradable sorpresa.

Juan Picornel, que así se llamaba nuestro hombre, reconoció en su interlocutor á un antiguo amigo de la infancia, y correspondiendo á su afectuoso saludo,

—Mariano, dijo, por cierto que no por ser agradable, deja de ser sorpresa la que me causas. Hace más de diez años que te dejé en Santa Elena, lugar de nuestra cuna, y como yo he corrido tanto mundo y he sufrido tan diversas vicisitudes, te juro por mi nombre que en este instante ni siquiera me acordaba del tuyo.

#### V.

Después de pronunciar estas palabras, saludó á los tres compañeros de su amigo.

Estos hicieron una profunda reverencia y todos tomaron asiento.

—Te causará extrañeza mi venida, dijo Mariano, y más aun la presencia aquí de tres personas desconocidas.

—En efecto; pero cuando vienen contigo estos señores honran mi casa y me creo obligado á sus bondades.

—No andemos en cumplidos. Estos señores son de toda mi confianza, y voy á hablarte delante de ellos del objeto que me ha traído aquí.

—Eso es lo que deseo.

—Si no existiera entre los dos una amistad tan grande, si no nós hubiéramos criado juntos en aquellas sierras, acaso no me atreveria á hablarte de un asunto tan delicado como el que me ha decidido á molestarte. Pero yo sé que aunque lo que te diga te parezca indiscreto, quedará entre nosotros, y por eso me arriesgo á hablarte.

—Me pones en cuidado con ese preámbulo. ¿De qué se trata?

VI.

Despues de mirar á todas partes como para cerciorarse de que nadie le oia:

—Estos señores, añadió Mariano dando cierto misterio á su frase, aunque son españoles han vivido algun tiempo en Francia. La enemistad que los republicanos de aquel país tienen con nosotros porque nuestro rey, que Dios guarde, ha condenado como era justo el horrible atentado que han cometido llevando al patibulo al valeroso Luis XVI, es causa de que á todos nuestros compatriotas los miren con recelo y los persigan.

—Bien; ¿pero qué? dijo Juan poniéndose en guardia, porque con su sagacidad característica habia empezado á descubrir el verdadero objeto de la visita de su antiguo amigo.

—Al venir han traído algunos libros de los que tanto abundan por allí y escasean por aquí, gracias á la per-

secucion de los inquisidores. Mientras que fué ministro de Floridablanca se estableció con tal rigor el decomiso de todos los libros que venian de Francia, que bien podia decir el que cogia uno en sus manos que ponía una pica en Flándes.

Después el viejo Aranda, más despreocupado, mandó que se hiciera la vista gorda; pero en estos últimos tiempos, á pesar de ser jóven y tambien despreocupado el duque de la Alcudia, primer secretario de Estado de nuestro rey, lo que él no hace lo hace la Inquisicion, y no hay medio de vender, sino exponiendo el pellejo, esos libros que yo no sé lo que tú pensarás, pero que, francamente, no veo motivo para que nosotros no podamos leerlos. Somos mayores de edad, y si las doctrinas que contienen son malas, tanto peor para los libros. Si son buenas, tanto peor para el gobierno, que quiere tenernos con los ojos vendados.

Yo sé que tú conoces á todos los libreros de Madrid.

Cuando llegaste á la córte hace diez años, supe yo en Santa Elena que habias entrado de mancebo en una librería. Conocerás á todos los del gremio, y ¡qué diantre! puedes hablarles. Esos libros, por lo mismo que los persiguen, los pagan bien, y estos señores no tendrán inconveniente alguno en partir contigo sus ganancias.

## VII.

—Bien se conoce que hace ya mucho tiempo que no nos vemos, dijo Juan simulando una compuncion que

no tenia. De lo contrario, no habrias pensado en mí para ese asunto. Tan católicos como yo habrá muchos; más, no. Lo que la religion condena yo lo condeno, y prefiero vivir humildemente, como hasta ahora, á enriquecerme contribuyendo á la desobediencia de las leyes que rigen en el reino.

No se ofendan Vds., amigos, añadió dirigiéndose á los circunstantes, de este lenguaje franco. A los amigos se debe la verdad, y yo les considero á Vds. como á Mariano. Mas les diré para desengañarles de una vez: no hallarán Vds. hoy en Madrid, y creo que en España, una persona bien nacida que tome á su cargo semejante comision.

—Pues lo siento en el alma. Yo creia... las personas que me han hablado de tí me han dado á entender que tus ideas eran algo avanzadas.

—Te han engañado de medio á medio. Soy un leal vasallo, y, ya ves, hoy pretendo un empleo ¿Cómo he de trabajar en contra de los que se proponen favorecerme? Por lo demás, añadió, lo que acaban Vds. de decirme se queda entre nosotros. Por mí no se sabrá.

—Esa súplica iba á hacerte. Yo te he hablado en favor de estos señores confiado en tu discrecion, en tu amistad. ¡Cómo ha de ser! ¡Paciencia! Mi intencion no era otra que la de hacer un bien. Ea, marchemos.

—Supongo, dijo Juan, que no será esta la última vez que nos veamos.

—Vendré á menudo á saludarte.

—¿Tienes algun empleo?

—He medrado muy poco; soy amanuense de un notario, y, la verdad, como se gana poco me habia propuesto aumentar mi salario. Pero ya veo que tengo mala suerte.

## VIII.

Los cuatro se despidieron; Juan estrechó afectuosamente la mano de su amigo, y en un aparte,

—Te veo andar en malos pasos, le dijo; por mi parte seré discreto; pero por el camino que has emprendido se llega á un calabozo de la Inquisicion.

—Seguiré tu consejo, dijo Mariano.

Al llegar á la puerta de la calle con sus tres compañeros, entraban Sinforoso y un hombre de treinta y cinco á cincuenta años, que era el emisario que esperaba Juan.

Mientras subian la escalera el fámulo y el recién llegado, Mariano dijo á sus compañeros.

—Ya lo ven Vds., nos hemos engañado de medio á medio.

—A juzgar por sus palabras, sí. Pero quién sabe... si es tan taimado que ha conocido nuestro objeto...

—¡Oh! No lo crean Vds. Yo soy su amigo desde la infancia, sé que aunque es muy laborioso no tiene nada de lo de Salomon.

—Pues por sí ó por no, dijo otro de los tres falsos mercaderes de libros, convendria no perderle de vista.

El hombre que ha entrado hace poco con el criado me da mala espina.

—Yo me quedaré en acecho, dijo otro, y cuando salga le seguiré.

## IX.

Mariano y los tres que le acompañaban habían ido á casa de Juan Picornel á tenderle un lazo.

El motivo habia sido una delacion que acerca de su modo de pensar se habia hecho al Santo Oficio por una vieja que vivia en la misma calle de los Caños Viejos.

Como verá el lector, no faltaba razon á la delatora.

Pero por de pronto, la sagacidad del delatado habia triunfado de la perspicacia de sus perseguidores.

## CAPITULO VII.

### El mensajero.

#### I.

Apenas llegó Sinforoso con el desconocido, antes de saludar á este,

—Sal inmediatamente, dijo al criado, sigue á esos hombres que acaban de marcharse, y hasta que me averigües dónde viven, quiénes son y cuál es el verdadero objeto que les ha traído aquí esta tarde, no vuelvas.

—Así lo haré, dijo el criado, que era muy listo.

Volviéndose al hombre que había subido con el fámulo,

—¿Es Vd. Martín? le preguntó.

—Sí señor.

—En ese caso espero la señal convenida.

Martín estrechó la mano de Juan, y al estrecharla rozó suavemente la palma de la mano de aquel con el índice suyo.

—¿Qué planeta? preguntó Juan.

—Saturno.

—Perfectamente.

—¿Le han dado á Vd. instrucciones?

—Sí señor.

—¿Y está Vd. dispuesto á cumplirlas?

—Es mi deber.

## II.

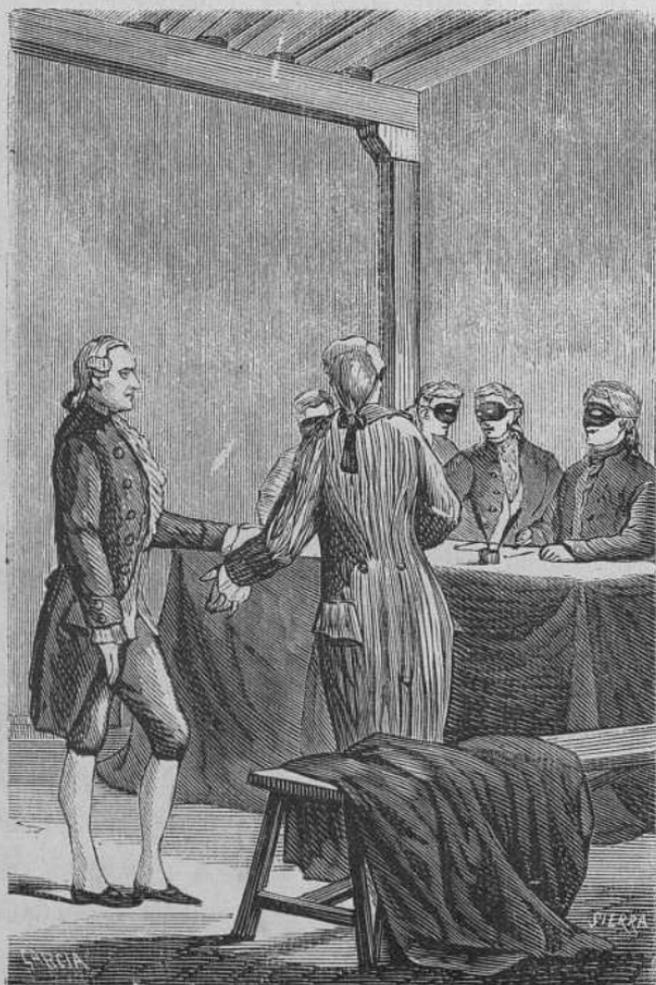
Juan sacó de una papelera que habia en uno de los ángulos de la sala una ancha venda de seda negra muy tupida.

Su interlocutor dobló una rodilla, y Juan cubrió sus ojos con aquella venda.

—Déme Vd. la mano y sígame, le dijo.

Le hizo dar dos ó tres paseos por la sala en distintas direcciones, le llevó á la escalera, le hizo bajar, le obligó á dar otras dos vueltas en el pequeño espacio del portal, subió despues con él algunos escalones, no tantos como los que habia bajado, y abriendo una puerta que habia en la pared de la escalera perfectamente disimulada, le hizo entrar por aquella abertura; siguió con él un largo corredor; despues de cerrar la puerta le hizo bajar de nuevo tres escalones, dió un golpecito en una mampara, se abrió esta, volvió á cerrarse, y terminadas estas operaciones quitó la venda de los ojos de Martin.

Este no pudo ménos de asombrarse al ver que despues de tantas idas y venidas, despues de tantas subidas y bajadas, estaban sentados delante de una mesa



—Este que veis, dijo á los enmascarados, es el emisario de los amigos del conde de Aranda.



cubierta por un tapete negro cuatro hombres con el rostro enmascarado, sin que hubiera en aquella estancia más muebles que un banco de madera de pino que corria alrededor de la habitacion.

## III.

Juan Picornel rompió el silencio que reinaba en la estancia, mientras que el hombre que habia entrado en ella con él contemplaba con una mezcla de asombro y de temor su aspecto misterioso.

—Este que veis, dijo á los enmascarados, es el emisario de los amigos del conde de Aranda; acaba de llegar de Granada y viene á daros cuenta de los trabajos que se han hecho para inclinar al ilustre veterano á que abandone su silencio y que salga del retraimiento en que se ha encerrado y nos ayude á combatir á nuestros enemigos, que son los adversarios más tenaces de la luz del progreso.

—Puede hablar, dijo uno de los enmascarados.

—Con permiso de sus mercedes, dijo Martin re-  
puesto ya de su estupor, debo manifestarles que, aunque el señor conde de Aranda se muestra muy reservado con todos los que le visitan, sin embargo, dado su carácter enérgico y al mismo tiempo franco, no puede avenirse, al cabo de su larga carrera y de los inmensos servicios que ha prestado á los reyes, á vivir desterrado y sin libertad. Porque si bien es cierto que le han dado la Alhambra y sus jardines por prision, aunque

sean de oro, cadenas son las que han puesto á sus piés. Por otra parte, le indigna con razon la idea de haber sido vencido por un jóven advenedizo, y en los accesos de ira que experimenta no puede ménos de quejarse de que entre el duque de Alcudia, pobre hidalgo de provincia ayer, humilde guardia de corps y elevado á los más altos honores por las causas que todos sabemos, y él, militar aguerrido, ministro de Carlos III y del actual monarca, embajador en la córte de Francia y gran amigo de los hombres más ilustres de ese país, hayan oído los soberanos la voz de su enemigo, reservándole por todo premio, al cabo de sus años y de sus méritos, la desgracia y el destierro.

IV.  
—Al terminar su relacion hubo una breve pausa, al cabo de la cual,

—Todo eso es natural, dijo otro de los enmascarados. Pero por la misma razon de que es tan grande su prestigio, de que está herido su amor propio y de que cuenta con numerosos amigos, debe ayudarnos en nuestra empresa, prestarnos toda su influencia, todo su apoyo, derrotar á sus perseguidores y mostrar á los reyes que, á pesar de la elevada posicion que ocupan, se hallan tambien al alcance del castigo que la conciencia pública impone á la ingratitude.

—¿No se han dado pasos en este sentido cerca de su persona?

—Todo cuanto se ha hecho ha sido inútil. Amigo de los hombres que figuran en Francia al frente de la revolución, condena sus extravíos; y aunque acepta los adelantos modernos no pierde su afición á la monarquía. Los reyes, dice, no hay que extirparlos; solo hay que corregirlos.

—Bien está; ¿hay alguna comunicacion más que hacernos? exclamó otro de los enmascarados que hasta entonces habia guardado silencio.

—Ninguna.

—Pues con el mayor sigilo es preciso que llegue á noticia del conde de Aranda que, aprovechándose de la aflictiva situacion en que se encuentra, sus enemigos se han envalentonado y han recordado á la Inquisicion las ideas que profesa y los expedientes que contra él se formularon en otro tiempo. A medida que se desarrolla en Francia la revolucion, los españoles que condenan sus doctrinas animan á los inquisidores para que persigan con más fuerza que nunca á cuantos son ó parecen adeptos á las nuevas ideas. Mientras viva el conde de Aranda hará sombra al favorito Godoy, y este, por deshacerse de él, aunque ha manifestado en varias ocasiones que se proponia contener el celo inquisitorial, dejará obrar al Santo Oficio para que le libre de su enemigo. A tal extremo llegarán las cosas, que solo aceptando por completo nuestros planes y poniéndose al

frente del movimiento que estallarà muy pronto podrá acabar sus dias con la gloria que merece.

El que así habló hizo una seña á Juan, y este, presentando la venda á Martin,

—Ya es hora de partir, le dijo. Volvió á ponerle la venda, y dirigiéndose á uno de los ángulos de la estancia empujó suavemente un resorte y se abrió una puerta; dando la mano á Martin bajó con él media docena de escalones y los dos recorrieron un anchuroso pasillo; bajaron de nuevo dos tramos, y quitando entonces Juan á Martin la venda abrió una puerta y los dos se encontraron en la calle de Segovia.

—Ya puede Vd. partir, le dijo; pero le encargo la mayor discrecion.

—No tenga Vd. cuidado; me agrada el oficio de conspirador y conozco sus quiebras.

—¿Cuándo emprende Vd. el viaje?

—Tengo ya apalabrada una mula, y me propongo salir mañana de Madrid.

Los dos interlocutores se estrecharon la mano, y Juan Picornel volvió á desandar lo que habia andado con Martin, no tardando en hallarse de nuevo en la estancia misteriosa donde estaban los cuatro enmascarados.

## CAPITULO VIII.

El primer republicano de España.

Los cuatro enmascarados, que al volver Juan Picornel se habian despojado ya de los antifaces, eran José Lax, Sebastian Andrés, Bernardo Garasa y Manuel Cortés, los que unidos á Juan y á algunas otras personas que ya iré presentando, conspiraban—parecerá mentira á mis lectores—conspiraban en 1793 para plantear en España la república; y cuenta que no estoy reseñando un episodio novelesco.

Léanse las Memorias de aquellos tiempos, consúltese la historia, la de Lafuente si se quiere, y acaso sin asombro se convencerán los lectores de que, aunque pocos, ya habia al mismo tiempo que en Francia republicanos en España.

No es el asombro que supongo una opinion política.

Hago historia, y la hago sin pasion.

Pero aun así es cosa que nunca he podido explicarme cómo los españoles, en cuya pátria habia nacido y se habia desarrollado la democracia, llegando al último

límite con la institucion del Justicia mayor de Aragon, pudieron admirar unas ideas que habian nacido en su suelo solo por verlas volver á él adornadas con el gorro frigio.

## II.

Por otra parte, asombra tambien que en aquella época de verdadera adoracion á los reyes, compatible con los progresos que debia la nacion española al ilustre rey Cárlos III, hubiera quien pensara en convertir la monarquía en república nada ménos que en Madrid y en 1793.

Los lectores ven que esto sucedia, y el verdadero jefe, el verdadero iniciador de aquel microscópico movimiento revolucionario era Juan Picornel, cuya historia voy á trazar en breves rasgos.

## III.

Ya sabemos que habia nacido en una de las colonias que algunos años antes habia fundado en Sierra Morena el famoso Olavide, con inmenso placer de Cárlos III.

Era por tanto hijo de una familia extranjera, de unos colonos que, hallándose exhaustos de recursos en Alemania, habian aceptado el ofrecimiento del rey de Castilla y habian venido á poblar aquellas nacientes colonias.

Al aceptar sus padres la proteccion que España les dispensaba, declararon que eran católicos.

Sumidos en la miseria, la esperanza de mejorar de fortuna les obligó á mentir.

Eran protestantes, y aunque con el mayor sigilo, continuaron siéndolo en España.

La educacion religiosa de su hijo Juan fué muy descuidada en el fondo, y dió, como era de esperar, los naturales frutos.

## IV.

Dotado de imaginacion viva, de carácter fogoso, repugnaba á sus instintos la vida del labrador, y teniendo hermanos mayores que pudieran ayudar á sus padres á cultivar las tierras, manifestó sus deseos de buscar un acomodo en Madrid, y recomendado por el intendente de las colonias á un amigo suyo de la córte, le proporcionó este el modestísimo empleo de mancebo en una librería.

Como todos los aprendices de comerciante de aquel tiempo, tuvo Juan que pasar el noviciado barriendo y aseando la tienda, haciendo recados y desempeñando por último las funciones de un doméstico.

Los ratos que tenia desocupados los dedicaba á la lectura, y con desórden lamentable devoraba libros de filosofía, de teología, de medicina, de historia y de viajes, y saboreó al mismo tiempo algunas de las novelas que por entonces estaban más en boga.

Desarrollándose su imaginacion, despertó en él un vivo deseo de viajar.

## V.

Hizo gran amistad con otros jóvenes de sus mismas inclinaciones, que eran mancebos de la famosa tienda de quincalla que tenia en las covachuelas el no ménos famoso Roseti, y José Lax, que así se llamaba su amigo, y él, cuando apenas habian cumplido uno y otro veintidos años, lo que en aquella época les hacia pasar por dos criaturas, combinaron el atrevido proyecto de aumentar sus ahorros y destinarlos á un largo viaje.

Este deseo vehemente en los dos camaradas preocupó de tal modo su imaginacion, que ni aquella hermosa edad de la vida en que se hallaban, ni el amor á los placeres afectaba su ánimo en lo más mínimo, porque su pasion dominante era la de viajar.

Cuando sus respectivos amos les daban licencia para salir á paseo se reunian, buscaban los parajes más solitarios, hablaban de sus proyectos, ideaban los medios de realizarlos, y excitados por este delirio sacrificaban el presente al porvenir, la realidad á la esperanza.

## VI.

Las tiendas eran en aquel tiempo el punto de reunion, la tertulia, por decirlo así, de las personas ilustradas, de las que creian serlo, y no eran otra cosa que copias del perfecto modelo de pedantes que Moratin nos ha legado en D. Hermógenes, y de algunos caballeros pudientes

que, ocupados en hacerse ricos, no habían podido adquirir nunca y procuraban ganar lo perdido con el trato de los hombres doctos.

Juan Picornel y José Lax vivían en esta atmósfera—como decimos hoy—saturados de textos latinos, de discusiones ergóticas, de copiosas citas de autores clásicos, con lo cual dicho se está que, desarrollándose más y más sus inclinaciones, llegaron hasta el punto de pensar que habían nacido para algo más que para ocupar con el tiempo la posición de propietarios de una cova-chuela.

Al fin y al cabo vino la casualidad en su auxilio y pudieron realizar sus proyectos.

#### VII.

Una mañana muy temprano se encontraron Juan y José juntos en la fuente de la Mariblanca.

—Me alegro encontrarte, dijo José á su amigo. Pensaba luego pasar por tu tienda.

—¿Vas á algun recado?

—Sí.

—¿Hacia dónde vas?

—Voy á la casa del Usía.

—Eso está cerca de la calle de Fuencarral. Llevamos casi el mismo camino, porque yo voy á la casa nueva de los Agonizantes á llevar estos libros á uno de los padres. Con que marchemos juntos y hablaremos por el camino.

—¿Has visto el *Diario de Avisos* de hoy?

—No; ¿trae algunas décimas, ó alguna letrilla?

—No he reparado. Te hablo de los avisos.

—Pues no lo he visto. ¿Anuncia algo que nos interese?

—¡Vaya! Como que me parece que si llegamos á tiempo van á lograrse nuestros afanes.

—Habla, habla.

—Un señoron muy rico, que tiene que ir á Francia á asuntos particulares, desea un jóven que le acompañe en calidad de ayuda de cámara.

—¿Y qué hacemos con eso? Los dos nos hemos prometido ir juntos, y si cualquiera de los dos obtuviere esa plaza, tendríamos que separarnos.

—Exige buenos informes y que el que se presente sepa afeitar y lavar medias de seda. Esto último es mi especialidad, y en asunto á afeitar, con dos ó tres lecciones que me dé el barbero de mi amo me pongo al corriente. Hoy, ó mañana á más tardar, me presento en la casa donde cita el aviso. Si me admite, como no necesito dinero para viajar, te doy mis ahorros, y con lo que tú tienes y lo mio puedes acompañarme. Salimos á un mismo tiempo de Madrid, nos hacemos los encontrados en el camino, yo le hablo á mi nuevo amo en tu favor, y quién sabe. Si es muy rico, puede tomarte á su servicio. Si no, yo le abandono estando en Francia, y luego que suceda lo que Dios quiera.

## VIII.

Juan aprobó la idea de José y todo le salió á pedir de boca.

Como por entonces los preparativos de un viaje eran cosa larga, tuvieron tiempo los dos mancebos de manifestar á sus respectivos amos la resolucion que habian tomado, de despedirse de ellos con todos los requisitos de la más perfecta urbanidad y de facilitarles el medio de reemplazarles antes de que emprendieran el viaje.

Una diligencia de seis asientos salia dos veces por semana de Madrid y conducia á los viajeros desde la córte hasta Bayona, en seis dias durante el verano y en ocho durante el invierno.

Los dos camaradas, convertidos, José en ayuda de cámara y Juan en caballero particular, salieron de Madrid á principios de Febrero de 1787, y ébrios de gozo, creyéndose dueños del mundo, llegaron á Bayona.

El amo de José llevaba una comision del gobierno español á la córte de Francia.

## IX.

Juan se informó de lo que debia costarle su viaje desde Bayona hasta Paris, y viendo que sus recursos no bastaban para sufragar los gastos, se lo manifestó á su camarada.

Este tomó una resolución extrema.

Confesó á su amo la amistad que tenia con Juan, los propósitos que habian alimentado durante mucho tiempo, y declaró que si no amparaba á su compañero, que si no le tomaba á su servicio, seguro de que entre los dos corresponderian con la mayor gratitud á sus bondades, no tenia más remedio que quedarse en Bayona, porque él no se separaba de su compañero.

Esta determinacion era un verdadero contratiempo para el diplomático.

No tuvo más remedio que aceptar aquella condicion, y los dos amigos llegaron á Paris precisamente en los momentos en que empezaban á dar frutos las semillas sembradas por los filósofos revolucionarios.

## X.

Las peripecias de su estancia en Paris, que duró desde 1787 hasta 1792, es decir, la época más agitada, más dramática, más febril de la revolucion francesa, constituyen por sí solo un libro muy parecido á los que tan admirablemente nos han legado las figuras de *Gil Blas*, *Guzman de Alfarache* y algunos otros hombres vividores.

Al poco tiempo tuvo que regresar su amo á España, y los dos se separaron de él.

De aventura en aventura, ricos hoy por el juego, pobres mañana por el despilfarro, asistieron al primer acto de la tragedia que acabó con el cadalso de

Luis XVI y María Antonieta, y habiendo logrado con su claro talento acercarse á algunos de los hombres de mayor influencia en aquella sangrienta epopeya, á fines de 1792 fueron recibidos por Robespierre, y como en el plan de este revolucionario y de sus compañeros entra- ba el deseo de extender sus doctrinas en toda Europa y confiaban en derribar todos los tronos, descubriendo en los dos jóvenes amigos todas las cualidades necesarias para hacer propaganda, les llenó de dinero, les dió ins- trucciones, y al cabo de siete años de ausencia penetra- ron en España dispuestos á secundar en su patria, si no todos los actos de la revolución francesa, por lo ménos el más trascendental; el planteamiento de la agitada república.

Juan se estableció en la casa de la calle de los Caños Viejos, donde le hemos visto subir á su antiguo amigo Mariano.

Esta casa comunicaba por medio de la puerta secreta que vimos abrir en la escalera, con la casa de la calle de Segovia, en donde José Lax se había hospedado, dando á entender que había venido de las Américas con alguna fortuna y que se proponía vivir tranquilamente de sus rentas.

Allí habian establecido los dos el foco de la conspi- racion.

- Juan habia tomado el carácter de pretendiente para

poder visitar los ministerios, pedir proteccion á algunos personajes, frecuentar todos los círculos de la corte, estar al corriente de lo que se pensaba y de lo que se decia y aprovechar todas las ocasiones que pudiera para aumentar prosélitos á su causa.

## XII.

Gracias á este trabajo, hábilmente llevado á cabo, habia podido asociar á sus planes á los tres que con Lax se presentaron enmascarados á Martin, y entre los cinco formaron una especie de sociedad secreta, en la que poco á poco, y como verán los lectores en el siguiente capítulo, iban ingresando algunos descontentos.

Pero antes debo decir que el espía que habia dejado Mariano para acechar á Martin, cuya presencia en casa de Picornel le habia llamado tanto la atencion, se retiró muy sorprendido de no haberle visto salir en toda la noche.

Alarmado, buscó á la vieja que habia delatado á Picornel, y le dijo:

—¿Ha visto Vd. entrar un hombre en casa del acusado?

—Sí señor.

—¿Le ha visto Vd. salir?

—No.

—Pues es preciso que no pierda Vd. un solo instan-

te de vista la puerta y que le siga Vd. ó haga que le sigan en cuanto salga.

Poco despues fué á avisar á Mariano para que vol-  
viese á visitar á su amigo.

Las sospechas empezaban á parecer fundadas á aque-  
llos emisarios del Santo Oficio.

## CAPITULO IX.

### Una sociedad secreta.

#### I.

El fundador de la Sociedad habia sido el mismo Juan Picornel, si bien es cierto que habia recibido instrucciones de los revolucionarios franceses con quienes habia tratado.

Denominábase *Sociedad secreta de la República universal*, y era una hijuela, sucursal, diríamos hoy, de la gran asociacion propagandista que se habia establecido en Francia para buscar adeptos á la forma republicana en toda Europa.

Atrevimiento y grande se necesitaba para aspirar á plantear en España, y en aquellos tiempos, una sociedad de este género.

Todos los escritores que han bosquejado las costumbres ó recorrido la historia de aquella época están de acuerdo para calificar aquel siglo de siglo de la fé.

Ser filósofo sin haber estudiado la filosofía con los frailes dominicos ó agustinos, y para eso en libros escritos en latin, que á veces ni el maestro ni el discípulo entendian, era un pecado imperdonable; y si bien es cierto

que algunos hombres ilustrados habian leído las obras de Voltaire y de Rousseau, no perdonaban los directores de la conciencia ocasion de perseguir y condenar aquellas ideas, que no sin razon calificaban de perturbadoras y que atentaban, como despues hemos visto, á la angélica tranquilidad, á la paz octaviana en que vivian nuestros antepasados.

## II.

Los españoles vivian, si no en un paraiso, en una Arcadia.

Todo era acompasado: las pulsaciones del cuerpo social eran lentas, el método la fórmula suprema de la vida, la perfeccion en las operaciones diarias el efecto de esta quietud, de esta tranquilidad, de esta monotonía.

A la misma hora y con la misma voz cantaba el sereno la aparicion del alba; á la misma hora y con los mismos movimientos tocaba el campanero á la primera misa; á la misma hora y con una igualdad maravillosa se despertaba el trabajador, abrian sus tiendas los mercaderes, salian los peluqueros con la caja de los útiles á visitar á sus parroquianos; todas las ruedas de la máquina desempeñaban su mision impulsadas por un solo motor: la costumbre.

Los detalles más insignificantes preocupaban á los hombres más serios, y la frase del predicador tal, la opinion un poco libre entonces, por más que hoy pare-

ciese cándida y trivial, expresada por algun admirador de Aranda ó Campomanes, la noticia servida fiambre por la *Gaceta* un mes despues de acaecido el suceso, eran los asuntos más importantes de la conversacion de aquellos formales varones y de aquellas pudorosas y morigeradas damas que constituian el Estado mayor de la sociedad.

### III.

Por otra parte, las ovejas no se apartaban de las miradas del pastor, y el que intentare, como Juan Picornel, no ya destruir la monarquía, y ménos la religion, sino siquiera ensayar una débil excusa á los horrosos atentados que cometia la revolucion francesa, podia estar seguro de que los que le oyeran, creyendo un caso de conciencia haberle escuchado, no fuesen á implorar la misericordia divina pidiendo al confesor la absolucion de esta para ellos imperdonable culpa.

Y, sin embargo, Juan Picornel y su amigo José Lax, creyendo en la bondad de las doctrinas que habian aprendido en sus viajes, y esperando, como esperan siempre todos los políticos propagandistas, que despues de unos cuantos años de apostolado ascenderian á altos empleados del nuevo gobierno, resolvieron aguzar el ingenio y acabaron su obra aprovechando todas las ocasiones.

A este efecto, copiando algunos las bases de las sectas masónicas que iban desarrollándose en Europa for-

mando la vanguardia de la revolucion, pensaron que para no asustar á los prosélitos que hicieran debian imprimir á su asociacion el sello de la caridad.

Fundaron, pues, una sociedad dentro de otra.

#### IV.

Entonces, como ahora, habia muchos descontentos.

Ni la luz del gas, ni la velocidad del vapor han podido evitar que el que trabaja envidie al desocupado, que el desocupado sea vicioso, que el vicioso se desesperare y que el desesperado atribuya la causa de su malestar á las personas con quienes trata, y en último resultado á los gobiernos que rigen los destinos de las naciones.

El principio de asociacion, que ha pasado de Scila á Caribdis, representado entonces por los gremios, constituia un verdadero monopolio.

El pez grande se comia al pez chico.

Aunque se habian dictado algunas leyes devolviendo al trabajo la necesaria libertad, todavía las asociaciones gremiales explotaban al aprendiz, al principiante, y entre los descontentos de los diversos gremios empezaron los dos amigos su proselitismo.

#### V.

Juan, en su calidad de pretendiente, pasaba algunas horas en las gradas de San Felipe, visitaba las posadas y recorria de vez en cuando los barrios bajos de Ma-

drid, procurando entablar conversacion con todos los menestrales que se le venian á la mano.

Generalmente se dirigia á los jóvenes, y lamentándose de que sus padres no le hubiesen dado un oficio, los instigaba á que manifestasen su descontento.

—No se queje Vd., solian decirle; más vale ser pretendiente que gremial, cuando no se es maestro.

—Vamos, que á Vd. nunca le faltará trabajo.

—Bien lo sudo, y aun así y todo, las ganancias son para los que mangonean.

## VI.

Entonces era cuando aprovechaba Juan la ocasion para inocular su idea.

—Así como los maestros están unidos contra los principiantes, decia, me parece que seria justo que los principiantes se unieran contra los maestros.

—Yo lo creo, contestaba el menestral.

—Eso seria lo equitativo.

—Pero... sí, sí. Los maestros son poderosos.

—Tienen la fuerza que les dan los que se dejan dominar por ellos, y si hubiera union entre los que son sus víctimas...

—Ya lo creo que algo se haria.

—Pues ¿por qué no se hace?

—Quién se atreve.

## VII.

Segun el carácter que daba á conocer su interlocutor, adelantaba más ó ménos en su propaganda.

Quando tropezaba con algun mozo listo, de claro ingenio y con ribetes de ambicioso, le confiaba que habia concebido el proyecto de formar una asociacion secreta, en la que podian afiliarse todos los que supieran y quisieran trabajar para proporcionarse mutuamente ocupacion, y emplear todos los medios de que pudieran disponer á fin de ir consiguiendo poco á poco que los odiosos privilegios que les molestaban fueran desapareciendo.

Cada uno de los que aceptaban esta idea recibia, para ser conocido de los asociados, un nombre especial, que era, segun el oficio que desempeñaba, el de una flor, el de una piedra, el de un metal ó el de un objeto cualquiera.

En un pueblo en el que, como el nuestro, está tan desarrollada la imaginacion, la sola idea de formar parte de una asociacion secreta basada en la proteccion al débil, y teniendo por añadidura nombres tan pintorescos como los que se daban unos á otros entre sí, debia, á pesar de la rigidez de costumbres, del temor á la ley y del respeto á la autoridad, hallarse sostenedores.

## VIII.

Estos asociados que constituían el primer grado estaban divididos en secciones de cinco individuos, y se reunían y hablaban de sus planes los de cada grupo sin conocer los demás.

Solo uno de cada sección podía reunirse con cuatro que respectivamente pertenecían á otros tantos grupos.

Estos constituían el segundo grado, y no pasaban de ahí, porque hasta entonces no habían podido hacer más prosélitos los dos amigos.

Pero de entre ellos, los más despreocupados, los más ambiciosos, los que por sus costumbres, por la vida que se habían visto obligados á hacer podían ser iniciados en los propósitos de Picornel y Lax, formaban cinco grupos respectivamente desconocidos, y de los cuales eran cabeza los cinco iniciadores á quienes hemos visto reunidos en la sala de las conferencias.

De esta manera, si por cualquier evento se descubría el plan de la asociación por alguno de los individuos comprendidos en el primero y segundo grado, era difícil, no conociendo cada uno de los del primero más que á cuatro de sus cómplices y sucediendo otro tanto con los del segundo grado, era difícil, repito, que pudieran delatar á todos, con lo cual la asociación podía subsistir aunque algunas de sus ramificaciones desapareciesen.

Otro tanto sucedía con los iniciados en el proyecto de república.

Repito que estos eran muy pocos.

Cada uno de los cinco que habían tomado el nombre de grandes maestros, solo se entendía con dos.

De estas bases tomó algunos años después las suyas la famosa sociedad secreta del *Triángulo*, sin que pudiesen ser descubiertos los asociados á pesar de que algunos de ellos subieron al patíbulo.

Tales eran los fundamentos de la sociedad creada por Juan Picornel y José Lax.

Sus tres compañeros, Cortés, Andrés y Garasa, eran, el primero un mercader cuyos negocios se habían puesto de mala data y confiaba, con el triunfo de sus ideas, mejorar de fortuna á favor del contrabando.

Andrés había sido cirujano de un pueblo del Ampurdán, y estando próximo á la frontera francesa se había contagiado.

## X.

Bernardo Garasa, joven aun é hijo de una familia muy acomodada, había estado en Salamanca y se había distinguido tanto por su carácter pendenciero y las aventuras amorosas que á cada instante acometía, que el rector se vió obligado á echarle de la universidad y

el alcalde de la ciudad, y temeroso de presentarse á su familia se refugió en Madrid, teniendo que acudir muchos dias, cuando el juego, su habitual ocupacion, no le era favorable, á la sopa de algun convento.

Pero era muy buen mozo, decidor, tenia ideas salvadoras en los momentos críticos, y el que en nuestros tiempos hubiera llegado á ser un diputado, un gobernador, ó acaso un ministro, tuvo que contentarse con ser de dia amanuense de algun carbonero ó tabernero, por la noche jugador, y conspirador en los ratos que le quedaban libres.

En el tiempo que uno y otro llevaban dedicados á formar en la católica y monárquica España las opiniones republicanas que tanto terreno ganaban en Francia, poco habian podido adelantar.

Pero recibian dinero de los agentes de la república, vivian alegremente, estudiaban los medios de ir inculcando poco á poco sus teorías y se congratulaban con la esperanza de un porvenir lisongero, y habiendo creído hallar un gran filon en la enemistad que se habia suscitado entre el viejo conde de Aranda y D. Manuel Godoy, el favorito de los reyes, quisieron asociar al primero á sus planes y explotar los arranques de su amor propio herido para hacer algo en favor de sus planes.

## XI.

Ya hemos visto la situacion en que se hallaban estas negociaciones.

Cuando volvió Juan Picornel á la sala de las conferencias, despues de haber dejado en la calle á Martin burlando la vigilancia del que al salir de su casa con Mariano se habia quedado acechando la salida del emisorio, uno de ellos sacó algunos impresos que por conducto de uno de los mayores que hacian el viaje desde Bayona á Madrid habia recibido, y se entregaron á la lectura de ellos, informándose de los progresos que alcanzaba la revolucion.

Precisamente en aquellos momentos tenian lugar las sangrientas escenas de aquel drama.

Ya habia sido decapitado Luis XVI.

Diariamente la voraz guillotina segaba la cabeza de los adictos á aquel monarca, reservándose á los miembros de su familia la misma suerte.

El famoso zapatero Simon, convertido en preceptor del jóven delfin, cometia aquella série de crueldades que le han alcanzado el horror de todas las generaciones que le han sucedido.

## XII.

Los cinco amigos saludaban llenos de gozo aquellos actos de justicia, de valor, de heroismo que practicaban los *bebedores de sangre*, y de cuando en cuando se permitian exclamaciones como estas:

- En España no hay hombres capaces de imitarlos.
- Aquí parece que todos duermen.
- La guillotina los despertaria.

—Todo es disculpable con tal de llegar á la fraternidad universal.

### XIII.

Engolfados estaban en la lectura de las operaciones de que voy dando cuenta, cuando oyeron dos golpecitos en la pared.

—Es mi criado, dijo Juan.

La sesion se levantó con este motivo, y mientras Juan se dirigia á su cuarto, los otros cuatro, despojándose de sus vestiduras, pasaban á las habitaciones de Lax para irse alejando poco á poco y continuar hábilmente en las gradas, en la botillería de Canosa, en los corrales del Príncipe ó de la Cruz, y en las tertulias que frecuentaban, sus trabajos subterráneos.

## CAPÍTULO X.

### Una sorpresa agradable.

#### I.

Sinforoso, que era la reserva en persona, apenas hizo la señal convenida con su amo, se volvió al cuarto de este.

Juan no tardó en llegar.

—¿Qué se te ocurre? ¿Por qué me has llamado? le dijo.

—Acaba de traer un mozo de cuerda esta carta.

Y le presentó un pliego geoméricamente doblado y con una gran oblea encarnada, sobre la cual se notaban las huellas de un escudo heráldico.

—¡Hola, hola! exclamó Juan, ¿si será de S. E. el secretario del despacho de Hacienda?

—Lo habria enviado con algun mozo de oficio.

—Tienes razon. ¿Pero de quién será entonces?

—Fácilmente puede verlo su merced despegando la oblea.

## II.

Siguió el consejo de Picornel, y despues de dos ó tres lecturas descifró estas palabras:

«La señora camarista á quien entregó Vd. hace un mes una carta de recomendacion, le recibirá á Vd. esta noche, de ocho á nueve, en sus habitaciones.

»Pregunte Vd. en palacio por la escalera de Damas; diga Vd. al portero que le conduzca al cuarto de la señora de Matallana, quien tendrá el gusto de oír á Vd. y hacer cuanto pueda en su obsequio.»

Apenas terminó la lectura, frotándose las manos,

—Me parece que estamos de enhorabuena, mi buen Sinforoso.

—¿Era de S. E. la carta?

—No; pero ella me anuncia que tengo poderosos protectores.

—¿Y alcanzará Vd. el empleo que desea?

—Ya ves; nada ménos que una camarista de la reina me llama á su habitacion para oirme y ampararme. Se trata de mi empleo.

—¿Pero habla Vd. de veras? dijo el criado mirando de hito en hito á su amo.

## III.

Este se limitó á darle un golpecito en el hombro.

—Animo, Sinforoso, le dijo; todas las cosas van sa-

liendo á pedir de boca. Pronto llegará el día en que se cumpla mi promesa.

Sinforoso acogió estas palabras con una de esas risas estúpidas que van ya escaseando hasta en las clases más ignorantes:

El criado que servía de cómplice á Juan no creía prestar sus servicios á un político.

Para que le sirviera y fuera reservado, le había hecho creer que uno de sus cómplices había descubierto una mina de oro y que estaba asociado con los demás para fabricar moneda.

—Ya ves, le había dicho, lo que el gobierno gana lo ganaremos nosotros; nos enriqueceremos; y cuando esto suceda, te daré mil ducados.

Esto para aquel hombre, que era gallego, era una gran fortuna.

Su fidelidad valía, pues, mil ducados.

#### IV.

Pero su amo le había dicho que para no dar que sospechar pretendía un empleo, y de aquí el que le dirigiera Juan la pregunta que acabamos de oír.

—Lo que siento, añadió Picornel, es que esta noche no voy á poder asistir al rosario de San Andrés.

—Sale á las ocho.

—Precisamente á la hora en que yo debo ver á mi protectora.

—Pues extrañará mucho que no vaya Vd. el cura párroco D. Rafael Oseñalde.

—Tú irás á verle de mi parte, y como sabe que ando en pretensiones, le dices la verdad. De ese modo no extrañará la falta.

## V.

Eran las seis de la tarde, y Picornel sacó del arca sus mejores prendas de vestir, y ataviándose con el mayor esmero, salió de su casa para hacer tiempo en la botillería de Canosa hasta la hora de la cita.

Si los lectores que han tenido ocasion de conocerle le hubieran visto fuera de su casa, bien conversando con el párroco de San Andrés, que le estimaba mucho, con algunos franciscanos de los muchos que conocia por vivir próximo al convento, ó con cualquiera otra de las personas á quienes trataba en Madrid; si le hubieran visto asistir á misa todos los dias, cumplir los preceptos religiosos con admirable exactitud y echar pesetes, como suele decirse, de los revolucionarios franceses, encomiando de paso las patriarcales costumbres de los españoles, su amor al rey, su fervor religioso y su respeto á la autoridad, tendrian derecho para decirme que les habia presentado uno de los mejores cómicos de la época.

De cuando en cuando asistia á la célebre botillería de Canosa, que á pesar de su mísero aspecto era el

Fornos de entonces, por aquella razon de que en la tierra de los ciegos el rey es tuerto.

Allí acudia tambien su amigo Lax á desempeñar un papel parecido al suyo.

Pero ni se saludaban delante de gente, ni descubrian la hilaza de sus intrigas.

Eran, por el contrario, circunspectos, morigerados, jóvenes, en fin, á los que cuantos les conocian les citaban como modelos.

## VI.

Precisamente á uno de sus contertulios de la botillería debió la carta que habia recibido momentos antes de la camarista de María Luisa.

Era este buen señor un intendente jubilado muy aficionado á comedias.

Juan le habia llevado la corriente desde el primer dia que le conoció, y poco á poco fué franqueándose con él, llegando á confiarle las pretensiones que tenia de alcanzar un empleo.

—Para eso, amigo mio, le dijo, se necesitan grandes apoyos.

—Ya he presentado algunas cartas de recomendacion, y entre ellas una á la señora de Matallana, que es camarista de la reina.

—¿La ha visto Vd.? preguntó el intendente.

—No he tenido esa gran fortuna; pero le dejé la carta, y al volver á saber la respuesta me envió á decir con

su criada que tendria presentes mis deseos y haria en mi obsequio cuanto pudiera.

## VII.

El intendente estuvo á punto de decirle:

«Yo conozco mucho á esa señora y le hablaré en favor de Vd.»

Pero en aquellos tiempos se gozaba mucho cuando habia ocasion de dispensar un beneficio, y en vez de prometer, como hoy se hace, ni decir una sola palabra, se trabajaba en favor del necesitado con la esperanza de darle un alegron y recibirle de rechazo.

El intendente vió á la camarista y le hizo un vivo retrato del jóven pretendiente.

Ponderó tanto sus buenos sentimientos, su urbanidad, su cortesía, su aplicacion, su talento, y por último su arrogante figura, sus hermosos ojos azules, su cútis blanco, que la camarista se interesó por el recomendado, y algunos dias despues hizo llegar á sus manos la epístola que conocemos.

## VIII.

Como me he propuesto ser imparcial al bosquejar la época en que, al lado de las miserias y de las debilidades, quiero presentar la grandeza y las virtudes del pueblo español, encarnándolas, por decirlo así, en la figura de Pepe-Hillo, si he de trazar caracteres que ha-

laguen el orgullo nacional y escenas de nuestros antepasados capaces de entusiasmarnos hoy, necesito tambien dar á conocer caractéres y escenas que, con razon, han alcanzado al último período del siglo XVIII justas censuras.

No era la córte de Cárlos IV ni una sombra siquiera de lo que habia sido la de su antecesor y padre Cárlos III.

La historia le llama el rey bondadoso.

Su bondad fué sin duda la causa de los extravíos de su esposa, de los atentados que contra él cometió más tarde su hijo, de la anarquía, del caos en que se vió sumida España, lo que hizo suponer á Napoleon que podría tratar como esclavos á los españoles que toleraban los escándalos de la córte.

## IX:

El rey, amante de su pueblo, deseoso de imitar á su padre, incapaz de cometer la menor injusticia, animado de los más nobles sentimientos, era naturalmente perezoso.

Apasionado de la caza, por nada del mundo perdonaba sus excursiones al Pardo, y natural era que, entregado á aquel ejercicio durante toda la tarde, quisiera recogerse temprano y buscarse ministros que le evitasen el trabajo de pensar en el bien de sus vasallos.

Esto daba lugar á que dentro de la córte hubiera dos círculos, el del rey y el de la reina.

En el primero se prestaba, en efecto, mucha atención al bienestar de los vasallos; pero también se hablaba mucho de caza, y halagando su pasión favorita todos los que se acercaban al monarca y se interesaban por saber las peripecias de la cacería del día anterior, estaban seguros de obtener las bondades del buen rey.

En el círculo de la reina preocupaban más las diversiones, las intrigas amorosas, las anécdotas de la galantería, y aquella desdichada princesa tenía á su lado camaristas que, halagando sus instintos, apartaban poco á poco á la esposa del rey de los deberes de mujer y de reina.

Así, pues, confiando los cortesanos en el amor que los vasallos tenían á sus reyes, en el profundo respeto que les inspiraban y confiando también en que, aunque las murmuraciones tratasen de poner en duda su virtud, no habría un solo español que no acusase de delito de lesa majestad al que semejante insinuación se permitiera; aprovechándose de la bondad del rey, de las vehementes pasiones de la reina, formando una muralla más elevada que la de la China entre la corte y el pueblo, iban poco á poco arrojando las semillas que tan amargos frutos debían dar algunos años después á nuestra triste patria.

## X.

Una de las primeras condiciones que se necesitaba

para hacer fortuna era deber á la naturaleza un buen palmito.

Ejemplo palpable de esto era el mismo Godoy, favorito de los reyes, que de humilde guardia de corps habia llegado en breve tiempo y muy jóven aun al alto puesto de primer secretario de Estado, alcanzando además honores, gracias, fortuna y hasta un título.

Bajo este punto de vista, Juan Picornel estaba llamado á hacer fortuna, porque reunia los dos tipos de la belleza antigua: el de Hércules y el de Apolo.

Si su arrogante figura hablaba á los sentidos, su rostro, de un blanco mate, sus ojos, de un azul purísimo, daban á su fisonomía todo el carácter de voluptuosidad necesaria para desempeñar un buen papel en aquel círculo de la córte en donde toda la política que se practicaba era el amor.

## XI.

Poco antes de las ocho penetró nuestro héroe en palacio por la puerta principal, se dirigió hácia la derecha, subió la escalera de Damas, preguntó al portero y no tardó en hallarse en una sala profusa y ricamente adornada con muebles dorados, magníficos cortinajes, porcelanas y preciosos cuadros, en su mayor parte miniaturas.

Después de un cuarto de hora de antesala, se abrió una mampara y se presentó á sus ojos la famosa camarista de la reina, doña Isabel de Matallana.

## CAPÍTULO XI.

### Las buenas fortunas de un pretendiente.

#### I.

Era esta favorita de la reina mujer de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alta, esbelta, con todo el aspecto de una matrona, y poseia á las mil maravillas el arte de aparecer más jóven de lo que era.

Acostumbrada á vivir desde muy niña en palacio, tenia todo el buen gusto, toda la elegancia, toda la distincion que se adquiere en esa gran casa, y al mismo tiempo toda la habilidad, toda la coquetería, toda la diplomacia, todo el talento que necesitan los palaciegos para no ser víctimas de las muchas intrigas que hay en los palacios, para no perder la gracia de los reyes.

Preciso es confesar que era en extremo simpática.

Sus ojos grandes y vivos eran de un negro muy profundo.

Sus cejas, muy pobladas, tambien negras.

La empolvada peluca aumentaba su régia belleza, y un hoyuelo que se formaba en su mejilla izquierda daba en ciertos momentos á su fisonomía un atractivo tal, que á

pesar de sus años era todavía lo que se llama una mujer irresistible.

## II.

Juan, poco acostumbrado á pisar alfombras y á tratar con damas tan encopetadas como aquella, experimentó al verla ese temblorcillo, esa emocion que infunde en nosotros la superioridad de cualquier personaje á quien vemos por la primera vez rodeado de todo su prestigio.

Pero la voz dulce y cariñosa de aquella mujer, la desenvoltura con que tomó asiento, el gracioso gesto que hizo para indicarle que se sentara, pusieron pronto término á su cortedad, y accediendo á la indicacion de la Matallana, se sentó á respetable distancia de ella.

## III.

—¿Es Vd. el jóven recomendado del intendente?

—Sí señora, respondió Juan.

—Mucho he sentido no haber podido hacer nada en obsequio de Vd. hasta ahora. Pero han sido tales los elogios que de Vd. me ha hecho su amigo, que he deseado conocerle y ofrecerle de nuevo mi escasa influencia para conseguir el objeto que le ha traído á Vd. á Madrid.

—Permítame V. S. que bendiga mi fortuna despues de oír los generosos sentimientos que acaba de mani-

festarme, dijo con desparpajo el *primer republicano español*, porque yo sé que los deseos de V. S. son leyes para todo el mundo.

## IV.

Esta frase galante mereció á la camarista una de las miradas más cariñosas de una mujer de mundo.

—Hay exageracion en lo que Vd. dice, exclamó; pero de todos modos, le agradezco esa buena opinion que tiene de mí, y para justificarla algun tanto le haré una confianza.

—¡Tanta bondad, señora!

—No es mi influencia omnimoda; pero si no lo puedo todo, suelo adivinar algo, leer en el porvenir, y me parece, añadió volviendo á mirar con coquetería á Juan, me parece que ha de hacer Vd. fortuna en la córte.

—Si V. S. me toma bajo su proteccion...

—Así lo haré.

—¡Oh, señora! exclamó Picornel levantándose y doblando una rodilla; permítame V. S. que en señal de reconocimiento bese su mano.

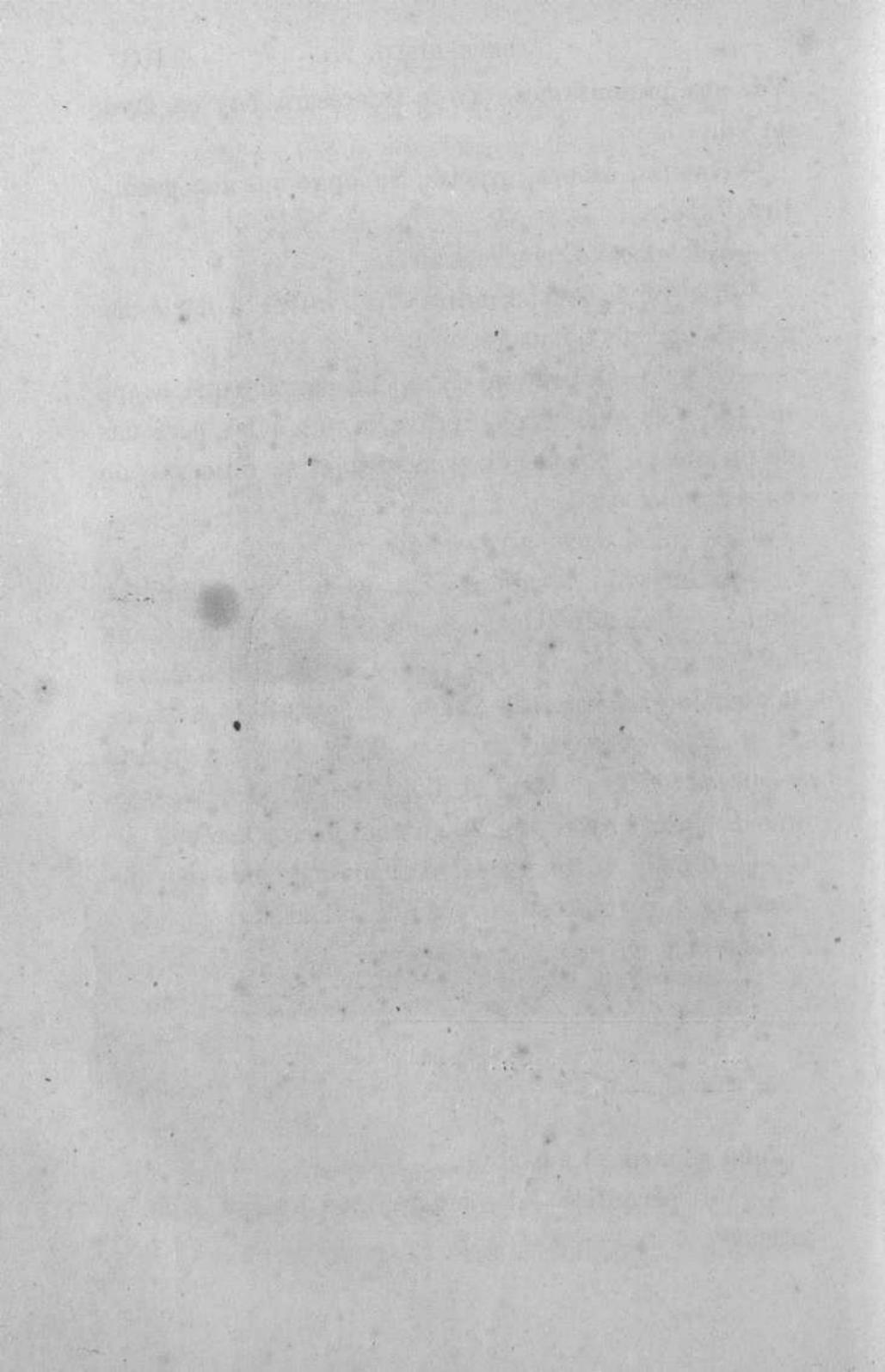
—Eso solo se hace con los reyes.

—V. S. es reina de la hermosura y la bondad.

—Basta, basta; me confunde Vd. con esos elogios, y... en lo sucesivo no me dé Vd. tratamiento. Me intereso por Vd., deseo hacer su suerte... Mañana vaya Vd. á la audiencia del duque de la Alcudia. Dígale usted que es el recomendado de la Matallana, explíquemele



...Permitame V. E. que en señal de reconocimiento bese su mano.



Vd. sus pretensiones. Yo le interesaré hoy en favor de Vd.

—Gracias, señora, gracias. Supongo que me permitirá V. S....

—Hábleme Vd. con más afecto.

—Bien; que me permitirá Vd. volver á darle las gracias por sus bondades.

—Cuando Vd. necesite de mí. La posicion que ocupo me priva de recibir con frecuencia aun á las personas de mi afecto, porque en palacio todo se observa, no faltan maliciosos...

—¿Y quién puede atreverse?...

—La envidia, la ruin envidia. El próximo domingo irán los reyes á la plaza de toros. Habrá novillos... una funcion divertidísima. Los fuegos artificiales llamarán la atencion seguramente. Vaya Vd.; yo estaré cerca de S. M. y procuraré hablarle en favor de Vd. Con esto y con mi recomendacion al duque de la Alcudia, creo que muy en breve verá Vd. realizados sus deseos.

—Quizás no todos, exclamó Juan dirigiendo una intencionada y ardorosa mirada á la camarista.

Esta bajó los ojos.

## V.

Juan se dispuso á partir.

—¿Me permitirá Vd., señora, que vuelva á darle gracias?

—Si Vd. se empeña... pero yo le avisaré á Vd. cuando pueda recibirle.

Juan salió de la estancia.

—Ese jóven hará fortuna, dijo Isabel.

É instintivamente se miró á un espejo.

Casi al mismo tiempo hizo una observacion.

Pero la hizo tan callando, que si el novelista no pudiera penetrar en el sagrado de las intenciones de sus personajes, se quedarían los lectores sin saberla.

La buena señora formuló su pensamiento de este modo:

—¡Es cosa extraña! Todos los jóvenes prefieren á las señoras ya formales, y las señoras ya formales... á los jóvenes.

## VI.

Mientras tanto Juan Picornel se iba diciendo:

—Me parece que he ganado más terreno de lo que suponía. Esta mujer me ayudará á plantear la república en España.

Al día siguiente vió muy temprano á sus amigos.

Les comunicó todo lo que le habia sucedido desde el día anterior, haciéndoles concebir las más lisonjeras esperanzas.

## VII.

A las once de la mañana se hallaba ya en la antecámara del palacio de Godoy, aguardando el momento de presentarse á S. E.

—Avisé Vd. al señor duque, dijo al portero, que desea verle el recomendado de la señora de Matallana.

Al oír este nombre hizo el funcionario una profunda reverencia.

Poco despues volvió.

—El señor duque desea que entre Vd. el último para poder enterarse con más calma de su pretension.

Juan esperó, y al cabo de una hora se halló en presencia de D. Manuel Godoy.

—Doña Isabel, le dijo, me ha hablado de Vd. con el mayor elogio y deseo complacerla si es posible. ¿Qué pretensiones son las de Vd?

—Señor, respondió Juan, he presentado un memorial al secretario del despacho de Hacienda rogándole que utilice mis conocimientos en cualquier empleo, por humilde que sea, en las oficinas que están á su cargo. No tengo otros recursos para vivir y aceptaré cualquier destino. Pero ya que V. E. es tan bondadoso conmigo, voy á pedirle permiso para hacerle una revelacion.

—Hable Vd. con franqueza; soy muy amigo de los jóvenes por lo mismo que yo tambien lo soy y que tantos favores he merecido de la suerte.

—Pues bien, señor, yo he vivido algun tiempo en el extranjero, poseo con alguna perfeccion el idioma francés, escribo correctamente, sé notar con alguna facilidad, y la aspiracion de toda mi vida ha sido la de desempeñar las funciones de secretario cerca de algun illustre personaje.

Yo creeria realizar un sueño si V. E., despues de ponerme á prueba, me eligiese para ser el último de sus secretarios.

—Algo ambiciosa me parece esa pretension.

—Es mi debilidad, señor; ¿por qué negarlo? Soy ambicioso.

—Así me gusta, dijo Godoy; y como sirva Vd. para el caso, yo le prometo que será Vd. secretario mio.

—Ese seria el colmo de mi felicidad.

—Deje Vd. las señas de su casa á uno de los ugieres, y yo avisaré á Vd. el dia en que deba empezar á desempeñar el empleo á que aspira.

#### VIII.

Juan abandonó ébrio de gozo el lujoso despacho del ministro.

Estaba á punto de realizar sus más vivos deseos.

Desde que habia llegado á España y habia tenido noticia de la privanza de que disfrutaba Godoy cerca de la reina, su más vehemente esperanza habia sido acercarse á aquel personaje.

Y no deseaba puesto tan importante y de tanta utilidad para medrar, para alcanzar riquezas, para explotar los secretos que descubriera, no; al contrario, era un iluso, tenia fé en sus creencias, las ideas revolucionarias que habia aspirado en Francia habian fascinado su imaginacion, y no cambiaba todas las grandezas del mundo, todos los honores que pudiera proporcionarle

un monarca, por la esperanza que abrigaba de poder en alguna ocasion romper, como él decia, las cadenas de la esclavitud y dar la libertad al pueblo.

Para llegar á este fin habia tomado el carácter de pretendiente.

Todo le favorecia.

Iba á verse de un momento á otro al lado del hombre que regia los destinos de España, con lo cual, no solo podia llegar á conocer á fondo la verdadera situacion del país, sino la verdadera fuerza del enemigo á quien pensaba derrotar.

## IX.

Sus hermanos de conspiracion le oyeron pronunciar estas palabras:

—Creo que muy en breve seré el confidente del duque de la Alcudia y el amante de la camarista mayor de la reina. Nuestro triunfo es seguro.

Trascurrieron tres dias, en los cuales ni de Godoy ni de la Matallana recibió aviso alguno.

Al llegar el domingo acudió al sitio en donde le habia citado la camarista.

## CAPÍTULO XIX.

### Una corrida de novillos en 1795.

#### I.

Entonces, como ahora, precedían en el circo tauro-máquico de Madrid las corridas de novillos á las de toros.

Se hallaba en todo su apogeo el arte, que á tanta altura habian elevado Francisco Romero, Costillares y los discípulos de estos, Pedro Romero y Pepe-Hillo.

El público, que vivia en medio de una paz octaviana, de una tranquilidad que solo puede hallarse hoy—y para eso no ha de ser en tiempo de elecciones—en la más apartada aldea de la Península, acudia agitado y febril, casi frenético, á aquel magnífico espectáculo, en el que, unida la inteligencia y el valor, desafiaban las iras de una fiera y la humillaban y la vencian en medio de entusiastas y atronadores aplausos.

Se comprende muy bien que sucediera esto.

Como á la tempestad sucede la calma, y vice-versa, así á la tranquilidad, al acompasado movimiento de nuestros abuelos, sucedia en ellos el deseo de presen-

ciar aquellas dramáticas escenas que les agitaban, los coumovian y los galvanizaban.

## II.

Pero entre las grandes corridas, en que los diestros más reputados eran objeto de la universal admiracion, complacíanse los habitantes de Madrid en asistir al circo á presenciari corridas de novillos; porque constituian, por decirlo así, el genero cómico, la parte asainetada de la funcion.

En ellas lucian sus habilidades y sus gracias los aficionados.

El público se convertia en actor, y eran amenizadas además con mogigangas—acaso más discretas, más entretenidas que las que hoy nos regalan—y con vistosos fuegos artificiales, en los que, dicho sea de paso, nadie aventajaba por entonces en Europa á los pirotécnicos españoles.

Para dar una idea de esta clase de funciones en aquel tiempo, voy á permitirme reproducir al pié de la letra el programa de la funcion á que asistieron los reyes, y á la que, por lo tanto, por indicacion de la camarista acudió Juan Picornel.

Este documento me evitará una descripcion, y de seguro por su carácter de antigüedad agradará á los lectores.

## III.

El programa que publicaron la *Gaceta* y el *Diario de Avisos*, únicos periódicos que entonces veían la luz del sol y la luz del aceite, decía así, con la debida anticipación:

«Mañana es la duodécima corrida de novillos. Mandará y presidirá la plaza el Sr. D. Juan de Morales Guzman y Tovar, corregidor de esta villa. Los diez y seis novillos son de las acreditadas vacadas de la villa de Colmenar Viejo. Mediante cifrar todo su interés los valerosos aficionados Juan Morin y José Gavara, en mostrarse reconocidos al general aplauso que les dispensó el público en la anterior corrida, prometen continuar picando en esta con varas delgadas los tres primeros, y no siendo de ménos consideracion el que asiste á los bizarros jóvenes Vicente Alvarez (el *Pelon*), Manuel García, Juan Ruiz y Sebastian Cachota, de hacer más grata la diversion, picarán montados cada uno en su caballo de pasta, que con la mayor industria y seguridad se fijarán frente á la puerta del toril sobre sus respectivos maderos, los dos siguientes, que como los demás, capeará y banderilleará la cuadrilla de á pié, al cuidado de Alfonso Alarcon y Cristóbal Diaz. A los restantes, y no á otros, se permite bajar á los aficionados, excepto á los ancianos y muchachos, bajo la multa de 25 ducados. Los maestros polvoristas Alonso y Antonio Barea, naturales de la villa de Albacete, que tu-

vieron el distinguido honor de presentar á SS. MM. y AA. en la noche 6 de Febrero una magnífica máquina de fuegos artificiales de maravillosa invencion, se han prestado voluntaria y caritativamente á disponer del sobrante de ellos, á beneficio de ambas causas pias, un famoso castillo, tanto por su construccion, cuanto por la variedad de ruedas, coronas, truenos, soles y chisperos reales con que estará adornado; previéndose que antes de arder dicho castillo, se echará bastante número de cohetes y fuegos de las clases siguientes:

*Pólvora de mano en salidas que se han de echar.*

Primeramente, diez salidas de 30 cohetes ordinarios.

Dos dichas de cohetes de luces.

Una de cohetes de cuatro suspensiones.

Otra de cohetes de tres truenos.

Otra de cohetes ciegos.

Otra de cohetes de dos arranques.

Otra de culebrinas.

*Clases de cohetes reales que se han de disparar.*

Unos que subirán iluminados.

Otros de cinco suspensiones.

Otros que en medio de su carrera se convertirán en ocho, y estos todos seguirán el mismo rumbo.

Otros que á su final despedirán diez y seis luces, y estas se convertirán despues en diez y seis truenos, que serán con intermision.

Otros que despedirán treinta culebrinas.

Otros que en medio de su carrera despedirán seis luces, y siguiendo su rumbo, á su final darán seis truenos.

Otros por el contrario.

Otros que arrojarán ocho carretillas.

Seguirá el fuego ardiendo por cuerdas que irá y vendrá por muchas veces; unas ruedas iluminadas, otras de chispería, otras que en medio de su carrera despedirán salidas de cohetes, y otras que de ida y vuelta siempre darán truenos. Se dará fuego por los cuatro costados de un castillo á cuatro estrellas, que formarán hermosamente de chispería, que concluida se iluminarán y principiarán á dar vueltas, y á su final se iluminarán ocho columnas que tambien voltearán de chispería; seguirá despues el fuego al primer cuerpo, ardiendo en tronería, y en su cornisa se incendiarán 48 rodeles y ocho coronas de iluminacion, que á su final darán ocho truenos fuertes; pasará el fuego al segundo cuerpo ardiendo de tronería; y en su cornisa por cuatro partes, se incendiarán 32 chisperos reales, é iluminarán cuatro soles que voltearán; últimamente, se continuará el fuego al tercer cuerpo, ardiendo de tronería y chispería, y en su cornisa habrá un incendio nevado; concluido este se iluminará el chapitel, que arrojará bombillas de luces, y á su final habrá una gran salida de cohetes reales; y concluirá pasando el fuego á una palma que arderá de tronería y chispería, dando fin con un trueno de grande estrépito.—Se empezará á las tres y media.

## IV.

Enterado el lector del programa de la función, no necesito decirle que se cumplió al pié de la letra, y ¡ay! del que hubiera faltado al más insignificante pormenor de lo ofrecido.

En aquellos tiempos tenia el público en la autoridad un verdadero guardian de sus derechos, y los que habia adquirido al comprar el billete para asistir al espectáculo tenian que cumplirse al pié de la letra, so pena de que el que faltase á ellos, cualquiera que fuera su categoría, fuese puesto de patitas en la cárcel.

El pueblo de Madrid asistia á aquel espectáculo con el mismo entusiasmo, con la misma alegría que hoy.

El traje ha cambiado.

El personal es el mismo.

En donde se sentaban las agraciadas manolas, las airosas majas, las remilgadas petimetras, los almibarados currutacos, las damas de la nobleza con sus vistosos trajes unos y otras, se sientan hoy los degenerados descendientes de aquellas venturosas generaciones con trajes ménos vistosos, ménos españoles, y no hay nada verdaderamente tradicional en todo el espectáculo más que el *gotilla*.

En efecto, el alguacil que da la llave del toril es el único que conserva el traje.

Por lo demás, resonaban entonces las mismas frases que hoy.

De padres á hijos han ido trasmitiéndose, y por eso los que quieren hacerse la ilusion, siquiera sea por breves horas, de que están en España, en la España idólatra del rey, idólatra de la religion, idólatra de la patria, si quieren hallarla en la expansion que entonces tenia, necesitan asistir, aun en nuestros tiempos, á las corridas de novillos y de toros.

## V.

Ninguno de los aficionados que tomaban parte en la funcion á que asistieron los reyes, la Matallana y el jóven pretendiente merecen llamar la atencion.

Solo uno de ellos, *El Pelon*, ha tenido descendencia, y todavía andan por Madrid uno ó dos hijos suyos.

Los fuegos artificiales maravillaron á nuestros bisabuelos.

Durante el espectáculo, Juan Picornel, que apenas separaba los ojos del palco de los reyes, tuvo ocasion de comprender que la Matallana le cumplia su palabra.

Habló dos ó tres veces con la reina doña María Luisa, y esta buena señora se dignó mirar al protegido de su camarista.

## VI.

Juan desempeñó su papel á las mil maravillas.

Permaneció toda la tarde sin prestar atencion al espectáculo.

A lo mejor se quedaba como ensimismado, bajaba los ojos al suelo, despues los elevaba con timidez hácia el palco régio, decia con sus miradas á la camarista algo que aquella dama, acostumbrada á las lides de amor, comprendia perfectamente, y al ver que SS. MM. se levantaban de su asiento y abandonaban el palco, dejó el suyo Juan Picornel, y corrió á la puerta por donde salia la régia comitiva para poder despedir á la Matalana con una nueva mirada ardiente y un nuevo suspiro de los más profundos.

Tan cerca pasó de su lado, que proporcionó á Juan la ocasion de recoger un pañuelo ricamente bordado que se le cayó de la mano.

En vez de dárselo,

—Permitidme que le guarde, dijo á media voz.

Y la camarista, comprendiendo aquel acto del jóven, que en aquellos tiempos no podia traducirse como un acto de vil interés, toda vez que estas prendas de amor no se cotizaban por los prestamistas, con la más refinada coquetería miró al jóven, y deteniéndose un instante le dijo á media voz:

—Hasta mañana á las ocho.

III

VII.

Juan se dirigió, como tenia de costumbre, á la botillería de Canosa, y al llegar encontró allí á su criado.

—¿Cómo es eso? ¿Qué vienes á buscar aquí? le preguntó.

—Han enviado para Vd. una carta, y como sé que viene Vd. á estas horas á la botillería, he querido anticiparme á sus deseos.

—¿La traes?

—Sí señor.

—Dámela.

Juan rompió el sobre y leyó con ansiedad la epístola.

Era del duque de la Alcudia y le rogaba que fuese á verle aquella misma noche á las nueve en punto.

Despidió á Sinforoso, conversó con el intendente, su protector, dándole gracias por la eficaz recomendacion que habia hecho en su favor y manifestándole que, gracias á su influjo, creía ser colocado; fué despues al corral del Príncipe á conversar un rato con Manolito Gala, jefe de los *polacos*; oyó cantar á María Chaves (a) la *Zoronguita*, las seguidillas de la *Tempestad*, el *Canario* y el *Arroyito*, y haciendo tiempo por las calles, al oír las ocho y media en el Buen Suceso se encaminó hácia la plaza de los Ministerios.

## VIII.

La noche estaba oscura, y como no llevaba farol, tuvo necesidad de pedir auxilio á un sereno, no tanto para que le librase de algun salteador, como para que le evitase un tropezon en los barrancos y sinuosidades

que constituían los alrededores, no solo de palacio, sino de la casa que habitaba en la plazuela antes nombrada el primer secretario de Estado.

S. E. no había vuelto aun de palacio y tuvo que aguardarle.

A las nueve y media oyó en la calle el ruido de un carruaje.

Un momento después entraba Godoy en su despacho.

## CAPITULO XIII.

### El ministro de Carlos IV.

#### I.

D. Manuel Godoy podria tener, en la época en que le presento á mis lectores, veintiseis años á lo sumo.

Hijo segundo de una modesta y honrada familia que residia en Badajoz, habia pasado al lado de sus padres con bastante estrechez los primeros años de su vida.

Con muchos escudos heráldicos, pero muy pocos de los acuñados en la real Casa de la Moneda, careciendo de mayorazgo, no tuvieron más remedio sus padres que hacerle entrar en la milicia del rey, puesto que para la de Dios no tenia vocacion y no convenia á sus padres que entrase en la del diablo.

Estas tres milicias eran los únicos caminos que por entonces se abrian á la juventud.

Tanto Manuel Godoy como su hermano Diego fueron destinados á la carrera militar.

La naturaleza se habia esmerado con Manuel y habia hecho de él lo que se llama un real mozo.

El mundo debía convertirle en un mozo aprovechado.

## II.

Dotado de una figura esbelta y arrogante, de un rostro fascinador, de unos ojos de fuego, de un atractivo irresistible, fácil era adivinar que la carrera militar ofrecería ancho campo al jóven para que hiciese fortuna en breve tiempo.

Obtener una banderola era el mayor deseo de los segundones, y hasta de los primogénitos que no eran mayorazgos.

Para conseguir esta especie de prebenda militar era necesario formar parte del real cuerpo de Guardias de Corps.

Este cuerpo constaba de cuatro compañías, á saber: la Flamenca, la Americana, la Italiana y la Española. Los individuos de estas compañías tenían el tratamiento de *caballeros* y la categoría de oficiales de ejército.

Su haber consistía en diez reales diarios.

Todos vestían el mismo uniforme.

El distintivo que marcaba la compañía á que pertenecían era la banderola.

Los de la compañía Flamenca la llevaban amarilla.

Los de la Americana, amarilla.

Los de la Italiana, verde.

Los de la Española, carmesí.

Sobre estos colores formaban en todos ellos cuadros unos preciosos galones de plata.

### III.

A los diez y siete años obtuvo Manuel Godoy la banderola en la compañía Española, y con sus diez reales diarios, su habitacion en el cuartel y su criado ó asistente, llegó á creer que nada le faltaba en el mundo para ser feliz.

La fortuna, sin embargo, le preparaba triunfos mayores.

Bien sabe Dios que no quisiera levantar un falso testimonio á la ilustre dama que por entonces compartia el tálamo conyugal con el buen rey D. Carlos IV.

Para mí tienen los reyes algo de sagrado.

Sin embargo, la historia, la tradicion, alguno que otro papel suelto de la época, todos los datos coinciden á demostrar que aquella hermosa italiana albergaba en su pecho pasiones vehementes, y la malicia, que es de todos los tiempos, al ver á Manuel Godoy, simple segundon de una familia pobre, guardia de Corps, y de los más modestos á los diez y ocho años, convertido á los veintiuno en consejero y favorito de los reyes, y poco despues en primer secretario del Despacho, lleno de honores, con un título ilustre, cubierto de condecoraciones, nadando en oro, sospecha que esta gran fortuna la debió en cierto modo á las liberalidades de la reina.

181 Motivos poderosos eran tambien para atribuir á semejante origen su fortuna las prendas personales que le adornaban.

201 Pero digamos, para ser justos, que en sus *Memorias* nos ha dejado una prueba irrecusable de su talento, de su carácter franco y generoso, de su amor á la gloria, de la nobleza de su ambicion.

## IV.

101 En algunos círculos, los más próximos á la córte, se murmuraba de él.

Más abajo, pocos eran los que, aunque abrigaban sospechas en su fuero interno, se atreviesen á manifestarlas; porque entonces habia caridad y estaba muy presente en el ánimo de todos el ejemplo de los hijos de Lot.

1001 La política interior era una cosa muy sencilla.

101 Estaba reducida á medidas de buen gobierno, mejor dicho, no habia política, no habia opiniones, no habia partidos.

100 Los reyes, verdaderos padres del pueblo, atendian á todas sus necesidades y decretaban todas las medidas más oportunas para la prosperidad de la industria y del comercio, para el adelanto de la agricultura, para la comodidad de los vecinos de las poblaciones, llegando hasta el punto en aquel sistema preventivo de establecer en las Reales Ordenanzas que las clases no pudieran mezclarse unas con otras, y para impedir que las for-

tunas particulares llegasen á ser esclavas del lujo ó del despilfarro.

Todo esto era paternal.

Las leyes respiraban cariño, amor á la familia, y los encargados de cumplirlas eran por lo tanto objeto de veneracion.

## V.

Los ministros trabajaban con tranquilidad, con desahogo, sin verse asediados de pretendientes, sin necesidad de ejercer la influencia moral para obtener candidatos en las elecciones.

Tenian, pues, tiempo de estudiar las leyes antiguas y reformarlas, y se hallaban animados además de la seguridad de permanecer muchos años en su puesto.

Así es que, si los acontecimientos de Francia no hubieran obligado á España á tomar una actitud enérgica enfrente de los revolucionarios; si Godoy no hubiera personificado esta política, es muy posible que hubiera continuado mucho tiempo sin llegar al alto puesto en que le hallamos colocado al presentarle á los lectores en esta historia.

Pero por lo mismo que tan repentinamente se habia elevado era mayor el número de sus enemigos y necesitaba toda la proteccion de los reyes y todo el talento que hasta sus adversarios le reconocen, para defenderse de los continuos y simulados ataques de que era objeto.

## VI.

Por una parte eran sus enemigos los admiradores de Floridablanca.

Por otra le dirigian sus dardos los amigos del conde de Aranda.

La Inquisicion no le miraba con buenos ojos.

El clero, aunque haciendo salvedades, no podia ménos de censurar el origen que se atribuia á sus sorprendentes triunfos; y no seguro aun en su puesto porque el lazo que le retenia en él podia romperse con la misma facilidad con que se habia anudado, necesitaba trabajar dia y noche para vencer los obstáculos, para deshacerse de sus enemigos y permanecer siempre á flote en el revuelto mar en donde se agitaba.

## VII.

Despues de la primera entrevista que habia tenido con Juan Picornel, se habia quedado un rato reflexionando sobre las cualidades que habia manifestado á sus ojos aquel jóven.

—Si no está maleado, se dijo, si no le domina una ambicion insensata, ese hombre me conviene.

Godoy, como todos los advenedizos, necesitaba hacerse partidarios, derramar beneficios á manos llenas, y

sobre todo mostrar á la nacion que desde el puesto que ocupaba sabia apreciar los talentos y las virtudes de los hombres premiándolos con equidad.

51 Pero eran en aquellos momentos tan importantes los asuntos que ocupaban su imaginacion, necesitaba con tal prisa hacer los preparativos para la guerra que era inminente entre Francia y España, veíase obligado á negociar en secreto con los revolucionarios al mismo tiempo que creaba en España los ejércitos que debían combatir al enemigo, tenia tan asíduas y tan trascendentales entrevistas con el encargado de negocios de Francia, con las personas influyentes de las ciudades y pueblos de España que debían acudir al llamamiento del rey, que no tardó en olvidar al jóven recomendado de la Matallana, razon por la cual pasaron algunos dias sin que le llamase.

Pero asistió como acostumbraba, á pesar de su poca aficion á las corridas de toros, al espectáculo cuyo programa he reproducido en el capítulo anterior.

## VIII.

Aunque estuvo breves instantes en el palco de los reyes, no se escaparon á su perspicacia las señas, las miradas que la Matallana dirigia á un jóven; reconoció en él al protegido de la camarista, y como creia tener en ella uno de sus más poderosos enemigos, concibió un plan, contando para desarrollarle con Juan Picornel.

Un solo instante le bastó para explicarse lo que pasaba, y activo como era, al retirarse de la plaza de toros fué á su casa y escribió á Juan la epístola con que sorprendió á este su criado en la botillería de Canosa.

Oigamos ahora su conversacion para comprender los planes del ministro de Estado.

—Ante todo quiero mostrarme á Vd tal cual soy.  
 —Estoy á las órdenes de Vd, dijo Juan con tono resuelto.  
 —A cambio de mi proteccion, que es eficaz y poderosa, tan señalada nuestra de gratitud.  
 —Si así fuera, nunca podría pagar á V. E. como debe si no me engaño, la fortuna de Vd.  
 —Es la conversacion que vamos á tener, hablando mucho lo celebrara.  
 —Y sin embargo está V. E. en un error.  
 —Afortunado soy por haberme encontrado con Vd.  
 —El ministro del rey nuestro señor, que Dios guarde su persona, me ha asignado para poder dar el primer mes, habré Vd. unpejado á dudar de mí.  
 —Seguro está y digo, como al fin, de que el que me ha pasado tantos días sin que le cumpliese mi deber.

## CAPÍTULO XIV.

### Receta de pretendientes.

#### I.

—Seguro estoy, dijo Godoy al jóven, de que al ver que han pasado tantos dias sin que le cumpliese mi promesa, habrá Vd. empezado á dudar de mí.

—Sé que V. E. tiene muchas atenciones, y conozco bastante mi insignificancia para pensar que el primer ministro del rey nuestro señor, que Dios guarde, pueda acordarse del más oscuro pretendiente.

—Y, sin embargo, está Vd. en un error.

—Mucho lo celebraria.

—De la conversacion que vamos á tener depende, si no me engaño, la fortuna de Vd.

—Si así fuera, nunca podria pagar á V. E. como debo tan señalada muestra de gratitud.

—A cambio de mi proteccion, que es eficaz y poderosa, solo exijo de Vd. sinceridad.

—Estoy á las órdenes de Vd., dijo Juan con tono resuelto.

—Ante todo quiero mostrarme á Vd tal cual soy.

Ni la fortuna ha cegado mis ojos, ni el fausto y la posición que le debo, han extinguido los sentimientos de mi corazón.

Yo he sido pobre como Vd., pretendiente como Vd.

Todo cuanto tengo lo debo á la inmerecida protección que me han dispensado los reyes. Pero por lo mismo la envidia me ha creado gran número de enemigos.

Vd. me dijo al verme por la primera vez, que realizaría sus más lisonjeras esperanzas nombrándole mi secretario. Ese cargo es un cargo de confianza.

No puedo otorgarle sino al hombre que se identifique conmigo, que me demuestre con su conducta, con su abnegación, con sus sacrificios que es digno de mi afecto.

¿Puede Vd. ser este hombre?

En la antigüedad habia un día al año en que á los esclavos permitía su señor que le dijese la verdad.

Yo, que vivo rodeado de mentiras, quiero, exijo que me diga Vd. con entera franqueza la opinión que ha formado de mí.

## II.

Esta pregunta sorprendió á Juan.

Por mucha que fuese su inteligencia, su trato de gentes, su habilidad para salvar las situaciones difíciles, no pudo imaginar al entrar en aquel lujoso gabinete que el hombre más poderoso de España descendería hasta el punto de formular semejante pregunta.

Y aquella pregunta era en Godoy natural, lógica.  
Se hallaba en momentos críticos.

Ejercía una gran influencia en la política internacional, en la única política de España; necesitaba el apoyo del pueblo y aprovechaba la ocasión de hallar en la respuesta de Juan, al mismo tiempo que la expresión del pueblo, el medio de conocer á fondo al que hasta entonces habia revelado cualidades que podian ser muy útiles al privado de Carlos IV.

### III.

—Difícil es contestar á la pregunta que se ha servido dirigirme V. E., dijo Juan, procurando salir al encuentro de Godoy.

—Nada es difícil á la sinceridad, y ya he dicho á usted antes, que quiero oír la verdad de sus lábios.

—La verdad, señor, no se puede decir á los magnates.

—¿Por qué?

—Porque cuando es verdad amarga no les gusta, y cuando es favorable parece adulación.

—No le hago á Vd. preguntas de retórica.

—Pues bien; hé aquí mi respuesta, y perdone vucencia si no es de su agrado.

### IV.

Godoy miró fijamente á Juan.

—De cien personas, seguramente noventa y nueve dirian que cuando los reyes, que Dios guarde, han ele-

vado á V. E. al más alto puesto de la nacion, han sabido lo que se han hecho. Pero añadirían con piedad vulgarísima: «¡Lástima es que el primer ministro del rey sea tan jóven!»

Yo, señor, creo que en el mundo no sucede más que lo que tiene razon de ser, y cuando veo á V. E., jóven aun, dirigiendo la política de una nacion tan grande como España, sospecho que tiene V. E. más talento que sus antecesores, porque, de lo contrario, no hubieran podido vencerle.

Hé aquí la causa principal del deseo que me anima á llegar á ser secretario de V. E. Nada más tengo que añadir.

—¿Y creia Vd. que esa lisonjera opinion no podia ser de mi agrado?

—No, ciertamente, porque V. E. al preguntarme podia poner á prueba mi modo de pensar, esperaba sin duda que yo me distinguiera pronunciando frases que nunca hubieran llegado á oidos de V. E., y no he hecho más que repetir lo que á todas horas dicen á vuecencia cuantos le rodean.

—V. E. me permite decirle que yo he estado en su gabinete, y he visto muchas veces á la reina.

Godoy mandó sentar á Juan.

—Supongamos que le admito á Vd. en calidad de secretario mio. ¿No le parece á Vd. equitativo que antes que yo le confie mis secretos sepa algunos de Vd.?

—Nada más natural.

—Soy un poco curioso, y por otra parte, mi curiosidad va á demostrarle el interés que le profeso. ¿Hace mucho que conoce Vd. á la señora de Matallana?

—Hace muy pocos días.

—¿Y cómo la ha conocido Vd.?

—Al venir á Madrid para pretender un empleo me detuve en Aranjuez, y un empleado de palacio me dió una carta de recomendacion para la camarista de su majestad la reina. Al llevársela no me recibió, pero otro amigo mio, intendente jubilado, á quien veo muy á menudo en la botillería de Canosa, habló cinco ó seis dias despues á la señora de Matallana, y esta se dignó anunciarme que me recibiria en su habitacion.

—¿Es decir que no la ha visitado Vd. más que una vez?

—Una sola.

—¿Y está Vd. satisfecho del interés que ha demostrado en su favor?

—No solo satisfecho, sino sorprendido.

—¿Por qué?

—Es muy sencillo, señor. A ella debo la fortuna que me sonríe en este momento. Sin su poderosa recomendacion, yo habria venido muchas veces á la antecámara de V. E. y habria tenido que marcharme con esperanzas únicamente.

—¿A qué atribuye Vd. el interés que se ha tomado por favorecerle esa señora?

—A su buen corazon.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pues bien, voy á darle á Vd. entonces una noticia.

—Tanta bondad, señor...

—La Matallana le ha recomendado á Vd. á mí con tal eficacia, que no me estrañaria que fuese, como usted ha dicho, *su corazon* la causa de su interés.

—Puede suponer V. E... preguntó Juan.

—Supongo, porque es muy natural, que Vd., viendo en el afecto que le profesa esa dama un medio de realizar la ambicion que ha tenido la franqueza de confiarme, se vea halagado y aspire muy en breve á ser algo más que secretario mio. Si así fuera, tendria que renunciar á los servicios de Vd., porque precisamente la Matallana... Vamos, no soy santo de la devocion de esa señora, y yo veria en Vd. un espia suyo.

—Semejante suposicion seria una ofensa si no saliese de los lábios de V. E.

—Le hablo á Vd. con una sinceridad que no es costumbre en mí, porque no puede serlo. En prueba de que deseo tenerle á mi lado, protegerle, proporcionarle los medios de emplear útilmente su talento, es la franqueza con que le hablo. O es Vd. amigo mio, ó lo es de su protectora. A mi lado encontrará Vd. el premio que merece. Yo le daré la mano para subir; yo haré que la fortuna, tan pródiga conmigo, le brinde sus favores. Al lado de ella desconfiaré de Vd.

Juan permaneció silencioso un instante, y como resolviéndose despues de vacilar, dijo de pronto:

—Voy á corresponder á la bondad de V. E. No se ha equivocado V. E. He comprendido desde luego, sin que esto parezca vanagloria, que me seria posible alcanzar la confianza de esa dama. Pero un hombre que tiene corazon, un hombre que desea ser algo en el mundo, que estima la gloria en lo que vale, que se estima á sí mismo, entre la proteccion leal de un hombre y la proteccion interesada de una señora, opto por la primera.

—Reflexioné Vd. bien.

—Empeño mi palabra de honor.

—Que es muy resbaladizo el terreno que va Vd. á pisar.

—Tengo seguridad de mí.

—Perfectamente; pero no es eso solo lo que exijo. Unido á mí por la gratitud y por el afecto, necesito, exijo de Vd. un sacrificio.

—No hay sacrificio que no arrostre la gratitud.

—El papel que debe Vd. desempeñar es difícil.

—Los consejos de V. E. me servirán para salir airoso.

—Es necesario que aproveche Vd. las simpatías que ha despertado en esa mujer para alcanzar mi confianza.

Siendo Vd. secretario mio, desde luego una de las

condiciones que exigirá á Vd., uno de los elementos que le sostendrán en su gracia será la revelacion de mis secretos. No me pierda de vista; somos enemigos implacables; me hace todo el daño que puede, y creará con el auxilio de Vd. hallar una ocasion, si no para perderme, para mortificarme. ¿Comprende Vd. cuál es mi deseo?

—Perfectamente.

—Mi poder es omnímodo. Si Vd. empeña su palabra de honor de guardarme fidelidad, yo le prometo la fortuna. Si Vd. me vende, un cadalso.

—Mi palabra de honor está empeñada.

—Desde este instante es Vd. mi secretario. Tome Vd. asiento en esa mesa, y escriba lo que voy á dictarle.

## VII.

Juan se habia decidido á jugar el todo por el todo.

La ocasion que se le presentaba era oportuna.

La suerte acudia en su auxilio para colocarle en el sitio donde mejor podia ver la verdadera situacion del país y aprovechar los momentos para desarrollar sus planes y plantearlos cuando fuera un momento oportuno.

Godoy dictó una carta confidencial, dirigida al agente secreto que tenia el gobierno en Francia, anunciándole los preparativos que se hacian para llevar á cabo la guerra y los medios que debia de poner en juego para informar á los generales encargados de conducir

al combate los ejércitos españoles, y de todo cuanto pudiera convenir al éxito de las armas.

## VIII.

Al terminar aquel trabajo,

—He olvidado una condicion, le dijo.

—V. E. dirá.

—Para ser secretario mio necesita Vd. vivir en mi misma casa.

—Esa es una honra más.

—No coartaré, sin embargo, la libertad de Vd. Tendrá Vd. horas libres para salir á donde quiera, pero no olvide Vd. que yo debo saber todo lo que hace, todo lo que piensa.

Juan aceptó esta nueva condicion.

## CAPÍTULO XV.

**Donde el aspirante á funcionario parece un maestro en el arte de vivir.**

### I.

Dejaria Juan de haber sido descendiente de nuestro padre Adan, si al verse cuando ménos lo esperaba en camino de la fortuna no hubiese vacilado.

Preciso es confesar que no le faltaba motivo.

De humilde mancebo de una librería se habia convertido en viajero y habia pasado algun tiempo en Francia, precisamente en momentos muy críticos para aquel país.

Las ideas de libertad, igualdad y fraternidad le habian entusiasmado, y al deseo que los propagandistas franceses le habian hecho concebir de plantear en España aquellos principios, se unia en él la esperanza de adquirir honra y provecho, porque natural era que haciendo la felicidad de su patria con la receta de la república, obtuviese á cambio de sus sacrificios riquezas y fortuna durante su vida, y estatuas y trompetazos de la Fama despues de su muerte.

## II.

No nos engañemos unos á otros.

La historia no conserva en sus páginas más que un ejemplo de amor platónico á la gloria: el de Erostrato.

Por regla general, los que apadrinan una idea política y hacen sacrificios por ella, salvas contadas y oscuras excepciones, hacen en otra escala lo que los jugadores que confían su fortuna á un dado ó á una carta.

Mucho interesaba á Juan romper las cadenas de la esclavitud que, segun él decia—por más que ellos no lo supiesen—pesaban sobre los españoles.

Mucho le halagaba la idea de disipar las tinieblas para que brillase en su lugar el espléndido sol de la libertad.

Pero quizás le interesaba, y quizás algo más, fijar en su favor la rueda de la fortuna y llegar á ser un personaje importante.

Hé aquí la historia de todos los conspiradores.

## III.

Al proporcionarle la suerte un camino más fácil para llegar al mismo fin, natural era que pensara, siquiera por un momento, que cometeria una locura dejando lo cierto por lo dudoso, que sería un infeliz si abandonaba la brillante posición que le ofrecía el primer secreta

rio de Estado por los azares de una conspiracion que exponia á cada instante su cabeza.

—Verdad es, pensaba agitándose presa del insomnio la noche en que por primera vez desempeñó las funciones de secretario, verdad es que yo he contraido compromisos con los revolucionarios franceses, que he prestado sagrados juramentos y que no puedo sin cometer una infamia dejar abandonados á los que, como yo, trabajan para el logro de nuestros planes. Pero en buena ley, ¿qué es lo que deseamos todos? Hacer la felicidad del pueblo. Si yo al lado del primer ministro puedo, por medio del ascendiente que llegue á ejercer sobre él, lograr el mismo fin, ahorro á mi patria las convulsiones de la revolucion, y por el camino más llano llego al término de la jornada.

#### IV.

Meditando sobre el mismo tema,

—¿Quién sabe, dijo, si al fin y al cabo este mismo hombre que es hoy el favorito de los reyes no se verá tentado por el demonio de la ambicion y despues de haber sido el primer ministro querrá ser el jefe del Estado? De todos modos, he alcanzado un verdadero triunfo y necesito hacer todo género de sacrificios para apoderarme de la voluntad de Godoy.

Pero necesitaba dar cuenta á sus amigos de todo lo que le había sucedido; y al dia siguiente, aprovechando la hora en que el ministro despachaba con el rey,

fué á la calle de Segovia y habló con los conjurados.

—Soy secretario de Godoy, les dijo; desde este instante vosotros continuareis trabajando como hasta ahora; yo os veré muy de tarde en tarde, pero hago aquí un solemne juramento. Aprovecharé todas las ocasiones de inspirar ambicion al duque de la Alcudia, me apoderaré de su ánimo, y cuando llegue á dominarle, ó poco he de poder, ó él con los grandes elementos de que dispone nos ayudará al triunfo.

Todos consideraron como una gran fortuna la de Juan Picornel, y este, desembarazado algun tanto de los trabajos asíduos de la conspiracion, entró de lleno en el desempeño de sus nuevos deberes, prometiéndose realizar sus proyectos si podia dominar al primer ministro, aprovecharse de su fortuna si no le era posible realizar sus propósitos.

Por la noche acudió á la cita que le habia dado la Matallana.

No era ya el tímido pretendiente que algunos dias antes habia temblado al hallarse en presencia de la astuta palaciega.

VI.  
Las impresiones y los indicios de su triunfo galante, que Godoy le habia manifestado, le hicieron presentar-

se á la camarista de la reina con la arrogancia del que, aun despues de derrotado, no quiere ser vencido.

—Acudo, señora, á besar á Vd. las plantas, dijo con desenvoltura, y le agradezco que me haya proporcionado la ocasion de mostrarle mi gratitud.

—No me lo agradecerá Vd. cuando sepa el motivo que he tenido para llamarle.

—¿Por qué, señora?

—Tengo que reñir á Vd.

—¿Es posible?

—Sí. Ha podido Vd. ponerme en un grave compromiso.

—¿Yo?

—Le perdono, porque comprendo que hay en la juventud momentos en los que la prudencia no logra dominar al corazon, pero exijo de Vd. que me devuelva el pañuelo, y por su bien de Vd. y el mio le exijo que no volvamos á vernos nunca.

—¿Y puede Vd. exigirme ese sacrificio?

—Es necesario.

—¡Ah! ¡Señora! Dice Vd. bien. He sido un imprudente, un loco. Ni aun el sentimiento de gratitud que experimento hácia Vd. puede disculparme. Pero no importa. Yo sufriré el castigo que merezco. Oigame usted un instante con benevolencia. Recomendado por usted al duque de Alcudia, me ha favorecido de tal suerte que desde anoche soy su secretario particular.

—¿Vd.? exclamó asombrada la Matallana.

—Sí señora; y esta merced tan grande, tan inespe-

rada, y esta posición, que es el colmo de mi fortuna, la debo á Vd. Pero desde el momento en que he incurrido en una falta tan grave, desde el momento en que no he sabido reprimir la expansión de mi alma, yo no puedo permanecer más tiempo en el empleo que he obtenido gracias á Vd. Al salir de aquí iré á dar gracias al duque de Alcudia por su bondad y á renunciar al puesto que me ha otorgado.

—Esa sería otra imprudencia mucho más grave, dijo la Matallana.

—¿No se muestra Vd. ofendida conmigo?

— Sí por cierto.

—¿Y cómo quiere Vd. que yo viva feliz sabiendo que debo mi fortuna á una señora á quien he ofendido?

—Precisamente tiene Vd. el medio de desenfadarme, dijo la Matallana con coquetería.

—¿Es decir que me brinda Vd. una esperanza de perdón?

—Tal vez.

—¿Qué puedo hacer para obtenerle?

—Mostrarme de otro modo su gratitud.

—Hable Vd., por piedad; no habrá deseo suyo que no me esmere en complacer.

—No, no, desisto. Va Vd. á pensar muy mal de mí, y por otra parte, para que yo le hablase con franqueza necesitaría que dispase Vd. el temor que me ha asaltado al ver su conducta. ¿Por qué razón guardó Vd. el pañuelo que era mío?

—Para tener una reliquia de la mujer que más me ha impresionado en el mundo.

—Si habla Vd. de ese modo, renuncio á mis propósitos.

—Perdone Vd., señora.

—Seamós amigos, solo amigos.

—He prometido obedecer á Vd. en todo.

—Pongamos un plazo á la amistad; un año.

—Un año será un siglo para mí.

—Quizás lo fuera de otro modo.

—Sea un año; como Vd. quiera.

—En este tiempo, para que yo esté satisfecha de usted, para que yo crea en su amistad, necesito...

## VII.

Vaciló algunos momentos la Matallana, y levantándose de pronto y tendiendo la mano á Juan,

—¿Me ofrece Vd. guardar el mayor secreto?

—Solo Dios y nosotros sabrá lo que Vd. me diga.

—Pues bien, yo necesito que el secretario de D. Manuel Godoy no tenga ningun secreto para mí. Pero es preciso mucho sigilo, y en lo sucesivo no volverá usted á verme en mis habitaciones para no dar que sospechar.

—¿Cómo podré ver á Vd. entonces?

—Pronto lo sabrá Vd.; por hoy no hablemos más.

¿Puedo esperar que se realicen mis deseos?

## VIII.

Juan estrechó de nuevo la mano de la Matallana.

—No quiero contestar á Vd. con palabras, sino con hechos, le dijo.

—Adios.

—Adios.

La situacion de Picornel no podia ser más difícil.

Sin embargo, tenia bastante ingenio para salir airoso de ella.

## CAPITULO XVI.

### Pasos en firme,

#### I.

Aunque Juan Picornel fué á alojarse en una de las habitaciones del palacio de Godoy, no por eso abandonó la modesta casita que hasta entonces habia ocupado en la calle de los Caños Viejos.

Dejó en ella á Sinforoso, pasándole un tanto para su manutencion, y tuvo buen cuidado de ocultarle la posicion que habia alcanzado, porque aunque estaba seguro de su lealtad, no tenia la mejor opinion de su sentido comun, y temia que por falta de tacto diese explicaciones que le comprometieran á los vecinos que, notando su ausencia, le preguntaran por él.

A los dos dias de entrar al servicio del ministro de Estado se presentó en su casa el amigo de la infancia que habia ido á proponerle la venta clandestina de los libros franceses.

Sus compañeros, que como comprenderán los lectores espianaban á Juan, no podian explicarse la desaparicion del hombre á quien habian visto entrar en la casa acom-

pañado del fámulo, y estaban llenos de dudas, ni más ni ménos que la vieja delatora.

Pero lo que más les preocupaba era la desaparicion de Juan de su domicilio.

Hacia cuarenta y ocho horas que no habia estado en su casa, y no pudiendo resistir más tiempo el deseo de averiguar su paradero, se encargó Mariano de preguntar al fámulo.

Las respuestas de este estuvieron muy léjos de satisfacerles.

## II.

Sinforoso no sabia más sino que su amo le habia dado algunas monedas para que viviese durante quince dias, despidiéndose de él y prometiéndole volver cuando se terminara este plazo.

Al tener estas noticias se convenció Mariano de que su amigo era algo más que un pretendiente, y dando cuenta de lo que habia sabido á los espías, unos y otros se dedicaron á buscarle.

Mariano fué á la botillería de Canosa, donde sabia que tenia costumbre de asistir Juan.

Fué á los corrales del Príncipe y de la Cruz, y por último, fué á San Andrés á la hora en que salia el rosario, y en ninguno de estos parajes, que solia frecuentar Picornel, tuvo la suerte de encontrarle.

## III.

La única esperanza que le quedaba era la de acudir á su casa al cumplirse los quince dias.

Fué, en efecto, y se puso de acecho en casa de la vieja.

No tardó mucho en experimentar una viva satisfaccion.

A cosa de las nueve oyó pasos al principio de la calle de los Caños Viejos, y sin ser visto pudo ver á Juan Picornel entrar en su casa.

Permaneció muy poco tiempo en ella, y al salir fué siguiéndole á bastante distancia, y le vió con asombro dirigirse á la plaza de los Ministerios, entrar en el palacio de Godoy y subir, despues de recibir un respetuoso saludo del portero, por la escalera privada de la casa.

Haciéndose el ignorante, despues de haber desaparecido Juan, preguntó al portero:

—Dígame Vd., ese caballero que acaba de entrar, ¿es el ayuda de cámara de S. E.?

—No señor; es su secretario.

## IV.

Mariano, en vez de dar parte de lo que habia descubierto á sus compañeros de espionaje, reflexionó qué es lo que deberia hacer en aquellas circunstancias, y concluyó—siempre el corazon humano es el mismo—y

concluyó por manifestar á sus camaradas que todos cuantos pasos habia dado para descubrir el paradero de Picornel habian sido inútiles, y por escribir á este una carta pidiéndole una entrevista.

Juan Picornel le recibió, y su amigo, despues de darle la enhorabuena, cantó de plano, demostrándole que al visitarle despues de tanto tiempo de ausencia, habia obedecido á sugerencias secretas del Santo Oficio.

—Pero soy tuyo en cuerpo y alma, le dijo; si he aceptado tan penosa mision ha sido por carecer de recursos para vivir. Tú tienes hoy gran valimiento. Protégeme, y yo te ofrezco que en lo sucesivo no te molestará el espionaje.

Juan hizo con su amigo lo que con él habia hecho Godoy.

—Si eres leal, le dijo, yo te prometo contribuir á tu fortuna. Si me vendes, tengo poder bastante para perseguirte y anonadarte. Pero de todos modos, me conviene que sigas en tu puesto.

Todas las semanas vendrás á verme, á contarme cuanto sepas, no respecto de mí, sino respecto de todas las personas á quienes tenias la mision de espiar, y por estas confidencias, que todo el mundo ignorará, recibirás al verme lo necesario para pasar la semana alegremente.

## VI.

Satisfecho por haber obtenido este medio de saber, si no tanto, algo al ménos de lo que la Inquisicion inquiria, continuó desempeñando con gran habilidad su papel de secretario íntimo del duque de la Alcudia y de amigo de la Matallana.

Pero hasta entonces habia tenido un tacto tan exquisito, que habia logrado hacer creer á uno y otro que, aunque se odiaban, se temian, razon por la cual nada podian hacer para perjudicarse.

El puesto que desempeñaba Juan era el más á propósito para deslumbrar su imaginacion, para exacerbar su codicia, y aunque él no lo sospechaba siquiera, en vez de gozar la felicidad que al parecer le sonreia, sufría horriblemente, porque á todas horas trabajaba su imaginacion y el sueño desaparecia de sus ojos instigado por el deseo que le asaltaba de evitar que Godoy por un lado, la camarista por otro y los conspiradores, sus amigos, pudiesen sospechar que faltaba á la lealtad estipulada, y al mismo tiempo deseaba dominar á los tres para que todos sirvieran de base á su encumbramiento.

## VII.

A mediados de Marzo partieron los reyes á Aranjuez, y respiró un poco porque la camarista acompañó á la reina.

Godoy hacia frecuentes excursiones al Real Sitio, y cuando esto sucedia quedaba libre y trabajaba en pró de las ideas republicanas.

Llegó por fin el dia 29 de Marzo, y apareció, como sabemos, en la *Gaceta* la declaracion de la guerra de España á Francia.

Juan trabajaba en el despacho del ministro, cuando Pepe-Hillo, acompañado de la entusiasta muchedumbre, llegó á manifestar al ministro del rey el entusiasmo que habia producido en el pueblo la declaracion de la guerra y la resolucion que todas las clases de la sociedad habian tomado de acudir con sus haciendas, con sus personas, con cuanto poseian á la defensa del pabellon nacional.

Cuando el torero abandonó la estancia, Godoy, que habia cobrado afecto á su secretario, llamándole y colocándose con él detrás de la vidriera de una de las ventanas,

—Vea Vd. lo que es el pueblo, le dijo mostrándole el entusiasmo con que todos aclamaban lo mismo á Carlos IV que al torero.

#### VIII.

Entusiasmado Juan, dominando en aquel momento á su espíritu las ideas que le habian impulsado á ser conspirador, extasiándose ante la realizacion del triunfo que habia soñado, olvidó por un momento que era el secretario del ministro, que era el amigo de la Matalla-

na, y pensando en la república y contemplando á Pepe-Hillo,

—Hé aquí al hombre que necesitamos, pensó.

CAPÍTULO XVII

IX.

Abstraído en este pensamiento se hallaba, cuando Godoy, llamándole de nuevo,

—Voy á salir inmediatamente para Aranjuez, le dijo; pero es preciso mantener el espíritu del pueblo, y voy á confiar á Vd. una mision muy delicada.

—Mande V. E. lo que guste.

—Vaya Vd. á averiguar dónde vive el torero que acaba de salir de mi estancia. Va Vd. á ir á verle y á llevarle este anillo, añadió poniendo en su mano un magnífico solitario, y le va Vd. á decir que el duque de la Alcudia, deseando que recuerde siempre el dia en que le ha proporcionado el placer de estrechar la mano de un verdadero español al estrechar la suya, le envia como memoria este regalo.

Juan aceptó con entusiasmo aquel encargo.

La suerte parecia adivinar sus deseos y realizar todos sus designios.

A cosa de las cuatro partió Godoy en una silla de posta hácia el real sitio de Aranjuez.

Al anochecer llamaba Juan á la puerta de la casa de Pepe-Hillo.

## CAPITULO XVII.

— 17 —

### Tropiezos.

#### I.

En el momento en que llamó Juan Picornel á la casa del torero, estaba este de un humor de los diablos, como suele decirse.

La razon era muy sencilla.

La conferencia que habia celebrado con el guardian del convento de San Francisco habia renovado en su alma recuerdos que siempre eran dolorosos para él, y aunque se habia despertado su curiosidad en sumo grado, combatian en su espíritu encontradas ideas.

Por una parte le agradaba aquella ocasion, que iba á proporcionarle el medio de descifrar el enigma del nacimiento de aquella niña á quien habia prohijado.

Por otra, temia que las explicaciones que iba á pedir á su mujer le proporcionasen algun disgusto, y Pepe-Hillo amaba á María del Pópulo con toda su alma.

Además, le asaltaba el temor de que, aunque fuesen satisfactorias, no para su honra, que de esto no dudaba, sino para su corazon las noticias que le diese Ma-

ría, si llegaba á saberse quiénes eran los padres de aquella niña, no tendrían más remedio que entregársela, y esto era para él muy doloroso, porque había llegado á amarla como si fuera su propia hija.

## II

Al entrar en su casa, ya anochecido, soltó la capa y el sombrero en manos de Rosario y entró en el cuarto donde estaba sus mujer y sus hijos.

—Bien nos has hecho aguardar, dijo María á su esposo; ya íbamos á empezar á rezar el rosario.

En casa de Pepe-Hillo, como en todas las casas, era costumbre que al anochecer se reuniese la familia para cumplir aquel deber religioso.

—Ya pues pensar que cuando vengo tarde es porque no ha podido ser de otro modo.

Y después de pronunciar estas palabras con alguna sequedad, se sentó con tal fuerza en una silla, que la rompió.

—Tarde y con daño, dijo María del Pópulo, que estaba algo amoscada.

—¡Vamos, mujé! no te hagas mala sangre. A rezar, y san sacabó.

—Paesé que tú también vienes ajumao.

—No me farta motivo.

—Pues encuentras en mí la horma de tu zapato.

—Mira, Mariquilla, lo primero es cumplir como cristianos. A rezar.

## III.

Y alegrándose de que el rezo le diera tiempo para prepararse á abordar la cuestion, se entregó con el mayor fervor á su oracion. H

En seguida puso la mesa Rosario y cenaron.

Los muchachos se fueron á la cama, y Pepe-Hillo y su mujer quedaron solos.

José no sabia cómo empezar.

Permaneció silencioso, con la cabeza apoyada en la mano, en tanto que María, que no podia estar mucho tiempo enfadada con su esposo, y que, en honor de la verdad, carecia de motivo para enfadarse porque no lo era el que hubiese tardado algo más que de costumbre, despues de contemplarle un rato muy afligida,

—Vamos, rey mio, le dijo acercándose á él con gachonería y colocando su blanca mano sobre el hombro de su marido; ¿aun me guardas rencor?

## IV.

Pepe-Hillo la miró, y fascinado como siempre por la mirada de María,

—¿Cómo quies tú que yo esté triste, cuando el sol de los soles me está alumbrando?

—La verdá, Joselillo, ya conoces mi flaco. Te amo más que á mi vía y soy celosa. Cuando no estás á mi lao, tengo envidia de las piedras de la calle, de los ra-

yos del sol, de la sombra y de tóo lo que te rodea. Me paese que no estando conmigo, me robas argo, y cuando yo te espero y tú no vienes, me dan más faitigas... Pero tóo se acabó. Dame un abrazo y pelillos á la mar.

—¡Viva mi jembra! exclamó Pepe-Hillo, correspondiendo á los cariñosos deseos de su esposa. ¿Ves lo que soy yo? Tenia hace un rato el corazon más negro que un encapuchao, y en este instante despues de haberte oío me está bailando. Así como así, quiero que estés contenta, poique tengo que hacerte una pregunta que, vamos, me paese que te va á hacer cosquillas.

—¿A mí?

—Cuando igo que sí...

—Habla, que has despertao mi curiosiá.

—Si tú supieras pa qué me ha llamao el pae guardian.

—¿Le has visto?

—Pus es claro. Los dos soltamós la muy, y se nos fué el tiempo en un soplo. ¿Habria yo tardao tanto sino?

—¿Y qué es lo que te ha dicho su merse?

—Si no lo aciertas. ¡Ca! Ni por asomo pues pensar... Pero, mira, Mariquilla, lo primero que te encargo es que no te vuelvas á enfaar conmigo. La cosa es grave, y si no tienes cachaza...

—Tú me vas á enfaar por tenerla. ¿Qué has hablao con el padre?

—Pus has de saber que me ha preguntao...

Pepe-Hillo no pudo continuar.

Oyó un golpe en la puerta y cortó su frase.

Poco despues Rosario anunció que Sir Guillermo le pedia licencia para entrar.

—¡Mardita memoria mia! exclamó dándose una palmada en la frente.

Y corriendo á la puerta,

—Entre Vd., entre Vd. y no me dé la mano.

—¿Pus qué pasa? ¿Qué te ha sucedido? preguntó María del Pópulo.

—¡Si no tengo perdon de Dios! Vamos, lo que yo he hecho con Vd. esta tarde no se hace ni con un maldecido gitano. Pero no ha de quear así.—Rosario, trae la capa y el sombrero.

—¿Pero te has vuelto loco?

—Tranquilcese Vd.

—No me explico...

—Qué, ¿quieres saber lo que ha pasao? dijo Pepe-Hillo á su mujer. Pues piensa que el señor me ha pedido auxilio. Las cosas se han puesto de manera... y como es extranjero... todos le tienen tirria y no farta quien le ande buscando las cosquillas. Me ha pedido proteccion y yo le he prometió hablar al pae guardian de San Francisco pa que le admita en el convento por unos dias y esté allí libre de los que le buscan el bulto.

—Pero á tóo esto, ¿qué?

—¿Qué ha de ser, mujer, qué ha de ser? Que de tóo le hablaio al padre méenos de Sir Guillermo. Voy ahora mismo, voy...

—Deténgase Vd., no corre tanta prisa.

—No me lo perdone Vd. nunca.

—Cuando Vd. no lo ha hecho, seguramente no habrá sido por falta de cariño, por falta de interés.

—Es verdá.

—Aun es tiempo. Yo no saldré de casa. Pero no extrañe Vd. que haya venido á molestarle, porque ya sabe Vd. la situacion en que me encuentro. Deseo fijar mi suerte y...

—Mientras viva Vd. en esta casa, naide le tocará al pelo de la ropa; yo se lo aseguro.

—Tal creo; pero debo decir á Vd. que en toda la tarde no ha separado sus ojos de la puerta un pordiose-ro que estaba de rodillas junto al átrio de la iglesia del Cármen. Yo observaba tambien y he notado que hablaba con ese tuno que me persigue.

—¿Con Colilla?

—Sí señor.

—Ya le he dicho yo esta tarde lo que hace al caso. Y que se ande con tiento, porque á generoso no me gana naide; pero el que me la hace á mí, me la paga. Así, pues, esté Vd. descuidiao. Mañana tremprano, en cuanto Dios amanezca, me tiene Vd. en el convento.

—Pues con su permiso, me retiro.

## VI.

Iba á hacerlo Sir Guillermo, cuando sonó un aldabonazo en la puerta de la calle.

—Espere Vd., dijo Pepe-Hillo.

—¿Quién podrá ser á estas horas? exclamó María del Pópulo.

Rosario, que fué á abrir, volvió diciendo:

—Mi amo, ahí está un caballero que dice que tiene que decir á Vd. dos palabritas de parte del señor duque de la Alcudia.

—No se vaya Vd., dijo Pepe-Hillo á Sir Guillermo. Haz que pase adelante ese caballero, añadió dirigiéndose á la criada.

Un momento despues entró Juan Picornel en la habitacion en donde pasaba la escena que he descrito.

## CAPITULO XVIII.

### Una discusion tauromaquica.

#### I.

Siento interrumpir á Vds., dijo Juan, pero abrigo la esperanza de que al saber el objeto de mi venida excusarán mi importunidad.

—Su mer sé viene á su casa, y lo que es más, á honrarnos.

—No molestaré á Vd. mucho tiempo. El señor duque de la Alcudia, de quien soy secretario, me ha encargado la agradable mision de entregar á Vd. de su parte un modesto agasajo, más que como otra cosa, como un recuerdo de la entrevista que ha tenido Vd. con él. Se ha entusiasmado con razon al ver el noble patriotismo que ha desplegado Vd. y los que le acompañaban, y seguro de no olvidar nunca el momento en que ha estrechado su mano de Vd., quiere que tampoco Vd. lo olvide. Hé aquí el presente; añadió entregando un estuche á Pepe-Hillo.

Alborazado este por aquella distincion, rompiendo las trabas que la etiqueta impone en semejantes casos, abrió el estuche y exclamó:

—¡Una *tumbaga*!

—Y muy preciosa que es, añadió María del Pópulo.

—Diga Vd. á S. E. que la conservaré toa mi via como una joya de gran valor, y que la legaré á mis hijos como lo más precioso de mi herencia. Pero, vamos, ¿por qué no he de decirlo? Me sorprende la fineza. Al fin y al cabo S. E. es un personaje y yo un torero, Náa, dígale Vd. que lo agradezco con via y alma...

—Haré presente á S. E. la manifestacion de Vd., y celebrando esta ocasion de haber conocido á uno de los diestros que más han honrado el arte del toreo, me despido de Vd.

—Cá, no señor. Va Vd. á hacerme el favor de tomar alguna cosita. Mira, mujer, sácale al caballero unas copitas y unos bizcochos de los que te enviaron antes de ayer las monjas de San Plácido.

—No se moleste Vd.

—¿Molestarme? Al contrario; quiero brindar con su mersé y ser amigo suyo.

—Por mi parte agradezco el favor que Vd. me otorga.

—Mire Vd., no me ande Vd. á mí con requilorios. Yo soy muy claro. Los hombres, ó me entran por el ojo derecho, ó no me entran. Y tanto me ha entrao Vd., que lo que yo no haria con naide, que es pedir un favor de buenas á primeras, voy á hacerlo ahora mismo con usté. Con que así, con franqueza. Vamos á brindar á la salú del señor duque.

Y despues hablaremos. Esto es, si su mersé quiere honrarme.

—Yo soy el honrado, amigo D. José.

—¡Qué D. José! Déjese Vd. de circunloquios. A mí me llama todo el mundo Pepe-Hillo, y como que paese que se me alegra el corazon cuando me oigo llamar de esa manera. Yo tomo querensia á la gente y quiero que me la tomen á mí. Vamos, María, échanos unas copas, y ¡á la salú del duque! es decir, primero á la salú del Rey nuestro señor.

## II.

María llenó tres copas, y Pepe-Hillo, despues de dar una á Juan y otra á Sir Guillermo, cogió la tercera.

Todos brindaron á la salud de Cárlos IV.

—Siento, añadió el torero, no poder ofrecer á su mersé, que estará acostumbrao á pisar ricas alfombras y á ver muebles de lujo, más que una mísera vivienda; pero yo, aun cuando pueo vivir con lujo, no estoy acostumbrao á esos prefiles, y mi estao es la llaneza.

—Vd. lo debe todo á su mérito.

—¿Vés lo que ice el señor? exclamó encarándose con su mujer. ¿Qué ties que contestarle, lucecita de mis ojos?

—Que su mersé nos honra más de lo que merecemos.

—Otra copa á la salú del duque.

—Yo brindo á la salud de Vd. y de su esposa, dijo Juan Picornel.

—Y yo me asocio á Vds., exclamó Sir Guillermo, deseando, aunque extranjero, que en la contienda que ha empezado triunfen las armas españolas.

—Bendita sea esa boca, exclamó Pepe-Hillo mientras que Juan se fijaba por la primera vez en Sir Guillermo.

—A propósito, dijo el torero, he dicho á su mersé que tenia que pedirle un favor. Hé aquí la historia. Yo soy así, mu natural, voy al burto en siguiá.

—Hable Vd. con franqueza.

—Este señor que vive aquí es extranjero, un inglés. Hace ya muchos años que está en España; nos ha tomao ley, y como hombre vivior se ingenia en el comercio de piedras finas. Pero no tiene la misma religion que nosotros, y los que le conócen, más que por otra cosa por invidia, le han tomao tirria y le andan persiguiendo. Yo le habia prometío hacer que fray Meliton, ya le conocerá su mersé, el guardian de San Francisco, un hombre muy naturalote y mu echao pá alante, le diera hospitaliá hasta que pase el chubasco, pero yo soy así; he díó á ver á su mersé y de tóo le he hablao ménos de lo prencipal. Buscando un medio estábamos para ponerle sobre seguro cuando Vd. ha entrao, y miste lo que son las cosas, se le vienen á uno rodás cuando ménos lo piensa. Al ver venir á Vd. á honrar-nos de parte del señor duque de la Alcudia se me ha ocurrió la idea de suplicar á su mersé que interese á don Manolillo en favor de este amigo. Si él le protege, ¿quién se atreve en España á tocarle al pelo de la ropa? Me paese que me explico.

—Perfectamente, y por mi parte ofrezco transmitir al señor duque los deseos de Vd.; seguro de que los acogerá con benevolencia.

—El señor duque me conoce, añadió Sir Guillermo. Antes de ahora he sido empleado en la legacion de Inglaterra, y posteriormente he tenido ocasion de vender algunas piedras preciosas á S. E.

—¿Y se lo tenia Vd. tan callao? Pus eso basta. Si el señor duque tiene el corazon en la mano. Ea, vea usted. Yo en mi via me habia tropezao con él y hoy he dío á verle. Pues estrechó mi mano como si fuéramos compadres. Ya vé Vd., ahora me envia un regalo. ¡Dios se lo pague! No es por lo que vale, sino por la intincion... Con que, ¿queamos en que Vd. hablará al duque?

—Esta tarde ha salido para Aranjuez; vendrá muy pronto con los reyes, y si es preciso hospedará en su casa á este caballero mientras pueda temer que la gente ignorante y fanática le convierta en blanco de sus iras.

—Ha penetrao Vd. mi intincion.

#### IV.

Dirigiéndose despues á Sir Guillermo,

—Ea, pues ya lo sabe Vd., añadió; ya está tóo arreglao. Se me ha quitao un peso de encima...

—En ese caso, me retiro.

—Yo iré á dar las gracias en presona al señor duque, y si me lo consiente... yo sé que S. E., acá pa entra

nosotros, no es muy aficionao al toreo, y siempre que pué tira algunas puntás en contra; y la verdá, como es un hombre campechano, deseo yo demostrarle que en tóo tiene razon ménos en eso.

—En efecto; el señor duque lamenta en muchas ocasiones que el pueblo español se entregue con tanta vehemencia, con tanta pasion á ese espectáculo, que al fin y al cabo es una lucha.

—¿Qué, una lucha? Es un arte.

—¿Un arte? Bien; pero en la lid queda vencido el toro. Siempre hay sangre y por eso...

—¡Várgame Dios del cielo! ¿Y su mersé dice esas cosas?

—No hay corridas de toros en ninguna parte del mundo más que en España.

—Poique no conocen lo bueno.

—A causa de ellas nos suelen llamar bárbaros.

—Lo que tienen es una invidia que se les come por carecer de valor pa presentarse delante de un toro.

Y si no, ahí está Sir Guillermo, que no pierde una corria.

—Sobre todo cuando Vd. trabaja.

—¿Pus dónde deja Vd. á mi maestro Costillares, y á José Cándido y á Paquito Romero? Mare mia, ¡qué mosos! Vd. perdone, pero en hablando de estas cosas me vuelvo loco. Cada vez que pienso las zurras que me tiene dao mi pare y la buena de mi mare, que esté en gloria, poique dejara yo el oficio... Me paese que aquellos gorpes han aumentao el amor, la pasion que yo

tengo por los toros y me da pena que su mersé, que como he dicho antes me ha entrao por el ojo derecho, no piense como yo.

—Soy español y asisto con mucho gusto á una corrida; pero...

—Calle Vd., hombre, calle Vd.; aunque no sea por los toros, «¿no se pué ir por el conjunto tan grato que reúnen estas fiestas, por los lances, contrastes y acasos que contienen las lides? Que el toreo es generalmente aplaudío, no hay necesidá de más prueba que la notoriedad. Lo publica el desatino y desasosiego de los naturales y extranjeros por ver los toros; lo prueban la alegría de los niños y el júbilo de los viejos, y lo confirman el gusto, complacencia y satisfacion con que las damas altas y bajas hablan de estas funciones y se presentan en sus circos, anfiteatros ó plazas. Una mala vaca que corre enmaromá por la calle llama en tanto grao la atencion de los que la advierten, que toitos á un tiempo dejan sus respetivas ocupaciones y corren gustosos á verla; de forma, que pué decirse que la aficion de los toros nace con el hombre, particularmente en España.»

—No diré que no y por mi parte sentiria haberle ofendido.

—¿Su mersé ofenderme? Vengan esos cinco. Un hombre como yo, aficionao á lidiar, goza con esto. ¿Usté dice que no y yo que sí? Perfetamente.

—Pero estoy robando á Vds. un tiempo precioso.

—Al contrario; si yo me muero por hablar de estas

cosas. Y hasta me enorgullezco; ¿pues qué, antes que nosotros, los hijos de los pobres, no han abierto el camino los hombres más templeos y más ilustres de nuestra patria? «En España se ejercita el toreo desde que hay toros, porque siendo propio de los hombres el burlar y sujetar á las fieras de sus respectivos países, ningunos mejor habrán ejecutado esta máxima que los españoles, que sobresalen tanto en el valor. Y sus toros son los más valientes y feroces que se conocen. De aquí es sin duda que los más de nuestros héroes han blasonado de toreros. El Cid Campeador lanceaba á caballo. El emperador Carlos V aguardó un toro y lo mató de una lanzá. Felipe IV ejercitaba esta afición con frecuencia, y lo mismo el rey D. Sebastian de Portugal. Entre los caballeros se distinguieron en lo antiguo D. Francisco Pizarro, conquistador del Perú, y el famoso D. Diego Perez de Haro, sin otros muchos que omito en gracia de la brevedá. Y sobre tóo, en nuestros dias es un galardón muy recomendable en los caballeros el saber torear á pié y á caballo. De aquí que los brazos más ilustres de la nacion han sostenido y sostienen la grata y noble afición del toreo.»

—No me niegue Vd. al ménos que se pasan momentos muy crueles. A cada instante está en peligro la vida de un hombre, de un hermano nuestro.

—¡Cá! Pero además, tóo lo que pué tener de horrible está contemporizado con el espetáculo. «En el conjunto de individuos de uno y otro sexo que acude á la plaza se vé brillar en su punto la ostentacion, primor y com-

postura, y en la lidia se observan acciones continuas de admiracion y gusto. Se mira una fiera, acaso la más feroz, burlá por los hombres en términos que paece imposible, luciendo en estas acciones cruentas una habilidá la más sublime, en cuanto lleva tóo su fundamento en el valor y en el espíritu. Y es de tenerse presente lo que sobre el toreo dijo la reina Amalia, á saber: «que era una divirsion donde brillaba el valor y la distreza.»

Lejos de aquí los genios pacatos, envidiosos y adulaores, que han tenío valor de llamar bárbara á esta aficion. Sus razones son hijas del canguelo, producías por invidia y acordás por su suma flojeá é indolencia. Quien vé los toros desmiente con la experiencia misma las máximas y sistemas de semejantes entusiastas. Allí reconoce que el valor y la distreza aseguran á los lidiadores de los ímpetus y conatos de la fiera, que al fin da el último aliento en sus manos.»

—¿Y los muchos lidiadores que han perecido?

—Ese no es argumento. «Pocos son los juegos y divirsiones donde no haya iguales contingencias. En la pelota, el truco, la barra, raqueta, el mallo y otros juegos de violencia se han visto morir muchos casualmente. La aficion de nadar y la de los caballos han pasao más hombres al sepulcro, que han muerto y puean matar los toros. ¿Y por eso será justo, será racional que se proscriban aquellos juegos y estas aficiones? No hay uno siquiera que lo iga ni que las repunte por bárbaras. ¿Luego por qué no han de decir lo mismo del toreo, y en qué se versa identiá de razon y la ocasion

de morir es más remota que en las aficiones de nadar y de los caballos? Y si no, véanse las corrias de toros que se ejecutan de continuo, y al cabo del año se hallará que apenas hay un hombre herido ó muerto.

»En principios de este siglo, en que el toreo de á pié era bien desconocido, no se tenia por ocasion próxima; con que con mayor razon deberá correr esta opinion en el dia, que se mira adelantao el arte de torear hasta su término posible. Vino José Cándido para abrir la puerta á la finura y seguriá de las suertes, y han perfeccionao sus máximas los famosos Joaquin Rodriguez (alias Costillares), Pedro Romero y Juan Conde, en que yo tambien he dao mis pincelás y descubierto otras no ménos sublimes y finas. En fin, tratamos los toros con el mismo desprecio que si fueran carneros.» (1).

—Me ha complacido en extremo oir á Vd., y creo firmemente que si puedo proporcionarme este placer alguna otra vez acabará Vd. de convencerme.

—Pues no quiero otra cosa.

—Es ya tarde y, con permiso de Vds., me retiro.

—Aun no sé si en la presente temporá trabajaré en Madrid. Pedro Romero, que no me quiere bien, anda haciendo la rueda y, vamos, yo no sé lo que resultará. Pero si yo me quedo no ha de perder su mersé una sola funcion, como que yo mismo iré á buscarle á Vd. para que venga conmigo.

---

(1) Todos los párrafos que llevan comillas están tomados del prólogo que á su *Tauromaquia* puso el mismo Pepe-Hillo.

—Me complace en extremo haber hecho amistad con un hombre de las prendas de Vd.

—¿Con que cuándo nos veremos para lo de este señor?

—En cuanto venga el señor duque le haré presente los deseos de Vd., y no correrá el ménor riesgo la tranquilidad de este caballero. Mientras tanto puede permanecer en su casa de Vd. y en ella será respetado.

—Y si no, que alguno se atreva. Ea, con que hasta más ver. Rosario, trae el candil y alumbrá á su mersé.

—Yo tambien me retiro, dijo Sir Guillermo.

## V.

Los dos salieron al mismo tiempo, se hicieron mil ofrecimientos y Juan partió.

—Gracias á Dios, que al fin y al cabo estoy solo contigo, dijo Pepe-Hillo á su mujer.

—¿No has oido las ánimas? Pues ya es hora de acostarnos.

—¡Qué si quieres! Ven, chiquilla, que tenemos que hablar por tóo lo alto.

Los dos mandaron acostarse á Rosario, y una vez solos abordó Pepe-Hillo la cuestion.

## CAPITULO XIX.

## La revelación de un secreto.

—Vamos á cuentas, dijo Pepe-Hillo á su mujer. Va á hacer ya quince años por la Virgen del Rocío que estaba este que ves muerto por tus peasos. Al poco tiempo se casó contigo por delante de la Santa Mare Iglesia.

—¿Y á qué viene tóo eso?

—¿Qué, no te gusta que te hable de aquellos tiempos, que toavía cuando los recuerdo me hacen bailar el corazon?

—Ya se vé que me agrá recordarlos; ¿pero con qué motivo?...

—Tú habias nasío orillita del Perchel y fuiste á Sevilla con la señá Eustoquia, tu mare, que en paz haya. ¡Vaya un palmito que tenias! Yo te vide y me erretí como un terron de asúcar. En toito el barrio de San Bernardo se paseaba una jembra más barí que mi Mariquilla del Pópolo. Cuando tū ibas por la orilla del rio hasta las flores te envidiaban, y más de cuatro veces allí, en las noches del verano, cuando ibas caminito de

la *Torre del Oro*, hasta la luna se ocultaba entre nubes pa comerse de invidia sin que la viera naide.

—¿Qué te ha dao esta noche que estás tan jactancioso?

—Tóo esto es pa icirte que al verte por la primera vez me quedé chalao, y que dempues no hay rinconcito de mi alma en que no esté escondía una mirá siquiera de esos ojos retrecheros. Correspondiste á mi afeuto y mus casamos. ¡Bendita sea la mare que te parió pa regalo y consuelo de este cuerpecito!

—¿Pero á qué viene tóo eso?

—Es pa icirte que ende entonces no hemos tenío ni un mal disgusto, y eso que, francamente, pa un hombre caviloso no había fartao motivo.

—Ya sé á dónde vas á parar.

—Catorce años de trabajos y faitigas, aprendiendo unas veces, dando leiciones otras, capeando y matando toros, no han sío bastantes á enfriar el calor de mi pechito, y creo haberte dao la mayor prueba de confianza habiendo callao hasta ahora sobre cosas que... vamos, me dan escalofrios cuando las pienso.

## II.

María miró fijamente á su esposo.

—A ti te ha pasao argo hoy, exclamó.

—Y tanto que me ha pasao.

—Tu estás duando de tu mujer.

—Eso no; antes quisiera morir en las astas de un

toro que abrigar una sospecha negra de mi Mariquilla. Pero el pae guardian me ha hablao de un asuntillo...

—Andas con muchos circunloquios, y eso no está bien, Pepe. Alguna vibora te está mordiendo en el co-razon y es preciso echarla fuera.

—Eso es lo que deseo.

—Pus habla, que yo te ayudaré.

—¿De veras, prenda?

—No deseo otra cosa.

—Pus entonces escucha. Tú ya sabes que un dia, dempues de haber vivió separaos más de un año, al llegar á mi casa hallé una noveá.

—Encontraste á Lolilla.

—Esa es la fija. «¿Qué significa esto?» te pregunté. Y tú, mirándome con esos ojos que me matan: «José, dijiste, ¿tíes confianza en mí?» — «Tanta como en mi mare.»

—«Pus entonces no me preguntes más. Mira esta probe niña como si fuera hija tuya, y piensa al verla que al traerla á tu lao ha enjugao tu mujer muchas lágrimas y ha hecho una obra de caria.» ¿No es eso lo que tú me contaste?

—Eso es; ¿y qué?

—Que ende entonces, mala corná me pegue un toro de Cabrera, si yo he dudao de tí y si te he dicho una palabra. La probe niña creció á nuestro lao, y ni nos poemas quejar de ella ni ella de nosotros. Pero en su nacimiento hay un intríngulis. En muchas ocasiones he querío preguntarte, pero cuando tú callabas algun mo-

tivo habria, y yo lo he respetao. ¿Qué habrias tú hecho en mi caso? Al verte tan hermosa, tan resalá me he hecho muy mala sangre, ¿y qué más? Hasta te he oserbao, pero sin hallar nunca motivo de enfado. Ya apenas me acordaba de esas cosas, cuando esta tarde me ha sorprendió el pae guardian...

—¿Hablándote de Lolilla?

—Como lo dices.

—¿Es posible? ¿Cómo ha podido saber su mersé?...

—Eso es lo que yo digo. Y sin embargo, sabe el suceso con tóos sus pelos y señales, y las preguntas que me ha hecho son para averiguar si esa muchacha es una que anda buscando un señoron arrepentío que habrá hecho alguna mala obra. Con que, vamos, la pasencia que he tenío hasta ahora merece un premio, y el premio tú me lo vas á dar.

—¿Cómo?

—Contándome esa historia que me has tenío callá durante tanto tiempo.

### III.

—Hoy ya pues saberlo todo, dijo María, y voy á complacerte.

—Dios te lo pague; vas á quitarme un peso del corazon.

—Ante tóo vas á icirme la verdá. ¿No has pensao alguna vez mal de mí?

—Arguna vez, pero escurriendo el burto; porque si

no, mare mia, soy un cristiano, pero ante la idea de haber perdido el cariño de mi Mariquilla, siquiera por un momento, hubiera sido capaz de hacer una barbaría.

—Ahora escucha la historia.

Antes que yo llegara á Sevilla desde Málaga, donde nació, habia una moza en el Baratillo junto á la casa de tu pare, que te habia tenido jonjabao algun tiempo.

—¿Dolores?

—Sí, Dolores, la hija de tu pairino. Más de dos meses estuviste pelando la pava con ella.

—Chiquilla, ¿cómo sabes tú esas cosas?

—¡Ay! Joselillo. Desde que te ví te amé, y aunque fué por mi mal, quise saber cuanto te habia pasao en toa la via. Dolores era una mujer que tenia mucho ángel. Toos decian en el barrio que al fin y á la postre te casarias con ella, y la infeliz lo creia tambien, y no le faltarian motivos, porque yo te conozco y sé que le harias creer con mil zalamerías que estabas muerto por sus peasos.

—Aun no habia visto al sol. ¿Qué tie de extraño que me eslumbrase un lucerillo de la mañana?

—Vamos al caso. Yo no sabia náa de esto; nos conocimos, me echaste chicoleos, yo te miré con buenos ojos y nos pusieron el yugo. Fuimos á Ronda y allí pasamos la primavera. Al volver á Sevilla, yo, que sin saber por qué se me habia metío en la cabeza que Dolores tenia interés por tí, quise verla y me dijeron que habia desapareció de su casa.

—Ya lo noté al llegar.

—¿Y me lo dices ahora, arrastrao? ¿Es decir que todavía no te habias curao de espanto?

—Sigue el cuento, que tóo eso cae por fuera.

—Nos separamos, y al poco tiempo la tia Remedios, aquella mandaera del Baratillo que solia hacerme algunos recaos, me contó que Dolores, desesperá al ver que te habias casao conmigo, se dejó cortejar por un melitar que habia pasao por Sevilla, marchándose con él sin dar noticia á su familia de aquel mal paso.

—La verdá, me dió lástima la probecilla. En cierto modo, yo tenia la culpa de su desgracia. Ahora, dí tú, José. Si argun tiempo despues te hubiera llamao á su casa aquella mujer y con las lágrimas en los ojos te hubiera dicho: «Señá María, Vd. es mi salvacion. Yo he perdido el sentío y soy una desventurá. Sé que es Vd. feliz con Joselillo y que merece Vd. todo su afeuto. Hubo un dia en el que yo esperaba ser su mujer; perdías las esperanzas, me gorví loca y me fui con un hombre que ha sío mi perdicion. Yo deseo gorver al lao de mi familia; pero voy á ser madre de un momento á otro. Si us-té no me ampara, la miseria y la desesperacion me harán buscar en el rio una sepultura.»

—¿Eso te dijo?

—Sí; y habias de ver á la probesita llena de harapos, con una cara de miseria... Vamos, partia el corazon. Yo la dejé una onza y le dije: «Tenga Vd. pecho, y á vivir. Sin saberlo yo he sío la causa de su mal, y donde alcancen mis fuerzas irá mi corazon.»

—Nos vimos algunas veces y una noche vino la tia Re-

medios á avisarme. Dolores dió á luz á Lolilla y yo no me separé de su lado en toda una semana. Durante este tiempo me confió quién era el padre de aquella niña.

«Ha sido conmigo un infame diablo; mi deseo es no volver á verle nunca. No quiero que sepa tampoco que tengo una hija suya.» Y para poder volver al lado de sus padres, careciendo de recursos, resolvió enviar á la Inclusa á la pobre niña.

«Eso no, dije yo.»

Y como la señora Remedios recibió el encargo de entregar la pobrecita niña á la caridad, yo le salí al paso, y sin que lo supiera Dolores me la traje á mi casa. Su madre ha vivido hasta hace poco tiempo, y aunque sabía el paradero de su hija, avergonzá y sin recursos, no se ha atrevido á mirarla á la cara, ni á verme á mí siquiera.

Hoy ya ha muerto, y ya puedo decirte á tí el origen de Lolilla.

Su madre me dió media caena, que conservo. La otra media la conservaba el padre de la niña, que era de una familia de la nobleza y que por fuerza será ya hoy coronel de un regimiento.

¿Es eso todo lo que querías saber?

#### IV.

Pepe-Hillo respiró después de haber oído todo el relato de su mujer.

—Solo quería que borrases una daga de mi alma, dijo,

y despues de borrarla la has llenao de alegría. Tú has enmendao mis fartas. Lô que has hecho con esa probe niña te lo ha inspirao el cielo, y ahora quiero pedirte perdon por mis sospechas y no me atrevo á dicirte que me dés un abrazo, poique lo que tú has hecho solo lo hace una santa. Yo no soy más que un probe mortal.

La escena terminó, como puede presumir el lector, confundiendo en un cariñoso abrazo á los dos esposos.

## V.

—María del Pópolo habia dicho la verdad á su marido.

—Despues le reveló tambien el nombre del padre de la niña.

—Es necesario, le dijo, que se lo ocultes al pae guardian. Yo no sé cómo ese hombre que causó la disgracia de Dolores, ha sabío que tiene una hija y que vive á nuestro lao. Pué ser que la misma mare se lo haya dicho, pero nosotros queremos á esa niña como si fuera hija nuestra, y si piensa quitárnosla nos roba un peazo del corazon.

Despues de un maduro exámen convinieron los dos, no sin hacer antes todo género de salvedades, en contar al guardian una historia inventada que desorientase al padre de la niña.

Así terminó aquel dia, tan agitado para Pepe-Hillo!

## CAPÍTULO XX.

### Rivalidades.

#### I.

Amaneció el día 30, y como de costumbre comenzó muy temprano el movimiento de la población, llenándose los templos de maritornes y de fámulos, los cuales tenían la buena costumbre de oír misa antes de acercarse á buscar carne á los cajones de la Red de San Luis, peces del Jarama á la calle de Santiago, y los demás comestibles á los puestos que había en los mercados ó en las puertas de algunas de las posadas del centro de la población.

Los mancebos de las tiendas, con arreglo á las ordenanzas vigentes, barrían y regaban el terreno que había delante de las puertas del establecimiento.

Los legos cocineros recorrían también las plazuelas para hacer provisiones, y también acudían con el mismo objeto los de las órdenes mendicantes de San Francisco y de San Cayetano.

Nuestros abuelos tenían la costumbre de acostarse temprano y de madrugar.

Así vivían sanos y gordos.

La primera operacion que hacian todos era oír misa, y por la hora en que iban á cumplir este deber religioso se podia conocer quiénes eran los que ménos ocupados vivian.

Llenaban los templos á primera hora, como he dicho, los criados y los jornaleros.

Seguian despues los mancebos de las tiendas, la gente del pueblo y los empleados, vulgo covachuelistas, que antes de dedicarse á sus tareas iban al templo á pedir á Dios que les librase de las malas tentaciones.

No sé si esto seria causa de que se despachasen los expedientes con más puntualidad y con ménos favoritismo.

Cerraban por último la procesion en esta escala de madrugadores los caballeros y las damas, que habian empleado una hora lo ménos los primeros y dos las segundas en aderezar su cabeza con los blancos polvos y demás adminículos que servian á su embellecimiento.

### III.

Pepe-Hillo se levantó como de costumbre, y como de costumbre tambien lo primero que pensó fué oír misa.

Despues de tomar el indispensable chocolate, —

—Hoy no voy á oír misa aquí á la vera, en el con-

vento de los Carmelitas; dijo á su esposa: Tengo que ir al convento de San Francisco y oiré la misa del pae Cristóbal. Dempues veré á fray Meliton y en seguida me iré á la barbería del Loro pa ver qué es lo que se habla entre la gente del oficio.

El hombre propone y Dios dispone.

Apenas acababa Pepe-Hillo de referir á su mujer el itinerario que pensaba seguir aquella mañana, se coló de rondon por la puerta el famoso banderillero Santos, discípulo mimado de Pepe-Hillo y el primer sobresaliente de su cuadrilla.

#### IV.

Los lectores recordarán que al despedirse de su maestro el dia anterior le habia indicado que iba á enterarse de algunos pormenores relativos á los planes de Pedro Romero, famoso diestro que compartia con Pepe-Hillo el entusiasmo público, y que por esta razon erá rival de nuestro protagonista.

—Buenos dias, maestro; dijo Santos.

—Benditos y alabaos, contestó Pepe-Hillo.

—Me alegro de encontrar á Vd.

—¿Sucée argo que vienes tan trempano?

—Pues ná, sucée lo que me figuré.

—Páese que vienes amoscao.

—Malos mengues me lleven.

—¿Qué mala mosca te ha picao?

—¿Va Vd. á salir?

—Iba hácia el convento de San Francisco.

—Pues eche Vd. á andar. No quiero que la maestra se entere de lo que tengo que icirle; le daría un sofocon.

María del Pópolo estaba en otra habitacion con sus hijos.

Pepe-Hillo se despidió de ella, y se fué por la puerta del Sol á la calle de las Carretas para dirigirse por el convento de la Merced á la plaza de la Cebada y de allí á San Francisco.

—Vamos á ver, Santillos, ¿qué es lo que ocurre?

—Ya sabe Vd. que ayer me convió Juan, el cariñito de Pedro Romero.

—¿Y qué? ¿Te ha dicho que su maestro es mejor que yo? Tóo eso me tiene sin cuidiao.

—No es ese el caso; es más dificultoso.

—Ya sabe Vd. que el tal Pedro Romero se mete por los ojos de la cara y que tie jonjabao al Sr. Corregior. Tóo su afan es que sus dos hermanos José y Antonio sargan á matar toros pa que tóo quee en casa. El tiene metimiento con los del hêpital, y ya que no ha podío conseguir quearse solo en la plaza en esta temporá, se le ha ocurrió la idea de dar una funcion extraordinaria pa destinar tóo el aquel á los gastos de la guerra.

—Ha hecho lo que hace un hombre.

—No igo lo contrario. Pero ¿no sería justo y rigular que en esa corría trabajásemos tóos? ¿Pues qué, sería un prejuicio que el mismo Costillares, él, Vd. y toas las cuadrillas de los tres mataores echáramos el resto pa socorrer á los que han ío á la guerra.

—¿Y tú duas que eso suceda?

—¡Ay! maestro, Vd. tiene el corazon de un niño. Lo que me tiene emperrao es eso justamente.

El se lo ha arreglao tóo, y en la funcion no habrá más que Romeros: Pedro Romero, José Romero, Antonio Romero... Va á paeser una Páscoa floría.

—Eso no pué ser... tú estás chalao.

—Si me lo ha dicho Juan.

—Juan se ajuma en seguía.

—Ontavía no habia bebío, y no queriendo créer lo que hablaba, me lo juró por esta cruz.

—Pus esa sería una mala partía, y una cosa es que Pedro Romero y yo tengamos nuestros aqueles, y otra cosa es que él haga lo que no haria ni un maldecío gitano. ¡Bah! te igo que no es verdá. El hombre que como Pedro Romero tié valor y cercunstancias pa plantarse elante de un toro, no es capaz de hacer una partía tan serrana á este hijo de su mare.

—Pues entérese Vd. bien del Sr. Corregior, porque yo creo que la partía está jugá. ¿Y quiere Vd. que le iga más? El Sr. Pedro Romero va á estrenar ese dia un traje nuevecito que le va á regalar la Corregiora. Y va á ser pronto; drento de dos ó tres dias lo cantará el *Diario de Avisos* y será cosa de tirarse de los pelos

ver que pa una funcion patriótica sargan ellos solitos y nosotros nos queemos de la parte de fuera. No hay ley de Dios capaz de consentirlo. ¿Y sabe Vd. lo que icen toos los de la cuadrilla que han oío argo? Que Vd. no debe consentirlo.

—Si yo creyera tóo lo que tú me íces, me iba ahora mesmo á ver al Sr. Corregior y le ícia una fresca, que yo no me muerdo la lengua cuando llega el caso. Pero si tóo eso debe ser fachenda de Juanillo. No sé por qué te ajuntas con él.

—Como semos paisanos...

—El anda que se pirra porque no le dí plaza en mi cuadrilla. Ya me lo ha pedío muchas veces y no quiero. Es un mal trabaja. Así es que como sabe que tú me quieres se complace en icirte tóo lo que es en contra mia.

## VI.

No queria Pepe-Hillo dar crédito á las palabras de Santos, á pesar de que este insistia, cuando al llegar á la calle del Duque de Alba tropezaron los dos con el Loro.

El Loro, como dije á su tiempo, era el dueño de la barbería donde solian acudir los toreros.

Pepe-Hillo le paró, é interrogándole acerca de las noticias que acababa de darle Santos, oyó con sorpresa confirmarlas al rapa-barbas.

—Pus esto no ha de quear así, dijo muy amoscado.

## VII.

Variando de rumbo miró al reloj, y vió que eran las nueve.

—Ahora estará en su casa el Sr. Corregidor; dijo; voy á verle, á pedirle justicia, y si no me la hace, me presento en presona al mismo rey, que en esto de ser español y de trabajar de balde pa socorrer á los que pe-  
ean por la patria, no ha de ponerme naide la ceniza en la frente.

Y olvidándose por completo del importante asunto que le llevaba al convento de San Francisco, se encaminó á casa del Corregidor, mandando á Santos que fuese á esperarle á la barbería del Loro.

## VIII.

Aquel suceso debia avivar las rivalidades que existian ya desde hacia mucho tiempo entre los dos famosos matadores.

Pero dejémosle un momento defender sus derechos ante la autoridad para trasladar de nuevo al lector á su casa, adonde habia acudido la Tullida con el objeto de avanzar algun paso más en la intriga que iba fraguando para despojar á Sir Guillermo de sus piedras preciosas.

## CAPITULO XXI.

### Un ardid de la Tullida.

#### I.

Olvidado habia María del Pópolo el objeto que el día anterior habia llevado á su casa á la Tullida, cuando esta se presentó pidiendo á Rosario licencia para ver á su ama.

Entró como de costumbre en la habitacion en donde estaba la mujer de Pepe-Hillo, y despues de tomar asiento, suspirar, quejarse de sus males, hablar de las dolencias de su hija, y en una palabra, de preparar el terreno para excitar la compasion de María,

—No puede Vd. imaginarse, le dijo, cuánto le debo á Vd.

—No hable Vd. de esas cosas, mujé. Ya sabe usted que á mí me gusta enjugar las lágrimas; pero sin mentar pa ná los favores que hago.

—Es muy cierto, y eso aumenta el mérito de las bondades de Vd. Pero es preciso que sepa que esos señores, los indianos de quienes hablé á Vd., agradecidos al ver que podia proporcionarles quien les lleve á su casa las piedras preciosas que desean comprar, me han

dado nada ménos que un ducado; y esto, á ¿quién se lo debo sino á Vd?

—Vaya, pues me alegro. ¿Y qué, han decidío ya algo?

—Desean que ese señor, su vecino de Vd., vaya esta tarde, si le es posible al anohecido, á su casa llevando todo lo mejorcito que tenga; porque son muy ricos, y como van á casar á su hija, piensan gastar mucho dinero. Así es que yo le dejaré á Vd. las señas. Que vaya, que no falte, porque son muy formales esos señores; y si despues de estar esperándole un rato no se presentase, ya no querrian volver á recibirle.

María recordó la situacion en que se hallaba Sir Guillermo.

—El caso es, dijo, que no va á poder ser.

—¿Cómo? preguntó la Tulida sin ocultar su sorpresa.

—El vecino es de extrangis.

—Y eso, ¿qué importa?

—Vamos, que no es católico, que no tiene nuestra misma religion, y como esos pícaros de franchutes, por ser unos descastaos y unos herejes, se han atrevío á cortar el piscuezo á su rey, el pueblo cree que tóos los que no son como ellos son tambien herejes y ya le han dao más de un susto. Así es, que él se ha puesto bajo la proteccion de mi marío, y hasta que pase el nublao, por tóo el oro del mundo no saldrá de su casa.

—Eso es otra cosa, dijo la Tullida; pues lo siento, porque podia ganar mucho dinero, y por otra parte, tambien me duele que despues de haber hablado á esos señores, se queden burlados. ¿Con qué cara me presento yo á ellos?

—Les dice Vd. la verdá, clarito. ¿Qué mal hay en eso?

—Ninguno; pero, vamos, no puede Vd. imaginarse qué sentimiento tengo.

—Todo se arreglará pronto; porque como Vd. nos quíe tanto, se lo diré. Mi Joselillo estuvo ayer á ver al señor duque de Alcudia, y miste si le habrá petao á S. E., que por la noche envió á un empleo de su casa con una tumbaga pa mi marío, hasta allí. Así es que José le habló por el vecino, y el duque le tomará bajo su protecion.

### III.

La Tullida, que tenia muy buena imaginacion, concibió instantáneamente un plan.

—Ya sabia yo, le dijo, que el Sr. D. José habia recibido un presente del duque de la Alcudia.

—¿Vd? ¿Y cómo lo sabia Vd?

—Como ando en tantas casas, como mi situacion inspira lástima á tantos señores, y como, por último, sabiendo lo que soy, no se ocultan de mí para hablar, he tenido ocasion de saber, y por cierto que si yo le dijera á Vd. todo lo que he sabido, algun disgusto le causaria.

—¿Qué ha sabío Vd., mujer de Dios?

—Nada, nada; mejor es no hablar de eso.

—Pero ¿tiene que ver algo conmigo?

—Con Vd... no del todo, pero...

—No se ande Vd. con circunloquios, hable Vd. en prata.

—Luego serán habladurías, porque la verdad es que usted no puede quejarse de su marido, y, lo que yo digo: el Sr. D. José es un cristiano viejo, y todo el que es cristiano no es capaz de hacer una felonía á su mujer.

—¿Qué está Vd. hablando?

—Nada, nada, señora; perdone Vd. Me marchó.

#### IV.

Trató de levantarse para marchar y María la detuvo.

—Va Vd. á icirme, añadió, todo lo que ha sabío.

—¿Y para qué quiere Vd. buscarse penas?

—Eche Vd. en seguía por esa boca tóo lo que sabe.

—Si Vd. se empeña...

—No me empeño, lo mando.

—En buena ley, el Sr. D. José no tiene la culpa. Él va á la plaza, se presenta tan airoso, tan guapo... y las damas de la córte van á ver la funcion, y nada tiene de extraño...

—Me está Vd. hasiendo un daño, buena mujé,

que Vd. no sabe. ¿Se ha prendao alguna dama de mi marido?

—Mire Vd., señá María, yo le voy á contar á Vd. todo lo que he oido... Pero no haga Vd. cavilaciones. Eso será mentira. Una señora de la córte, que me protege mucho, se ha podido enterar por medio de una criada de la señora doña Pepita Tudó; ya sabe Vd., la que segun dicen está casada de secreto con el duque de la Alcudia.

—Y bien, ¿qué? ¿Qué ha pasao?

—Pues nada, esa señora ha hecho grandes elogios de su marido de Vd., y no ha faltado quien repare, no de ahora, sino de otros años, que cuando va á la plaza y sale D. José á torear el toro, no le quita los ojos. Así es que entre esa gente se dice que si fué, que si vino, que si seria capaz de hacer una locura...

—¿Por mi José?

—Ahí está.

—¿Mardesía suerte!

## V.

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual continuó la Tullida:

—El dia ménos pensado, decia la señora á quien he oido hablar, como Pepita tiene tanto talento, hará que el mismo duque de la Alcudia le envíe algun regalo. Él entonces irá á darle gracias, frecuentará su casa co-

mo la de otros grandes, la del duque de Osuna, por ejemplo, donde todos saben que D. José va á comer á menudo, y entonces...

—¡Calle Vd., que me ha clavao una espina en el corason!

—Yo lo siento; no queria... Vd. es quien se ha empeñado... Y mire Vd., añadió la Tullida, no tomando una resolucion... No quiero que se me quede nada en el cuerpo. He oido decir que esta tarde al toque de oraciones entrará D. José en el palacio del señor duque. Yo que Vd. no le decia una palabra, y para enterarme me iba muy rebozada á los alrededores, porque puede ser mentira, y si lo es, ¿para qué darse un disgusto?

—Bien está, bien está; yo sé lo que tengo que haser. Déjeme Vd. ahora en pas, y Dios le perdone el mal que me ha hecho.

—No es culpa mia; lo siento.

—Tome Vd., y que Dios la socorra, añadió María dándole una limosna.

## VI.

La Tullida estaba segura de que al marchar saldria María del Pópulo de su casa, y corrió á hablar á sus cómplices para llevar á cabo su plan con algunas va-

riaciones en la forma. Despues fué á la Red de San Luis á un portal donde habia un memorialista, y pagándole muy bien el trabajo, le mandó escribir una carta á Pepe-Hillo, en la que suplantando el nombre de Godoy, le ordenaba que al toque de oraciones fuese á su casa.

Una conclusión

Las cinco de la tarde salían cuando los vecinos del callejon del Correo, y sobre todo las muchachas, estaban embobados oyendo á un ciego que con descarrada y atrevida voz señalaba una jarra que hacia algun tiempo habia servido más ménos que de artículo de fondo al barrio de A. de M. de M.

Por el asunto de que trataba, de gran interés casero, se habian aglomerado á ella los trovadores callejeros y recibíndola con algunas copias de vitela, logran que cayesen en sus tristes gomas de piel gran número de cobayas segovianas.

No ves motivo para que los lectores no escuchen lo que escuchaban los vecinos del callejon del Correo.

Se trata además de una de las más bonitas composiciones de Chyteno de Torres, y tiene por epítofo á conocer las cualidades que un hombre vividor sin duda, queria encontrar en las ciudades.

Es un conjunto de muchos colores, que venia á ho-

## CAPÍTULO XXII.

### Una conjuración.

#### I.

Las cinco de la tarde serian cuando los vecinos del callejon del Cofre, y sobre todo las maritornes, estaban embebidos oyendo á un ciego que con descompasada y atronadora voz salmodiaba una letrilla que hacia algun tiempo habia servido nada ménos que de artículo de fondo al *Diario de Avisos de Madrid*.

Por el asunto de que trataba, de gran interés casero, se habian apoderado de ella los trovadores callejeros, y recitándola con algunos compases de vihuela, lograban que cayeran en sus raidas gorras de piel gran número de ochavos segovianos.

No veo motivo para que los lectores no escuchen lo que escuchaban los vecinos del callejon del Cofre.

Se trata además de una de las más donosas composiciones de Cayetano de Torres, y tiene por objeto dar á conocer las cualidades que un hombre, vividor sin duda, queria encontrar en las criadas.

Es un cuadrito de mucho colorido, que venia á de-

mostrar que las damas de la escoba y del plumero han sido en todos tiempos lo mismo.

## II.

El ciego voceador decia entre continuas carcajadas estas éstrofas:

*Como de criadas  
hay mala cosecha,  
por una que busco  
daré mil pesetas.*

—  
Ha de ser juiciosa,  
callada y atenta;  
con los compañeros  
no ha de gastar fiestas;  
por ningun recado  
ha de salir fuera;  
*al que así la hallare  
le doy mil pesetas.*

—  
No ha de ser golosa,  
tampoco embustera;  
cuando la regañen  
no tendrá respuestas;  
y ha de guisar solo  
á la moda nuestra;  
*al que así la hallare  
le doy mil pesetas.*

—  
Ha de ser curiosa  
y no ventanera;  
para salir sola  
no pida licencia,

pues siempre su ama  
debe de ir con ella;  
*al que así la hallare*  
*le doy mil pesetas.*

---

Cuidará el aceite,  
garbanzos y especias;  
y si sus parientes  
concurrén á verla,  
no les dará nada  
sin que yo lo sepa;  
*al que así la hallare*  
*le doy mil pesetas.*

---

No hará cochifritos  
para comer ella,  
pues le doy lo mismo  
que salga á mi mesa;  
no beberá vino  
sino en Noche-Buena;  
*al que así la hallare*  
*le doy mil pesetas.*

---

Limpia como un oro  
tendrá la espetera;  
no ha de ser cantora,  
sabrà hacer calceta  
y echar un remiendo  
cuando se le ofrezca;  
*al que así la hallare*  
*le doy mil pesetas.*

---

Dos veces al año  
irá á la comedia;  
á los toros una;  
mas justo es que advierta  
que irá acompañada

de otra mujer vieja:  
*al que así la hallare*  
*le doy mil pesetas.*

—  
 Si á alguna visita  
 el ama la lleva,  
 y hay niña de pecho,  
 cargará con ella,  
 é irá por la calle  
 con mucha modestia;  
*al que así la hallare*  
*le doy mil pesetas.*

—  
 Cuando quede sola  
 no abrirá la puerta  
 á primos fingidos,  
 y me ha de dar cuenta  
 de lo que sucede  
 mientras esté fuera;  
*al que así la hallare*  
*le doy mil pesetas.*

—  
 Por último, nunca  
 ha de ser parlera  
 de aquellos acasos  
 que en casa sucedan,  
 ni andará observando  
 el que sale ó entra;  
*al que así la hallare*  
*le doy mil pesetas.*

En aquellos tiempos, como en estos, si la cuestion de las criadas no era de gabinete, era por lo ménos de cocina, y no solo interesaba á las domésticas sino á sus amos.

## III.

¿Creerán los lectores que les he hablado del ciego y que les he regalado los versitos que pronunciaba para entretener el tiempo?

Nada más léjos de mi ánimo.

Servirá lo que llevo escrito de este capítulo para decir que en aquellos tiempos del oscurantismo, lo mismo que en estos de la luz del gas, los que se proponían dar golpes de mano tenían talento, ó si se quiere ingenio.

La Tullida, de acuerdo con Colilla, su cómplice, habia buscado al ciego, y despues de darle una buena propina le habia encargado que llamase la atención de los vecinos del callejon del Cofre para que no pudieran notar que unos cuantos chisperos iban poco á poco penetrando en la taberna de dicho callejon, donde el dia anterior habian estado en peligro las costillas de Sir Guillermo, y además le habia dado otras instrucciones, de que á su tiempo tendremos noticia.

## IV.

Mientras que el ciego destrozaba los bonitos versos con que habia entretenido durante muchas semanas á sus contados lectores el *Diario de Avisos*, se habia ido llenando la taberna de gentes de mala traza, las cuales, apurando jarros de lo añejo, aguardaban en aquel asque-

roso recinto á que Colilla, despues de haber deliberado con la Tulluda y algunos otros que formaban la junta directiva de aquella sociedad de bandidos, tomase una resolucion y se la trasmitiese.

## V.

Penetremos en la trastienda, que era una especie de camaranchon con techo abovedado y sin más adorno que una crecida cantidad de telarañas.

En aquella reducida estancia, alumbrada por la escasa luz de un candil, hallaremos á la Tullida, á Colilla y á su cómplice Argolla, y á otras dos ó tres personas de de su jaez, discutiendo los preparativos del golpe de mano que proyectaban.

En el momento en que me atrevo á suplicar al lector que penetre conmigo en aquel antro, la maldita bruja, que para no ver frustradas sus esperanzas habia trazado por sí sola el plan, comunicaba á sus cómplices todo lo que habia sucedido y los medios que habia ideado para el buen éxito del negocio.

## VI.

—El mercader de piedras, les decia, tiene un miedo que no puede lamerse y no saldrá de casa por todo el oro del mundo. Siendo vecino de Pepe-Hillo no es posible ir allí, porque además de que el torero tiene muy buenos puños, los muchachos que han de ayudarnos,

que se cuelan siempre que pueden en la plaza de toros, le tienen más respeto que al Sr. Corregidor, y una palabra suya bastaría para destruir todos mis planes.

—¿De modo que todo se ha perdido? dijo Colilla.

—¡Qué sabe Vd., arrastra!

—Pues digo; despues de lo que acabas de decir...

—¿Crees tú posible que se me escape á mí la presa?

—Ya sé que donde hincas el diente sacas tajada. Pero si el extrangis no sale de su casa y no cae en la red que le hemos tendido, se nos escapa el pájaro.

—Por torpe debíamos echarte de la reunion, dijo la Tullida.

Has de saber, alma de cántaro, que lo tengo yo todo dispuesto para que al anohecido esté solo el inglés en su casa.

—¡Si al anohecer están siempre en su casa el señor Pepe-Hillo y su mujer! ¿No sabes que por nada del mundo perdonan el rosario?

—Pues lo que es esta noche ni él ni ella nos servirán de estorbo.

## VII.

Todos preguntaron con curiosidad qué es lo que habia hecho, y entonces la Tullida refirió su plan.

—¿No oís, dijo, al tio Leznas que está en la calle echando el gañote? Pues si está ahí es porque yo se lo he mandado.

—¿Y de qué puede servirnos?

—Más de lo que tú te figuras.

—Explicate, mujer; no andes con arrumacos.

—En cuanto empiece á anochecer sale Colilla con dos ó tres muchachos de los que están afuera y encarándose con el ciego arma camorra con él. El tio Leznas está ya prevenido. Empezará á gritar. Entonces sale Argolla vestido de caballero, para lo cual le he traído un traje, y apenas se presente, todos los demás empezamos á llamarle extranjero. El llevará un baston de muleta, repartirá palos y echará á correr. Se armará rebullicio, y entonces todos á una, y yo la primera, comenzaremos á gritar que un franchute nos ha maltratado. De este modo encendemos la sangre de todos, y gritamos: «¡Mueran los extrangis; que no quede un hereje vivo!»

Colilla, con ocho ó diez de confianza, va corriendo á casa del mercader, penetran todos, echan la puerta abajo, si es preciso; mientras unos le agarran y le dan un susto, otros cogen todas las piedras finas que tenga en su casa.

En esto llego yo con toda la gente. Los que han pescado las piedras se escabullen; yo defiendo al inglés; vosotros le dejais bajo mi amparo, y cuando llegue Pepe-Hillo todavía hago valer á sus ojos que yo le he defendido.

—¿Y si ese extrangis tiene pistolas y nos larga un recaó?

—Eso corre de vuestra cuenta. Si tiene armas se le arrastra y punto concluido. Por matar á un hereje no se condena á nadie.

## VIII.

Todos aplaudieron el pensamiento de la Tullida.

Colilla salió á echar un trago fuera con los que aguardaban.

Poco despues les dió sus instrucciones, y en cuanto comenzó á anoecer sucedió lo que más adelante contaré á mis lectores.

## CAPÍTULO XXIII.

### La amada de Sir Guillermo.

#### I.

No conocemos aun á la jóven de quien estaba enamorado Sir Guillermo, y es necesario que la conozcamos antes de verla en una de las situaciones más críticas de su vida.

Cármén, que este era su nombre, era hija única de un antiguo letrado.

Después de muchos años de servicio en la magistratura, años que habia pasado desempeñando puestos importantes en varias chancillerías y audiencias, habia pedido su jubilacion, y disfrutaba de ella con modestia al lado de su esposa y de su hija.

D. Torcuato Melendez era uno de los modelos más acabados de aquella época, en que el comedido, la urbanidad, y sobre todo la honradez, constituian las mejores galas del individuo.

Poseia además uno de aquellos caracteres enérgicos para el bien, de los que ya no nos queda más que el recuerdo.

Antes de soltar una palabra la meditaba mucho.

Pero despues de haberla pronunciado era esclavo de ella.

Profundo sentimiento religioso, acendrado cariño al rey, respeto absoluto de la ley, pasion por el órden: he aquí los rasgos que completaban su retrato.

## II.

Veinticuatro años muy cumplidos tenia su hija y todavía no se atrevia á alzar los ojos delante de su padre.

Todas las mañanas besaba su mano con el mayor respeto, y ayudaba en las faenas de la casa á su madre, obedeciendo con prontitud todas las órdenes que recibia y mostrando verdadera gratitud hácia los autores de sus dias, cuando estos por via de premio la regalaban alguna frase cariñosa.

Educada en el mayor recogimiento, su padre, que en calidad de juez habia tenido ocasion de conocer á fondo el corazon humano, temeroso de que los malos ejemplos pudieran destruir su obra, habia convertido para la jóven su hogar en un convento y no le habia sido dado pasar una hora siquiera al lado de una amiga proporcionando á su alma la natural expansion.

Solo abandonaba Cármen las cuatro paredes para ir con su madre al templo á cumplir los deberes religiosos, y con ella y el autor de sus dias á dar algunos paseos por los alrededores más solitarios de Madrid los dias en que repicaban récio.

Sus padres, para asediarla más y más, habían condenado enérgicamente la insinuación de sus deseos de aprender á leer y escribir, y solo á duras penas le habían enseñado á deletrear el Libro de Oraciones.

Acostumbrada desde muy niña á tener aprisionado su espíritu, era en extremo tímida.

Cualquiera que la hubiera contemplado al verla como entumecida delante de las gentes, al ver sus ojos siempre clavados en el suelo, al descubrir que la más leve palabra hacía asomar el carmin á sus mejillas, hubiera dicho que era la imagen del candor, de la inocencia.

### III.

La severa é intransigente educación que había recibido tenía un poderoso enemigo en esa indestructible sed de emociones que se apodera del alma á pesar de todas las barreras y de todos los obstáculos que se le opongan, y en vez de conocer el mundo guiada por la experiencia y el cariño de un padre, iba poco á poco descubriendo sus misterios sin tener á su lado quien la señalara los límites que separan el bien del mal.

El temor que le inspiraban los seres que más la querían la habían llevado á la hipocresía.

Aunque buena y candorosa, no lo era tanto como parecía.

En primer lugar, aunque deletreaba delante de sus padres, cuando ellos no se apercibían, leía de corrido y hasta escribía.

Los criados, que tambien vivian bajo el mismo régimen de severidad, considerándola como víctima, y por tanto como compañera suya de infortunio, habian aprovechado todos los momentos oportunos para contarle historias del mundo, sin otro objeto que el de recrear su ánimo.

IV.

Cármen habia guardado todas las impresiones, habia meditado sobre ellas á sus solas, y habia acabado por descubrir que podia, sin faltar á las leyes de la moral, acariciar dulcísimas esperanzas, entre las que le sonreia en primer término la de poder ser algun dia esposa de un hombre que la amase y la hiciese feliz libertándola de la esclavitud en que vivia.

Un año antes del en que he dado comienzo á mi historia, sufrió una grave enfermedad la madre de Cármen, y aunque logró salir de ella, quedó tan achacosa que, necesitando los mayores cuidados, no podia prestar á su hija los que la jóven reclamaba.

Despues de consultar con su confesor y de rogarle que entre sus relaciones le buscase una mujer de edad, bien educada y adornada con todas las virtudes cristianas, resolvió admitir para que sirviera de aya á su hija á una solterona de bastante edad que el confesor le recomendó despues de haber sabido de ella los informes más lisonjeros.

## V.

Doña Emerenciana ganaba en severidad á D. Torcuato.

Desde el primer momento se mostró exagerada partidaria del orden y tan idólatra del principio de autoridad, que no tardó el antiguo magistrado en depositar en ella su mayor confianza.

Doña Emerenciana sabia vivir.

Después de conquistar el aprecio de sus amos procuró hacerse simpática á la niña.

Después de haber pasado un invierno dedicada al cuidado de su madre, se resintió la salud de Carmen y los médicos aconsejaron á su padre que la llevara al campo á respirar aire puro.

Cuando llegó la primavera, D. Torcuato, que no se separaba de su familia, decidió trasladarse con todos los individuos que la componían á Pozuelo de Alarcón.

Era antiguo amigo suyo el párroco de aquel bonito y saludable pueblo, y le proporcionó hospedaje en una de las mejores casas.

## VI.

Allí, pretextando que la niña necesitaba hacer ejercicio, se la llevaba doña Emerenciana á dar grandes paseos y la encantaba con su conversación.

Hablábale unas veces de los militares, pintándole su

carácter aventurero, sus continuos amoríos, sus cómicos apuros.

Otras le referia las costumbres de la córte, y tan sabrosos eran sus monólogos al principio, porque Cármen no se atrevia á hablar, y despues sus diálogos, que la jóven recobró la salud y conoció lo que era la alegría, sin que por eso aya y discípula dejaran al entrar en su casa de poner el rostro compungido y hacer alarde de mansedumbre y humildad.

## VII.

En aquellos tiempos, que hoy llamamos del oscurantismo, habia en España lo que apenas hay hoy: una industria nacional.

Ya se vé, los reyes y los grandes de España daban el ejemplo engalanándose con productos fabricados en el país, y como no habia necesidad de pedir á Francia ó Inglaterra lo que en España habia, los capitales no iban al extranjero, y enriqueciendo á los trabajadores españoles permitia que hubiese fábricas de todas clases, tan importantes como las de paños en Guadalajara y las de curtidos en Pozuelo.

Los raros extranjeros que visitaban nuestro país examinaban estos establecimientos con la misma curiosidad é interés que nos inspiran hoy los que encontramos al pasar la frontera.

Sir Guillermo habia oido hablar de las famosas tene-rías de Pozuelo, y quiso visitarlas.

Allí conoció á Cármen, y se prendó de ella hasta el punto de ser para él cuestion de vida ó muerte su casamiento con la jóven.

### VIII.

Inútil sería que entretuviese la atencion del lector contándole los medios de que se valió Sir Guillermo para llegar al corazon de Cármen.

En aquellos tiempos, como en estos, los ojos hablaban el lenguaje del alma y los dos jóvenes se comprendieron.

Pongan Vds. un poco más de rubor en la jóven, un temor inmenso ante la idea de que, tarde ó temprano, tendria que contestar á las insinuantes miradas de su adorador con palabras de fuego, mayor dosis de respeto en el galan hácia la dama, y la fé que estaba en todos los sentimientos y en todas las ideas de la época, y tendrán el cuadro acabado de aquellos inocentes amores.

Sir Guillermo hacia ya mucho tiempo que estaba en España y hablaba nuestro idioma perfectamente.

Tambien lo escribia, y despues de instalarse en Pozuelo, so pretexto de estudiar detenidamente las operaciones que se practicaban en las magníficas tenerías allí establecidas, redactó una epístola respetuosa, tímida, pero al mismo tiempo expresiva, y siguiendo el antiguo sistema de adorar al santo por la peana, dirigió

todos sus planes á conquistar la voluntad del aya antes de llegar al corazón de la jóven.

## IX.

En resúmen; despues de mucho tiempo se comprendieron, se amaron y convinieron en que para vivir, y vivir felices, necesitaban recibir la bendicion nupcial.

Entonces fué cuando Sir Guillermo, animado por el vehemente afecto que sentia hácia Cármen, resolvió hablar á sus padres, y estos, asombrados al pronto, pero convencidos más tarde de que habia llegado para su hija el terrible é indispensable *cuarto de hora*, fundaron su negativa en que el amante no era católico.

Pero tambien recordarán los lectores los medios de que se habia valido Sir Guillermo para obtener del ilustrado D. Juan de Lorenzana, el célebre arzobispo de Toledo, la proteccion necesaria para vencer la repugnancia de los padres de Cármen y para conseguir su ansiada mano.

## X.

Las cosas estaban en la situacion de que ya he dado cuenta, cuando apareció en la *Gaceta de Madrid* la declaracion de guerra á la Francia.

D. Torcuato, que por una parte se resignaba á complacer á su hija, porque conocia que estaba verdaderamente enamorada de Sir Guillermo, y por otra deseaba

encontrar un pretexto eficaz para destruir aquel lazo que, á pesar de todo, repugnaba á sus profundos sentimientos religiosos, al ver la actitud que tomó el pueblo contra los extranjeros que no profesaban su misma religion, no obstante de ser un hombre de bien, experimentó una secreta alegría.

—¿Quién sabe, se dijo, si las circunstancias van á resolver el problema á mi favor?

—Y aquel mismo dia, llamando á su hija, despues de haberse puesto de acuerdo con su esposa,

—Va á ser preciso, la dijo, que renuncies á tus esperanzas.

## XI.

Estas palabras hirieron como un rayo á la jóven.

Sin embargo, y á pesar de su timidez, se atrevió á fijar los ojos en su padre, y preguntó, poseida de una gran emocion:

—¿Qué es lo que dice Vd., padre mio?

—Mis temores han venido á confirmarse. El pueblo español atribuye los espantosos crímenes que acaban de cometerse en Francia á la falta de religion, y es tan grande la pesadumbre, tal la indignacion que se ha apoderado de su ánimo, que no encuentra otro desahogo que el de castigar á aquellos que no son fervorosamente católicos de la manera que lo harian, si pudieran, con los que han sido capaces de asesinar á un rey.

## XII.

La humildad, que por carácter y educacion practica-  
ba Cármen en todas las ocasiones de su vida, impuso  
silencio á su pena, que era grande, despues de haber  
oído las palabras de su padre.

Pero necesitaba dar expansion á su alma, y exclamó:  
—Ya sabe Vd., padre mio, que mis deseos son obe-  
decer á Vd. y á mi madre en todo y por todo. Sus con-  
sejos han de ir, seguramente, encaminados á mi bien.

Y despues de hacer este poderoso esfuerzo, se retiró  
á su estancia y pasó todo el dia llorando.

## XIII.

El primer amor de una niña no es como el capricho  
de la coqueta; no es la ola del mar, que al llegar á la  
orilla imprime su huella en la arena, y otra ola la borra  
en seguida.

En aquellos tiempos, como en estos, pero mucho  
más en los anteriores, el primer amor tenia algo de re-  
ligioso y... ¡ya se ve! era imposible que el respeto filial  
y el temor de desagradar á un padre borrasen del co-  
razon de una niña las dulces ilusiones, las puras espe-  
ranzas que el primer amor habia grabado en ella.

Así es que Cármen, que no queria renunciar á la fe-  
licidad con que soñaba, que descubria horizontes tristí-  
simos solo á la idea de una separacion eterna de su

amante, al mismo tiempo que sufría, pedia á su imaginacion algun recurso, algun medio eficaz, alguna idea salvadora para que los deseos de su padre no se cumpliesen, para que no se rompiera el lazo que unia su alma á la de Sir Guillermo.

## XIV.

Y el medio lo encontró.

—¡Ah! se decia; ¡si yo pudiera verle; si yo pudiera hablarle; si me fuera dado pintarle el peligro que le rodea por no decidirse á profesar nuestra religion; si acertara á descubrir la inmensa pesadumbre de mi alma por la separacion á que nos obliga el temor y el deseo de mi padre, segura estoy de que mis palabras le convencerian; de que dominando la repugnancia que siente á abjurar de pronto lá religion de sus padres, haria un sacrificio por mí!

Y vencida una dificultad, surgia otra.

Si le hablaba, estaba segura de convencerle; pero ¿cómo podia llegar á obtener este resultado?

Hé aquí una dificultad mucho mayor que todas las que se oponian á sus deseos.

Sir Guillermo no iba á su casa sino de tarde en tarde.

Perseguido como los demás extranjeros por el populacho, estaria seguramente oculto en su casa, y para hablarle necesitaba indispensablemente ir á buscarle á su propio domicilio.

Ahora bien: si en estos tiempos no es difícil empresa la que necesitaba acometer la enamorada joven, en aquellos era quizás la mayor dificultad que podía encontrar una doncella pudorosa y recatada.

Sin embargo, no desistió de su idea.

El amor es heroico.

## XV.

Al día siguiente comunicó á su aya, que era cómplice de sus entrevistas secretas con Sir Guillermo, le comunicó, repito, sus propósitos, y empleando toda su elocuencia la obligó á prometerle que al anochecer, cuando fueran á la novena de la Virgen de los Dolores, que empezaba aquel día, la llevaría á casa de su amante, presenciaria la entrevista y uniria á los suyos sus ruegos para obligar á Sir Guillermo á tomar la anhelada resolución.

El aya opuso resistencia, como era natural, porque al fin y al cabo desempeñaba un puesto de confianza é iba á abusar de la que los padres de la joven habian depositado en ella.

Pero tenia muy buenas disposiciones en favor de Carmen, y aunque protestando que si accedia á sus súplicas era más que por otra cosa porque se trataba de convertir á la religion verdadera á un hombre que vivia en el error, convino con Carmen en que saldrian un poco más temprano y con todas las precauciones entrarian en casa de Sir Guillermo.

## XVI.

Cuando Colilla salía de la taberna del callejón del Co-fre para dar instrucciones á los que debían armar el motin, pasaban la jóven y su aya por la calle del Cármen.

Habia muchos corrillos, en los cuales comentaban unos la gracia de las coplas que habia entonado el cie-go; hablaban otros de la intencion que algunos hom-bres del populacho tenían de dar caza á todos los here-jes del barrio, y al pasar Cármen llegó á sus oídos una frase que la llenó de miedo.

—El primero que va á caer, oyó decir á uno de los que formaban parte de un corro, será el extrangis que vive en casa de Pepe-Hillo.

Instintivamente aceleró el paso la amada de Sir Guillermo, no ya para hablarle de sus deseos, sino pa-rra advertirle el peligro que corría.

Los momentos eran críticos.

## CAPITULO XXIV.

### Un motin por dentro y por fuera.

Los corrillos de la calle del Cármen fueron aumentando poco á poco y creció el interés de las conversaciones que allí tenían lugar.

El director del robo, que robó era, como saben mis lectores, el que proyectaban llevar á cabo la Tullida, Colilla y sus demás cómplices, era maestro en el arte.

—Se ha descubierto en Madrid, decía uno, una sociedad secreta de extranjeros, cuya mision es enterarse de todo lo que pasa y comunicarlo á los pícaros franceses.

—Van recorriendo, decía otro, los barrios bajos de Madrid algunos renegados, que, llevándose á las tabernas á la gente del bronce, les quitan la voluntad de ir á arriesgar su vida para defender la patria, enalteciendo las ventajas de la paz, todo con el objeto de enfriar el entusiasmo.

—Hay quien asegura, exclamaba otro, que los fran-

chutes que hay en Madrid, de acuerdo con los de Paris de Francia, quieren apoderarse del Rey nuestro señor y darle un susto.

Estos y otros rumores por el estilo exacerbaban la ira de los oyentes, y no faltaba quien, poseído de verdadera indignacion, prorumpiese en denuestos contra los extranjeros.

—Como yo cogiera uno, decia un mozo de cuerda, hacia gigote con él.

—Yu le asaba á la parrilla, añadía un aguador de la Mari-Blanca, lu mismú que á un Bartolumé.

—Pus yo le daba una carrerá é baqueta, decia un andaluz, asistente de un Guardia de corps.

—Dejarme á mí tóos los franchutes habíos y po haber, añadía una *irrabanera* de las que solian llevar la navaja en la liga, y yo me encargo de darles pasaporte pa el otro barrio.

Preparados los ánimos con estas noticiotas, llamó la atencion de todos los que formaban los corros la llegada á la calle del Cármen por las afluentes de las gentes de mala traza que procedian del callejon del Cofre.

—¿A dónde irán esos chisperos? preguntaba uno.

—Cuando las sabandijas salen barruntan tormenta, decía otro.

—Esos preparan algo bueno.

—Vamos, vamos á ver lo que hacen.

Y los grupos, engrosando más y más, fueron á situarse en las cercanías de la casa de Pepe-Hillo.

La calle del Cármen se asemejaba en aquellos momentos á la superficie del mar cuando, agitado por el viento de la tempestad, empiezan las olas á moverse con ímpetu amenazador.

Ya no se hablaba en general de los extranjeros ni de los herejes. La saña del populacho se habia fijado en una persona, y corria de boca en boca el nombre de Sir Guillermo.

—Es un judío descendiente de los que azotaron á Cristo, decía uno.

—Aunque parece que es mercader de piedras finas, el comercio solo le sirve de pretexto para tener mucho dinero y sobornar á los españoles.

—Pues Pepe-Hillo le quiere mucho.

—Toma, porque ha sabido embaucarle el *minglis manglis*.

—La verdad es que hace dos días que no se le ve por la calle.

—Tendrá miedo.

—Pues el que no la hace, no la teme.

—Como él la ha hecho, la temerá.

—Había que escarmentarle.

—Sí, sí; es preciso que sepan él y todos los de su ralea que no se juega con nosotros.

La obra de la Tullida y de su cómplice Colilla adquiría por momentos importancia.

Mientras que los curiosos conversaban de esta manera, los verdaderos ejecutores del golpe de mano se preparaban para llevar á cabo su plan con todas las probabilidades de éxito.

La Tullida había entrado en la casa de la calle del Carmen esquina á la de la Salud, y para cerciorarse de que ni Pepe-Hillo ni su mujer estaban en casa, llamó á la puerta y se puso á hablar con Rosario.

—Abre, mujer, dijo cuando la criada del torero preguntó quién llamaba.

—No están mis amos, contestó Rosario al reconocer á la Tullida.

—Pues lo siento infinito, porque hay una marejada en la calle... Yo no sé qué diablos pasa.

Incitando la curiosidad de la doméstica al referirle lo que había visto, tuvo ocasion de sincerarse á sus ojos y de preparar el terreno para que cuando llegara el caso pudiera la jóven servir de testigo de su pretendida inocencia.

## VI.

Mientras que conversaba con Rosario, fueron penetrando poco á poco, y procurando que nadie los viera, Colilla, Argolla y otros dos ó tres, entre los cuales, para quitar á aquella conjuracion el carácter de conato de robo que tenia y darle el de movimiento popular, lograron que el Sr. Márcos, ordinario de Madrid á Segovia, español neto y de los más entusiastas por la guerra, los capitanease en aquella tentativa.

Penetrando en la casa, se ocultaron en un camaranchon de la escalera y aguardaron á que las voces, que con arreglo á sus instrucciones debian dar en la calle sus amigos, les facilitasen el pretexto que buscaban para echar abajo la puerta de la habitacion de Sir Guillermo, y mientras unos le daban el susto, los otros desvalijaban sus cofres.

## VII.

Creerá el lector que atemorizado Sir Guillermo por la noticia que le llevó Cármen, tomaria en aquellos instantes las medidas más oportunas para librarse del furor popular.

Nada de eso.

A las primeras palabras pronunciadas por la jóven habia contestado Sir Guillermo con la mayor tranquilidad de espíritu, y calmando el temor de su amada, ha-

blaban los dos de sus esperanzas, de sus temores, de sus deseos, cuando estalló en la calle el tumulto.

Un chico, amaestrado por Argolla, comenzó á dar gritos. El rapaz podria tener unos ocho ó nueve años, y era un gran auxiliar de la empresa que acometian de cuando en cuando aquellos bandoleros de la corte.

—¡Ay! ¡ay! gritó el rapazuelo saliendo del portal de la casa de Pepe-Hillo.

VIII.

Los que le rodearon empezaron á preguntar qué le habia sucedido, y el muchacho, entre sollozos y alguna que otra ligera interjeccion con que para fingir el dolor amenizaba sus quejas, les referia que habia ido con su padre á pedir limosna al franchute del cuarto principal de aquella casa, y que tratándole con muy malos modos, despues de dar una paliza á su padre, le habia encerrado en la carbonera, y á él le habia echado á la calle, no sin sacudirle antes unos cuantos pescozones y dos ó tres punteras.

Esto acabó de irritar á los circunstantes, y uno de los cómplices de Colilla, advertido ya, comenzó á gritar:

—¡Muera el hereje!

A este grito siguieron otros por el estilo.

—¡Llevarle á la Inquisicion!

—¡Quemarle vivo!

—Vamos á cogerle para arrastrarle.

Algunos entraron en el portal, en tanto que los que estaban en la escalera comenzaron á dar golpes en la puerta de la habitación de Sir Guillermo.

La Tullida y Rosario gritaban mientras tanto pidiendo socorro.

La puerta del cuarto de Sir Guillermo permaneció cerrada, y el Sr. Márcos, Colilla, Argolla y los demás que le acompañaban, armados de chuzos, de trancas, y navajas, dieron tan tremendos golpes en la puerta, que la echaron abajo y penetraron dando gritos de ¡Muera el hereje!

Así llegaron hasta el estrado de la casa.

## X.

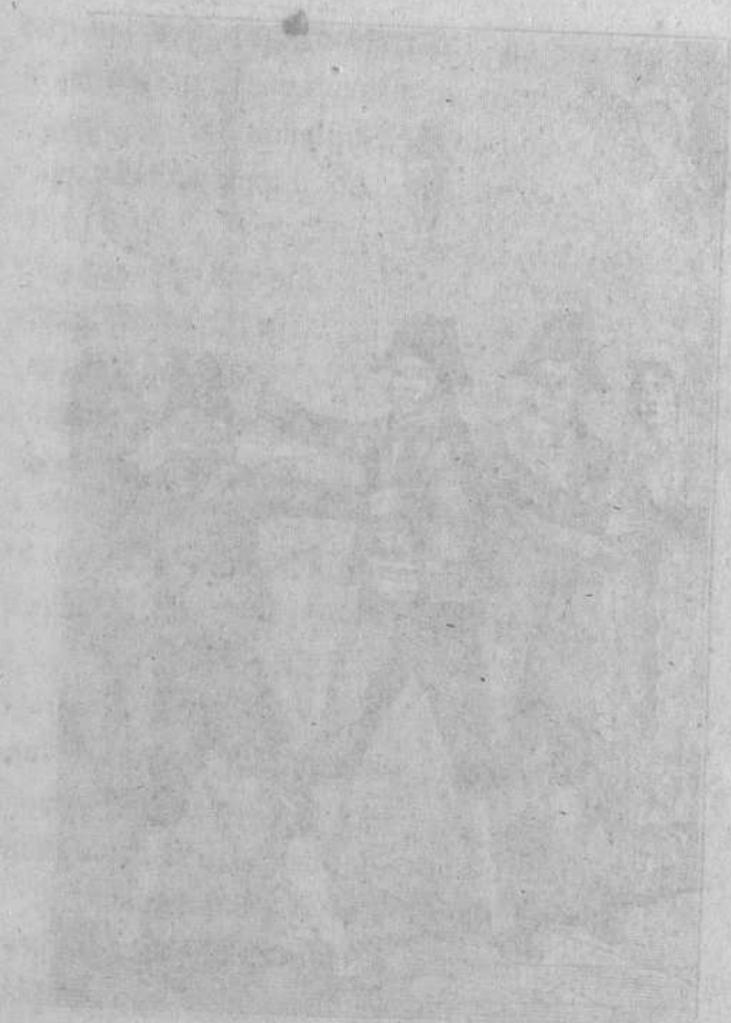
La confusion que reinó en aquellos instantes fué espantosa.

El aya de Cármen, despues de buscar un sitio donde ocultarse, al llegar á la cocina cayó desmayada.

Cármen, sacando fuerzas de flaqueza al creer en peligro la vida de su amante, se disponia á implorar la piedad de los amotinados.

Sir Guillermo, que conocia el empuje del pueblo español, creia inútil hacer armas contra sus perseguidores.

Por otra parte estaba tranquilo, porque, sin que el





— ¡Atrás! dijo Pepe-Hillo.

populacho lo supiera, tenia á su lado á una persona capaz con su influencia y su valor de apaciguar los exasperados ánimos.

En efecto: contra las presunciones y los deseos de la Tullida, Pepe-Hillo, el ídolo del pueblo de Madrid, se habia enterado de los propósitos de aquellos miserables, y antes, mucho antes de que comenzara el tumulto, antes de que Cármen llegase á casa de Sir Guillermo se habia dirigido á la habitacion de su vecino sin pasar por la suya siquiera, y en ella estuvo tranquilizando á los amantes, cuando la audacia de unos y el mal entendido pero disculpable patriotismo de otros, derribaron las puertas de aquella morada.

## XI.

El Sr. Márcos, y á su lado Colilla, Argolla y los demás facinerosos, penetraron en la estancia.

—¡Muera el hereje!

—¡Arrastrarle vivo!

Estas voces, pronunciadas por los que llegaban ciegos de ira, fueron acalladas por otra mucho más poderosa.

—¡Atrás! dijo Pepe-Hillo oponiendo su pecho á los chuzos y á las navajas de los amotinados, y defendiendo á Sir Guillermo y á su amada, presa en aquellos críticos instantes de una ansiedad indecible.

Ver á Pepe-Hillo y desaparecer Colilla, Argolla y los que iban con ánimo de robar, fué obra de un segundo.

—Compare, dijo Pepe-Hillo al Sr. Márcos, ozté y yo zomos cristianos viejos. Si er zeñó fuá un hereje, ¿cree ozté que yo pondria mi pecho é muraya pa librarlo de la muerte?

Ozté viene engaño. Ezos gateras, que ya los he conosío y me la pagarán, han querío jugásela, y pa que ozté vea que le tengo por hombre de pró, dispué de izirle que este zeñó en vez de sé lo que ozté piensa va á sé tan español como nozotros, poi que ze va alistá pa combatir contra los franchute, le dejo á ozté á su lao pa que le libre de esa canaya y voy á bajá yo á izir ar pueblo que mé ayue á cogé á Coliya y á tóos los de su mardita ralea pa yevarlos á la sombra y que no sargan dayí sino pa olé á cañamo.

### XIII.

Las palabras de Pepe-Hillo produjeron tal efecto en el Sr. Márcos, que era hombre de gran corazon, que dando la mano al famoso torero,

—Mi amo, le dijo, su palabra de Vd. es una escritura. Váyase Vd. descuidado, que antes me harán pedazos que tocar al señor al pelo de la ropa.

Pepe-Hillo bajó á la calle, y en la escalera encontró á la Tullida.

—Malegro de echarle á ozté loz ojos ensima, mare Angustias, le dijo. Ozté va ser la primera que va dir á chirona.

—¿Qué dice Vd., señor D. Pepe? exclamó muy conpungida la hipócrita.

—Ande ozté, mala sangre, enrea matrimonios.

La Tullida conoció que habia sido descubierto su juego, y olvidándose ante el peligro del papel que desempeñaba, arrojó las muletas y echó á correr por la escalera abajo.

Pero la gente que se agolpaba en la puerta le estorbó el paso, y cuando se presentó Pepe-Hillo, la Tullida se echó á sus piés implorando perdon.

#### XIV.

El torero explicó todo lo que habia pasado, y hasta el milagro de la Tullida.

—Yevarme, dijo, á esta embaucaora á la cárcel de Córte, que estando ayí, eya cantaré, y toos los demás que nos han querido dá un susto recibirán er castigo que meresen.

Despues arengó al pueblo, manifestándole que él respondia de Sir Guillermo, y que además era una cobardía ir tanta gente contra un solo hombre.

Fué saludado, como siempre que hablaba, con las aclamaciones más entusiastas.

Además anunció que el hombre á quien perseguían era por su afición tan español como ellos, y que al efecto al día siguiente iba á alistarse para pelear al lado de los españoles.

Esto no fué al pronto más que una ardid de que se valió para ganarle la buena voluntad del populacho.

## XV.

Alegre el pueblo al oír esta noticia, pidió á gritos que saliese Sir Guillermo, y... ¡lo que es el populacho! el hombre, á quien querían arrastrar algunos minutos antes, fué aplaudido y victoreado por aquella gente.

La justicia acudió despues por haberse enterado del tumulto, y esto fué lo peor que podia suceder á Cármen, á quien importaba que su nombre no se mezclase en aquellos sucesos.

Ahora bien; ¿cómo se hallaba allí Pepe-Hillo, cuando su esposa le creía galanteando á la Tudó?

¿Qué habia pasado á María del Pópulo mientras tenían lugar aquellas escenas en su misma casa?

¿Qué resolución tomó Cármen al ver llegar á la justicia?

## CAPITULO XXV.

### Un Júdas que sirve para algo bueno.

#### I.

La raza de los Júdas no se ha extinguido, y hay ocasiones en que los descendientes de aquel falso discípulo son causa de que se descubran muchos crímenes, con lo cual la Providencia se muestra siempre pronta á facilitar el castigo de las iniquidades y á salvar del peligro á la inocencia.

Entre las personas con que contaban Colilla y la Tullida para llevar á cabo su plan de apoderarse de las piedras preciosas de Sir Guillermo, so pretexto de que era un enemigo de la patria, habia un muchacho de diez y seis á diez y siete años, conocido entre aquella escoria de la sociedad con el mote de *Mal-Trabaja*.

Merecia el nombre que le habian dado sus camaradas, porque en efecto habia empezado muchos oficios y en ninguno de ellos habia logrado fijarse.

Al poco tiempo tenian los maestros que arrojarle del taller, porque no trabajaba.

Ni los golpes, ni los castigos, ni la miseria á que se veía reducido lograban sacarle de aquella ociosidad, de aquella holgazanería, que constituía su verdadero modo de sér.

## II.

Vendiendo buñuelos por las tardes; pregonando *los fijos* de la lotería; desempeñando á cada instante comisiones diversas, iba trampeando, como suele decirse, y como era muy agraciado y se quedó sin padres en la niñez, no faltaba en el Rastro quien, lastimándose de su desdicha, le amparase de cuándo en cuándo, y como por entonces tenían todos los pobres la mesa puesta en los conventos, el muchacho no se apuraba, seguro siempre de poder matar el hambre diariamente.

Pero lo que no perdonaba eran las corridas de toros.

Esta era su única afición, y tan arraigada estaba en él, que no faltaba ningun día al matadero, divirtiéndose con otros rapaces de su edad en molestar á las reses que debían sucumbir para alimentar al día siguiente á los vecinos de la villa y córte.

Con tal de que no le faltasen las monedas indispensables para entrar en la plaza el día de la corrida, era capaz de aceptar los mayores sacrificios.

Esta afición, este deseo de presenciar el espectáculo taurino, le habian puesto en relaciones con la chusma que capitaneaba Colilla, y le ayudaba en todas sus empresas sin otra esperanza ni otro deseo que el de ad-

quirir recursos para costearse el único placer que ambicionaba.

A cada instante formaba este pensamiento:  
—¡Cuánto daría por ser torero!

En las corrillas de novillos bajaba al redondel, y ya era conocido entre los aficionados por su destreza, por su arrojo y por la fuerza de sus puños.

Cogiendo á los novillos por los cuernos, les hacia hincarse de rodillas, les irritaba y hacia otras suertes por el estilo, que le valian, no solo plácemes, sino cigarros y convites al salir de la funcion de los que habian disfrutado presenciando sus habilidades.

Era para lo único que tenia actividad, y su sueño dorado consistia en alcanzar la proteccion de alguno de los diestros para que le admitiese en su cuadrilla, aunque fuera en el último lugar, le enseñase y le facilitase los medios de realizar algun dia sus aspiraciones á torero.

### III.

Desde muy temprano supo Mal-Trabaja el plan que habia concebido la Tullida para llevar á cabo el robo, que por un momento, al oír las explicaciones de María del Pópolo, creyó frustrado.

Con su natural sagacidad indagó todos los detalles del nuevo plan improvisado por la Tullida, y despues de saberlos,

—Hé aquí mi jugada, se dijo.

Y como sabia que Pepe-Hillo solia pasar un rato en la barbería del Loro antes de ir á comer, se plantó en los alrededores de la tienda del Fígaro, y allí aguardó á que saliera ó entrara Pepe-Hillo para lograr su objeto.

No esperó mucho.

El famoso torero, indignado con las noticias que le habia dado Santos, fué á ver, como dijimos, al señor Corregidor y volvia muy contento porque su señoría le habia asegurado que, si llegaba á darse la funcion tauromáquica para auxiliar á los soldados que iban á combatir contra los franceses, contribuirían á ella, no solo Pedro Romero, sino Pepe-Hillo y hasta el mismo Costillares, á cuyo efecto tomaria sus medidas para que el dia señalado acudieran á la córte los diestros, los picadores y los banderilleros de más fama, con lo cual tendria la funcion todo el lucimiento debido.

Al salir del Corregimiento participó á Santos lo que acababa de oir, y muy satisfecho, añadió:

—¿Vés como tóo eran hablaurías? Anda y dile á Juanillo que te dé tu inero poique ta engañaio como á un chino.

#### IV.

Por no ser ya hora de ir al convento de San Francisco, dejó para la tarde la visita, y lleno de alegría, repito, por las noticias que acababa de saber, se dirigió, segun su costumbre, á la barbería del Loro á

echar entre los camaradas del oficio unos cuantos piropos á su rival Pedro Romero.

Dado el carácter de Pepe-Hillo, esto era natural.

Habia pensado mal de él, le habia ofendido y necesitaba, para quitarse el peso que tenia encima, elogiar el mérito del que le disputaba el favor del público en el circo taurino.

Antes de entrar se acercó á él Mal-Trabaja.

—Sr. D. José, le dijo, Vd. no me conoce, pero yo sí. Puedo hacerle un favor, y esto es lo que he deseado toda mi vida. Si quiere Vd. oír dos palabras, creo que se alegrará.

Pepe-Hillo miró de arriba abajo al mozo que le hablaba, y como al lado de sus andrajos descubrió un rostro franco y simpático, una mirada inteligente y atractiva,

—Vamo á vé, gatera, ¿qué ties que isirme? preguntó.

—Venga su mercé al átrio de la iglesia de San Sebastian, y allí, en uno de los rincones, como el que no quiere la cosa, le daré unas noticias que no han de agradarle seguramente.

—Vamo ayá, dijo Pepe-Hillo.

Y algunos minutos despues supo los planes de la Tullida y las sospechas que aquella miserable habia hecho concebir á su esposa.

Mal-Trabaja tenia la mision de seguir á María del Pópolo desde que saliera de su casa hasta que llegara á la plaza de los Ministerios.

—¿Me ises la verdad? preguntó Pepe-Hillo despues de haber escuchado toda la relacion que le hizo Mal-Trabaja.

—Se lo juro á su mercé por la Virgen de la Antigua, que casi casi nos está oyendo.

—Pus toma, añadió Pepe-Hillo sacando una moneda y ofreciéndosela á Mal-Trabaja; y ya que Dios ta dao den cuando en cuando buenos pensamientos, apártate de esa canaya, no sea que ar fin y ar cabo tengas que verte metío en un corbatin mesiéndote po el aire.

—Oiga Vd., Sr. D. José, dijo el rapaz; yo no quiero monedas. Yo le he dicho á Vd. todo lo que sabia, porque le tengo á Vd. ley; porque seria capaz de tirarme por usted desde la torre de Santa Cruz. Y si Vd. quiere que deje la mala vida, en su mano está. Me pirro por los toros. Si yo pudiera ser siquiera mozo de su cuadrilla para ir aprendiendo y ser algun dia útil á la sociedad, seria más hombre de bien...

—Ante de meté yo á naide en mi cuadriya, quiero zabé qué sangre corre por sus venas. Tú has hecho hoy una buena aision, y si no lo has fingío y no es una ña-gasa que has buscao pa diquelá conmigo, yo tofresco empleá mí influensia pa que te den entrá en er Mataero.

Ayí aprenderás á conosé los bichos, y dispué... quién sabe, si tus disposiciones me agrán, yo seré tu maestro.

—Dios le bendiga á Vd., Sr. D. José. Ahora me voy á desempeñar mi papel, no sea que se escamen los camarás.

## VI.

En vez de entrar en la barbería, fué Pepe-Hillo á su casa y empezó á convencerse de que no le habia engañado Mal-Trabaja, al ver la cara que tenia su mujer.

—Ha sio capaz de dudá de mí, pensó Pepe-Hillo, y voy á dale una leision.

Y cuando María le dijo que si queria comer,

—Hoy ma dao la fantesía, exclamó, de dir á ocupá er puesto que siempre me tié en su mesa er zeñó duque de Osuna, y como siempre que voy á su casa se me pasan las horas hablando con su eselensia der toreo, si tardo, no masperes.

Esto confirmó más y más las sospechas que habia despertado la Tullida en María del Pópolo.

—Has lo que quieras, dijo de muy mal humor. Así como así, yo haré tambien lo que me dé la gana.

## VII.

Pepe-Hillo fué en efecto á las Vistillas y se sentó, como acostumbraba muy á menudo, á la mesa de su protector, el ilustre duque Osuna.

Pero conociendo el plan de la Tullida y de sus cómplices, antes de que anoheciera, sin entrar en su casa subió á la de Sir Guillermo.

Con él hablaba, dándole cuenta del golpe de mano que proyectaban aquellos tunos, cuando llegó Cármen muy afligida por las conversaciones que habia escuchado.

Lo que pasó despues, lo saben los lectores.

Explicada la causa de la presencia de Pepe-Hillo en la habitacion de su vecino, vamos á ver qué es lo que habia pasado á María del Pópolo.

## CAPITULO XXVI.

### I.

Para un alma tan fogosa como la de aquella mujer, los celos eran un tormento insufrible.

Si hubiera reflexionado un solo instante; si hubiera tenido presente la conducta que habia observado siempre su marido, en vez de escuchar las insidiosos palabras de la Tullida, la hubiera arrojado de su casa con cajas destempladas sin dar crédito á sus malévolas indicaciones.

Pero corria por las venas de María sangre andaluza.

Necesitaba contratiempos, obstáculos; la agitacion, la efervescencia, la lucha eran su elemento, y dominando la imaginacion á la razon, pensó desde luego que aun cuando Pepe-Hillo fuera incapaz de jugarle una mala partida, las señoronas de la corte tenian tal atractivo que no seria extraño que su marido cayese al fin y al cabo en la tentacion.

Y ella, tan buena, tan caritativa, tan generosa hasta

con sus enemigos, iba dispuesta á arañar, si era preciso, á su rival, porque robándole, siquiera fuese momentáneamente, el corazón de su José, le robaba la vida.

## II.

Con arreglo á las instrucciones de la Tullida, salió al anochecer de su casa, confiando á Rosario el cuidado de sus hijos.

Rebozada en la mantilla, fué á casa de Godoy y entró en la habitación del portero.

Solo halló una mujer y se confió á ella.

Era la esposa del portero, y al notar la grán agitación que en vano procuraba disimular María, la tranquilizó del mejor modo que pudo.

En primer lugar, le manifestó que el duque de la Alcuía estaba en Aranjuez, declarándole además, aunque bajo la mayor reserva, que la Tudó se hallaba tambien en el Real Sitio, sin salir de su casa.

Por otra parte, le aseguró que debian ser una patraña las noticias que le habian dado respecto á la pasión que aquella señora tenia por Pepe-Hillo, puesto que nunca habia ido á las corridas de toros, y solo de oídas debia conocerle.

## III.

Más tranquila María, porque creia en la sinceridad de las palabras de su interlocutora, pensó que habia

sido víctima de un engaño, y ansiosa de apurar la verdad, resolvió ir á buscar á la Tullida.

—¿Quién sabe, dijo, si esa mujé me está engañando? Iré á su casa; de esa manera sabré si es sierto que tiene una hija enferma, que vive en la miseria. Haré, si es nesenario, que me yeve á las casas en donde ha oio hablá de la afision de la Tudó á mi marío.

## IV.

Recordando las señas que de su casa le habia dado la Tullida, por delante de palacio fué hácia la plaza de Santa María, y por el Pretil de los Consejos bajó á la calle de Segovia.

Abismada en sus pensamientos, iba tan de prisa, que apenas reparaba en las personas que de tarde en tarde pasaban á su lado.

Al dirigirse desde el Pretil de los Consejos á la calle de Segovia, observó un hombre que estaba agazapado detrás de un guarda-canton que María llevaba sortijas de gran valor y unas arracadas de brillantes.

Salió de su escondrijo, la fué siguiendo, y aprovechándose de la oscuridad, al llegar á la calle de Segovia se adelantó á pedirle una limosna.

—Dios le socorra, hermano, dijo María.

—Dios ya me socorrerá despues, dijo el tunante. Ahora quien va á socorrerme es su mercé.

Al oir aquella frase, se detuvo María atemorizada; pero serenándose, añadió:

—Ya le he dicho que Dios le socorra, hermano. Déjeme libre er paso, y siga su camino.

—Lleva su mercé unas arracás que me han gustado; con que ansina quíteselas su mercé en seguía, si no quiere que yo se las arranque.

## V.

María del Pópolo era de armas tomar.

Repuesta de la primera sorpresa, obedeciendo á un impulso natural en ella, se terció la mantilla, dió dos pasos atrás, y exclamó:

—Ven acá, mar ladron, atrévete á quitármelas.

El ratero no se asustó por eso; avanzó, é iba á llevar las manos al rostro de María para apoderarse de las joyas, cuando esta, dándole una senda bofetada que le paró, comenzó á gritar:

—¡Ladrones! ¡Ladrones!

—¡Maldecia sea tu vida! exclamó el ratero sacando una navaja, á la que iba á confiar su venganza.

Pero al mover el brazo sintió que una mano de hierro le sujetaba.

—¡Muerde el polvo, ladron! dijo un hombre, que era el que habia detenido su brazo, dejándole caer boca abajo y colocando la rodilla en su espalda.

Con la mano derecha dirigió una linterna sorda que llevaba al rostro de la mujer á quien el miserable queria robar, y asombrado al verla,

—¿Qué significa esto? exclamó. ¿Aquí la esposa de Pepe-Hillo?

Olvidando con la sorpresa al tuno á quien tenia sujeto, se levantó este, y aprovechando la ocasion apretó á correr.

María, recobrando la presencia de ánimo,

—¿Quién es ozté, que me conose? dijo á su salvador.

## VI.

El interlocutor colocó la linterna de manera que pudiera descubrir su rostro, y no tardó la esposa del torero en reconocer á Juan Picornel.

Este habia ido á su casa aprovechando la ausencia del duque de la Alcudia, y volvía á palacio, cuando al notar la escena que pasaba en la esquina de la calle de Segovia, apretó el paso para impedir el robo.

María refirió á Picornel el motivo que le habia obligado á salir de su casa y á andar á aquellas horas por calles tan solitarias.

Picornel tranquilizó á María.

Viendo en aquella ocasion un nuevo pretexto para volver á casa de Pepe-Hillo y adelantar en los planes que la popularidad de aquel hombre le habia inspirado, la acompañó á su casa, asegurándole que podia estar tranquila.

## VII.

Cuando María y Juan Picornel llegaron á la casa de la calle del Cármen, estaba la justicia indagando las

causas del motin que habia estallado aquella tarde en los alrededores de la morada del torero, y los alguaciles conducian á la Tullida y á Colilla á la cárcel de Côte.

Argolla, otro de los principales delincuentes, no parecia, y las personas que estaban en la calle aseguraban que no le habian visto salir.

Era, pues, necesario practicar un registro en toda la casa, y esto era precisamente lo que más temia Sir Guillermo, porque iba á descubrirse que estaban ocultas en su casa Cármen y su complaciente aya.

CAPITULO XXVII.

—Está de Dios que ha de ser ozté mi Proviensia, dijo Pepe-Hillo al ver llegar á Picornel en compañía de su esposa.

—¿Qué ocurre por aquí? preguntó Juan.

—¿Qué ha esé? Ná; lo que me habia tragao. Esos canayas que se yevan á la cárcel han querío hasé de la suya, y han obligao á mi probesita mujé á salí de su casa á deshoras, pa ve si podia atrapá en la ratonera á su Joseliyo. Pero ya hablaremos de eso después. Entra, mujé, entra en la casa y consuela á tus probesitos hijos, que están clamando por tí.

En cuanto á ozté, señó D. Juan, va ozté á hasernos un gran favó. Un hombre de las sercunstansias de ozté debe tener mano con la justisia.

—¿De qué se trata?

## II.

Llevándose el torero aparte á Picornel, en el mismo tramo de la escalera,

—Tenemos contrabando, le dijo, y es presiso salvarlo.

—¿Qué quiere Vd. decir?

—Ná; que presisamente se encuentra en este instante en casa de Sir Guiyermo, el estrangi aqué de quien hablé á ozté anoche, una donseya de lo más varí y retrechero que han visto los luseritos de la mañana. La probesita oyó isir que preparaban un gorpe de mano á su gaché, y... ¿qué habia de hasé? Sa venió enfilá, pro supuesto con su aya, poi que es una donseya honrá y de calía. Mas como la justisia anda buscando á ese tuno de Argoya, que la debia tené ar cueyo toa la via, daquí resurta que va á enterase de que la niña está en lo vedao. Y digo... flojo es el escándalo que se armará. Con que ansina es presiso que la justisia no pase é la puerta. Ahora está registrando en er soberao. De aquí á un ratiyo querrá registrá er cuarto del inglés.

—Tránquilicese Vd. Yo me encargo de evitar el escándalo que teme.

—¡Bien por los mosos cruos! Como que estoy contento de haber hecho conosensia con ozté. Vengan otra vé esos sinco. Yo laseguro que er primé toro marrajo que caiga por mi banda, lo descabeyo á la salú de ozté.

—Para obrar con mayor libertad, dijo Picornel, conviene que me deje Vd. solo.

—Ozté manda. Así comasí, tengo yo gana da veriguá dónde anda mi mujé al anochesío.

—Vaya Vd., sí, que así le contará la escena en que he tenido la suerte de figurar.

—¡Pus... y es verdá, que ozté ha venío con eya! ¡Mardesíos selos! Pensá que uná mujé con má pesqui que un toro con sentío ha podío dejarze yevá de las hablaurías de una bruja... Vaya; me páese que oigo ruio en la escalera. Ca cual á su puesto.

### III.

Entrando en la habitación se despidió de Juan Picornel, el cual llegó á la meseta del piso donde habitaba Sir Guillermo al mismo tiempo que el alcalde del cuartel, seguido de sus corchetes, llamaba á la puerta de la casa.

—Señor alcalde, dijo Juan Picornel, no sé si me conoce usía; pero por si acaso no es tanta mi suerte que me haya visto ucé en alguna parte antes de ahora, me atrevo á suplicarle que lea este papel.

Y sacando de una cartera de tafilete que llevaba en el bolsillo de la casaca un documento, lo entregó al representante de la autoridad.

Uno de los alguaciles acercó una linterna, porque ya era de noche y no habia luz en la escalera.

Apenas leyó el alcalde aquel papel, hizo una profunda reverencia á Juan, y dándole nada ménos que el tratamiento de usía,

—Disponga usía lo que que quiera; estoy á sus órdenes, dijo el alcalde.

IV.  
 Efecto tan milagroso se debia á la firma del primer secretario del Despacho de S. M. al pié de unas cuantas líneas, mandando á todas las autoridades que reconociesen en el portador de aquel escrito á su secretario particular, y que, por tanto, le respetasen y amparasen siempre que pidiera su auxilio.

—Lo que deseo primeramente, dijo Juan, es que cese Vd. en sus pesquisas. El malhechor á quien ustedes buscan no se halla aquí. Yo le conozco muy bien; es un taimado, y siempre que tiene que tomar parte en algún robo, logra desfigurarse y engañar á la justicia. Me consta positivamente que no se halla en la casa, y por otra parte, yo, que tengo el encargo de Su Excelencia, el señor duque, mi amo, de llevar á su palacio al habitante de esta casa para que en él sea respetado, necesito que se retire Vd. con los alguaciles, disponiendo antes que despejen la calle los curiosos que están aglomerados á la puerta.

—Inmediatamente serán obedecidas esas órdenes, dijo el alcalde renovando su cortesía. Complacer al señor duque y á los que tan dignamente le sirven, es en mí un deber al par que una satisfacción.

—Hágame Vd. el favor de decirme su nombre, añadió Picornel, para recomendarle al señor duque.

El alcalde se apresuró á sacar de un tarjetero de badana rayada una de aquellas tarjetas, tan en boga en aquella época, en la que aparecía un perro, símbolo de la fidelidad, llevando en la boca un peso, símbolo de la justicia, y al lado de esta figura se leía el nombre de Juan Gil Gómez, alcalde del cuartel de la Puerta del Sol.

## V.

## IV

La justicia abandonó la casa, despejó la calle, y Juan Picornel penetró en la habitación de Sir Guillermo.

Imposible es pintar la agitacion de que se hallaba poseida Cármen. En cuanto á su aya, preciso es confesar que doña Emerenciana, si no habia perdido el seso del todo, estaba á punto de perderle.

Picornel explicó á Sir Guillermo lo que acababa de hacer para evitar el escándalo que temian Cármen y su aya, y una y otra al oírle, pero sobre todo la última, prorumpieron en exclamaciones de gratitud, llegando doña Emerenciana hasta el punto de asegurarle que todo el resto de su vida, al rezar el rosario por las noches, dedicaria un Pater-Noster á la salud del alma de aquel inesperado protector.

Al saber que la calle estaba libre de curiosos, doña Emerenciana dijo á su educanda:

—Vamos; vámonos antes de que ocurran nuevas dificultades. Pretextaremos cualquier cosa para que su señor padre de Vd. no sospeche cuál ha sido nuestra con-

ducta. Le diremos... que yo me desmayé en la iglesia... En fin, ya inventaremos por el camino lo que le hemos de decir, y como engañar á un padre es un pecado de los más graves que pueden cometerse, en la próxima Pascua confesaremos nuestras culpas y cumpliremos la penitencia que nos imponga el confesor, pidiéndole que nos cargue la mano, porque bien merecemos todas las iras de su paternidad.

## VI.

Cármén manifestó los temores que le inspiraba la suerte de Sir Guillermo.

—Tranquilícese Vd., señorita, dijo Juan Picornel. Yo le respondo á Vd. de su vida. En este instante va á abandonar su casa, y con los objetos de más precio que tenga, para evitar la codicia de los malhechores, vendrá á instalarse al palacio del señor duque de la Alcudia, en donde será respetado y podrá permanecer hasta que, satisfecho el espíritu público con las victorias que de un momento á otro nos anunciarán los correos, pueda salir libremente y conseguir la ventura que ambiciona, ventura que no se necesita ser muy lince para comprender desde luego que es el afecto de una jóven tan bella, tan modesta y tan angelical como Vd.

Cármén sintió que el rubor quemaba sus mejillas, pero no pudo ménos de dirigir una mirada al galante caballero que tan sentidos requiebros la prodigaba.

Era la primera vez que se oía llamar hermosa.

Sir Guillermo, prendado de su belleza, no se habia atrevido á tener con ella más expansion que la necesaria para manifestarle el amor que sentia hácia ella.

No supo qué decir, y su aya, no ménos agradecida que Cármen,

—Vamos, hija mia, exclamó; conteste Vd. algo á la galantería de este caballero.

—Y ¿qué he de contestar? dijo Cármen. Que ha sembrado en mi alma la gratitud y que jamás olvidaré los beneficios que le debo.

—Muy bien dicho; eso se llama tener un piquito de oro, añadió doña Emerenciana. Pero no nos detengamos, porque es muy tarde y el señor padre de Vd. estará con cuidado.

Se despidieron; abandonaron con el mayor recato la casa, y al llegar á la suya supieron con asombro y con temor que D. Torcuato, cansado de esperarlas, habia salido en su busca poseido de una agitacion y un furor que hacian presentir una espantosa tormenta en aquella casa.

Picornel acompañó á Sir Guillermo al palacio de Godoy, le instaló en un aposento próximo al suyo, y al dia siguiente partió para Aranjuez, llamado á un mismo tiempo por Godoy y por la Matallana.

## CAPITULO XXVIII.

—Y ¿qué he de coo. Patriotismo. Que ha sem-

—Muy bien dicho; eso se llama tener un punto de

Impulsado por los deseos de seguir en todos los sucesos á los personajes que he dado á conocer, no he podido todavía dar una idea completa del patriótico entusiasmo que reinaba en España, y como el principal objeto de este libro es explicar la causa de que un pueblo ignorante, supersticioso, fanático y dominado por una loca afición á las corridas de toros, pudiera llegar á ser en breve tiempo el pueblo heróico de la guerra de la Independencia, necesito, siquiera sea abriendo un paréntesis, mostrar las semillas que en 1793 arrojaron los súbditos de Carlos IV para comprender mejor los frutos, dolorosos, pero sublimes, que desde 1808 á 1814 logró recoger la gloria nacional, de los súbditos de Fernando VII.

No hay duda de que las teorías que, como otras tantas flores, han adornado el árbol de la revolucion, cuyo tronco ha extendido sus ramas desde Francia á to-

das las naciones de Europa, son muy bellas y muy fascinadoras.

Todos esos derechos que se han regalado al hombre encantan, pero también aquel absolutismo que nos presentan hoy rodeado de cadenas, de hogueras, de suplicios y de otra multitud de objetos de los que constituyen el tesoro de las guardaropías teatrales, tenía algo de bueno.

## II.

Quizás yo me equivoco, pero entre las pragmáticas, las leyes y ordenanzas promulgadas en tiempo de Carlos III, repetidas y ampliadas en el de su hijo Carlos IV, cuyo espíritu estaba fundado en un sentimiento de amor á los vasallos y que eran además cumplidas y respetadas por todo el mundo, y el magnífico, bello y musical título de la novísima Constitución que nos rige, que garantiza los derechos individuales, pero que no es un obstáculo para que estén las cárceles llenas de prisioneros, cuyo único delito es no pensar como piensa el gobierno, prefiero aquella obra, producto de las tinieblas, del caos, del resplandor siniestro de las hogueras, á estos engendros que ilumina la luz de un gas no muy claro, y eso, dicho sea entre paréntesis, porque las atenciones del municipio apenas le permiten cumplir como es debido con los fabricantes de esta luz.

## III.

Pero como no basta hablar, sino que es necesario probar lo que se habla, voy á reproducir, para desvirtuar un poco la fantasmagórica opinion de algunos respecto á la época en que tenían lugar los sucesos que voy narrando, la real orden que en 4 de Febrero de 1793, en la cual un rey de aquellos absolutos, tiránicos, poco ménos que bebedores de la sangre de sus pueblos, excitaba, como verá el lector, el patriotismo de los españoles con sencillez, con humildad, con afecto entrañable, en los siguientes términos:

«Queriendo el Rey nuestro señor, decia, no gravar á sus fieles vasallos separando de la agricultura y artes los brazos útiles, y siéndole preciso aumentar su ejército por causas justas y necesarias, ha resuelto su majestad que se dé facultad á las justicias de cada pueblo en sus dominios para que, convocando con el cura del territorio á la vecindad de su jurisdiccion, pregunte quiénes (de los que sean aptos para el servicio) querrán emplearse en él voluntariamente, y por el tiempo que les sea posible, para no sustraerlos de los útiles trabajos de sus labores: prefiriendo S. M. este medio suave, propio de la confianza y amor que le merecen sus vasallos, á la forma y método con que esta operacion ha solido antes de ahora practicarse, y esperando que las justicias y párrocos, igualmente que los mismos vecinos, se conducirán en este asunto importantísimo

al servicio de S. M. y al bien general de sus pueblos con el cuidado y esmero que su amor y lealtad les inspirarán para elegir discretamente entre los que quieran servir y destinarlos á los diferentes cuerpos en que puedan ser útiles, pues los que por la talla ú otras circunstancias no sean buenos para uno, podrán ser á propósito para otro. Lo participo á V. E. de orden de S. M. para que el Consejo la circule á las Chancillerías, Audiencias, capitanes generales, gobernadores, corregidores y justicias, á fin de que la trasladen á los pueblos de su jurisdiccion y reciban de ellos las nóminas de los voluntarios, que reunirán en su capital hasta que puedan dirigirlos á los parajes á que se destinen, segun les prevendrá (cuando den parte de su reunion por el ministerio de la Guerra), acompañados de dos ó más oficiales prudentes é instruidos, con los cabos y sargentos que crean convenientes para la distribucion y cuidado de sus alojamientos y utensilios en el tiempo de su marcha.»

## IV.

A este llamamiento respondió España entera con un entusiasmo que, aunque despues le eclipsó con mucho el amor á la independenciam que se desarrolló en los españoles, sin embargo, no debe pasar desapercibido, porque hace el elogio de nuestros antepásados y manifiesta que el sentimiento de la justicia y el amor al trono eran los timbres más gloriosos de aquella época.

Podría llenar muchas páginas para referir los rasgos de generosidad, los donativos que todas las clases de la sociedad hacían al rey, acudiendo á las necesidades del ejército, ambicionando todos que las tropas de España castigaran á los revolucionarios franceses por haberse atrevido á derramar la sangre de su rey en el patíbulo.

Pero aunque distraiga un tanto la atención del lector de la narración novelesca; aunque escriba algunas páginas de esas que pasan por alto las amables lectoras, resuelto como estoy á consignar en este libro algunos hechos particulares que forman las páginas más honrosas del patriotismo de nuestros abuelos, deseo exponer algunos rasgos que den á conocer este patriotismo en aquellos momentos críticos.

V.

Hé aquí una lista de las ofertas hechas á S. M.:

«Torremocha (Extremadura): una onza de oro á cada vecino que se aliste para la guerra.

Sevilla: dos regimientos de caballería.

D. Alejandro Vallejo: pagar los gastos y manutención de cinco fusileros mientras durase la lucha.

Marqués de Villapanés, de Jerez de la Frontera: su persona y caudales para la defensa del baluarte de San Antonio de Cádiz, ó para cualquier otro servicio.

D. Luis Alonso Moreno, subteniente de milicias provinciales de Cuenca, en Pedro Muñoz: cuatro hijos que

le quedan, pues el mayor sirve hace años y está en la frontera de Francia.

El general de la Orden de San Juan de Dios, en Madrid: todos los religiosos que puedan servir de médicos, cirujanos y practicantes (excepto los muy precisos para los hospitales de los conventos) para asistir á los enfermos y curar heridos en los ejércitos y armada, costean-do la Orden sus viajes y su manutencion mientras estén sirviendo.

D. Juan Barber, vicario de la parroquial de Campanar, extramuros de Valencia: 3.000 rs., que es cuanto tiene, y servir de capellan en el ejército ó en la armada.

D. Ignacio Primo y Mateo, en Badajoz: su persona para las armas y sus fincas y bienes, que regula en un millon.

Salvador Lopez y Pedro Navarro, maestros zapateros en Chinchilla: un par de zapatos á cada recluta del pueblo que se aliste.

D. José Mozo, en Palencia: 400 fanegas de trigo.

D. Francisco Barberá, médico de Caudete: su persona con sus seis hijos.

D. Alfonso Lopez de Artieda, de Egea de los Caballeros: su persona é intereses, con 400 cabezas de ganado vacuno para el ejército.

El obispo de Badajoz: todas sus facultades y las de su mitra.

Marquesa de San Juan, en Aranjuez: todas las rentas de sus mayorazgos.

Duque de Medinaceli, en Aranjuez: un regimiento de infantería á su costa.

Conde de San Genois, en Madrid: 100.000 rs. en efectivo, y todos los réditos que le pertenecen de sus encomiendas, mientras dure la guerra.

Duque del Arco, de Madrid: dos millones de reales en efectivo. (¡Aquellos si que eran grandes de España!)

La villa de Almendral: 2.500 fanegas de trigo, ó su valor, para las presentes urgencias.

El cuerpo de montañeses, dueños de tiendas de comestibles y tabernas de Cádiz: 36.000 rs. anuales durante la guerra para la manutencion diaria de 25 soldados.

Conde de Castro-Terreño, Aranjuez: medio millon de reales, y una vajilla de plata.

Manuel Eusebio Dávila, de Carabanchel: 410 panes anuales por tres años.

El E. S. Arzobispo y Cabildo de la metropolitana de Valencia: sus personas, bienes y rentas, y tambien toda la plata y alhajas de aquella iglesia, segun la necesidad ó urgencia del Estado.

Domingo Diaz, vecino de la villa de Muros, concejo de Pravia, Astúrias, residente en Madrid como mozo de cuerda: una casa que le pertenece en el término que se titula de Cazquera, la cual ha servido ya para cuartel, á fin de que se emplee con el mismo objeto ú otro que sea del real agrado.

El gremio de pasteleros de Madrid: 2.500 rs. anuales entregados anticipadamente.

(Los pasteleros de entonces no eran como los de hoy.)

D. Vicente Rey, escribiente memorialista en Madrid: su persona y 2 rs. diarios para mantener un soldado.

D. Francisco Bobadilla, señor de la villa de Villamuelas: todas las fanegas de trigo que en dicho señorío le pagan de arrendamiento al año, durante las presentes urgencias.

La Excm. señora princesa Pio: levantar y mantener una compañía de 75 hombres.

Las pobres niñas de los barrios de la Comadre, San Justo, Santiago, los Angeles, Descalzas Reales, Rosario y Monserrat, asistentes á las escuelas gratuitas de Madrid: coser para el ejército y armada cuantas camisas se las envíe.

El obispo de Orihuela: sus bienes, gratificar cuantos se alisten en sus diócesis y socorrer á las familias necesitadas de los ausentes.

D. Gabriel Gallo Diaz Calvo, caballero limeño, residente en Madrid: 20.000 rs. anuales, anticipando la entrega.

D. Tomás Martin Benito, maestro relojero de Madrid: 1.000 rs. de una vez.

D. Juan Fernandez de Córdoba y Barradas, de Loja: 3.000 rs. al año, y 2.000 piés de encina para la construcción de buques.

D. Bernardo Blanco Dao, de Daimiel: 2 rs. diarios de 6 que goza de sueldo.

D. Francisco Jimenez Perez, vecino de Cádiz: 25 ca-

ñones, los 22 del calibre de á 8, y los 3 restantes retacos.

El comercio de cargadores de Indias de Cádiz: 20 millones de reales.

El consulado y comercio de Sevilla: 2 millones de reales.

D. José de Maquivar Mollinedo, de Murviedro: 6.000 cántaras de vino.

Los fabricantes de paños de Segovia: 30.000 rs. anuales durante la guerra.

El arzobispo de Granada: 200.000 rs. de su patrimonio, y además todas las rentas de su arzobispado.

La villa y consulado de Bilbao: 2 millones de reales.

La justicia y ayuntamiento de Santa Cruz de la Zarza y Ocaña: 60.000 rs. de los caudales de su pósito, y además la mitad de sus propios por espacio de ocho años.

El capitán de navío D. Francisco de Jovellanos, profesor de matemáticas en Gijón: 2.000 codos de madera de construcción para navíos ó fragatas.

Doña Joaquina Pardo, de Córdoba: servir en el ejército, aunque no lleve otro destino que el de asistir á los enfermos.

Francisco Rivas, Nicolás Lopez y Gabriel Perez, vecinos de esta córte, oficiales de albañil: tres hombres armados y vestidos á su costa.

El cuerpo del comercio de Valencia: una compañía de granaderos armada y vestida á su costa, manteniéndose

la por cuatro años, y más si fuese necesario, compuesta de 101 plazas.»

La lista sería interminable, y aunque parezca ociosa la reproducción de alguna de las ofertas que acabo de hacer, la verdad es que halaga al sentimiento español recordar aquellos rasgos, que confundían en un solo y noble sentimiento al rico y al pobre, al prelado y al humilde cura, al funcionario y al menestral.

Nunca más oportunos que ahora estos recuerdos de nuestro pasado patriotismo.

## CAPITULO XXIX

### El siglo XVIII.

Las breves indicaciones que he apuntado de los sacrificios que hacia gustoso el pueblo español para auxiliar á su rey en la noble empresa que habia acometido, dan una idea, si no completa aproximada, de las buenas semillas que el gran rey Cárlos III habia sembrado en el corazon de sus vasallos.

A pesar de los esfuerzos hechos por los regalistas que servian á aquel buen rey, estaba profundamente arraigado en el pueblo español el sentimiento religioso, y preciso es confesarlo, sin desconocer por eso el perjuicio del fanatismo, ese sentimiento religioso fué en España el origen de la gloria que alcanzaron nuestros padres y nuestros abuelos en las guerras titánicas sostenidas contra los franceses.

Al mismo tiempo que la fé religiosa, estaba arraigado en el corazon de todas las clases de la sociedad, y especialmente en las más bajas, el amor al trono.

¡Aquel sí que era el verdadero rey democrático!

¡Aquel rey á quien acabo de nombrar sí que era el modelo acabado del hombre de bien, del soberano ilustrado, del magistrado paternal!

La religion y el rey debian inspirar el amor á la patria, y hé aquí por qué desde aquella época brilla en la verdadera bandera española el glorioso lema de «Dios, Patria y Rey,» que, digan lo que quieran los adversarios del partido que todavía conserva estas palabras en su credo político, no solo no son un antítesis á las que expresan el sentimiento de «Libertad, Igualdad y Fraternidad,» sino que, en mi opinion, ni aquellas pueden dar saludables frutos sin estas, ni estas sin aquellas.

## II.

Pero toda esta declaracion solo sirve para explicar cómo se habia operado aquella trasformacion en el de ordinario pacífico y acompasado pueblo español; cómo á la tranquilidad metódica habia sucedido el movimiento febril, y cómo, por fin, en un momento, cómo por encanto todas las fuerzas de la nacion habian corrido á unirse y á dar más energía y valimiento á la voluntad del soberano, suma de las voluntades, emblema de la patria, objeto del amor de todos sus vasallos.

Y por más que tenga que abusar de la paciencia del lector, como más que una historia novelesca me propongo tratar una série de cuadros de una época gloriosa para España, como quiero separar el oro de la escoria, necesito, y en breves líneas voy á hacerlo,

explicar al lector cuál era la situación de espíritu de la mayor parte de los españoles en los momentos en que, desencadenándose la tempestad revolucionaria al otro lado de los Pirineos, subía al cadalso Luis XVI, y poseído de indignación Carlos IV, declaró la guerra á la república francesa.

### III.

Cualquiera que en los primeros días del año de 1793 hubiera llegado á la corte de España, sobre todo viniendo de la agitada Francia, hubiera exclamado:

—Por fuerza me he equivocado de rumbo. ¡Esto no es una nación, es una Arcadia!

Hallándose reducido el círculo de la política al estrecho recinto, no del palacio, sino de las habitaciones del rey, no disputándose su influencia en la marcha de los acontecimientos más que tres personas (el conde de Floridablanca, el conde de Aranda y el favorito de los reyes, Godoy), puede decirse que la vida política era desconocida.

Ocupábanse las mujeres en el arreglo de sus casas, en el cuidado de sus esposos, en el aseo de sus hijos.

Consagraban una gran parte de su inteligencia y de su meditación á las prácticas religiosas, y un paseo tranquilo al prado de San Fermin, á San Antonio de la Florida, á la Alameda de los Melancólicos, á la Fuente de la Teja ó á la Virgen del Puerto, á presenciar las expansiones de los astures y gallegos, constituían para

aquellas sencillas familias un verdadero placer, una alegría inmensa.

## IV.

Los hombres vivían dedicados á sus faenas; empleaban, como he indicado ya, con arreglo á su posición y jerarquía, más ó ménos tiempo en su aseo y tocado, y el objeto de las conversaciones solía versar sobre el sermón predicado por tal ó cual padre; sobre las diferencias que existían entre los Jerónimos y los Dominicos, entre los Carmelitas descalzos ó calzados.

Las comedias y las funciones de toros preocupaban á unos cuantos.

Otros se santiguaban al hablar de espectáculos, y ni querían pasar por los alrededores de los corrales, temerosos de tropezar con el diablo en persona, y los más ilustrados, las verdaderas notabilidades de la época, convirtiendo en academia las gradas de San Felipe ó las trastiendas de las librerías, disertaban, amenizando sus discursos con frases en griego, en latín y en hebreo, para comentar la noticia de un suceso acaecido dos ó tres meses antes en San Petersburgo ó en Viena, noticia que con la rapidez enunciada regalaba á sus suscritores la *Gaceta de Madrid*.

Y era de ver con qué entusiasmo, con qué fé, con qué vehemencia se ocupaban nuestros respetables abuelos de los acontecimientos europeos á los tres ó cuatro meses de haber sucedido.

## V.

Permitame el lector, en confianza, un instante siquiera de expansion.

Califíqueme si quiere de reaccionario; pero cuando comparo la agitada vida del siglo XIX, de la época que atravesamos; cuando veo el telégrafo y el ferro-carril transmitirnos en breves horas las noticias más importantes y trascendentales; cuando asisto á este continuo ataque de nervios que es la fórmula de nuestra sociedad, y encuentro al agente de negocios que sale de su casa con ánimo de despachar en breves instantes treinta ó cuarenta asuntos; en una palabra, cuando percibo la fiebre que nos domina y la comparo con la dulcísima tranquilidad, con el reposado movimiento, con la acompasada marcha que era la fórmula de la sociedad del siglo pasado, envidio á aquellos hombres, y aun cuando admiro el progreso de nuestro siglo, aunque prefiero el cómodo wagon á la martirizadora mula de alquiler; la ancha, cómoda, limpia y regada calle, á la estrecha, desigual y hedionda que obligaba á nuestros abuelos á andar á saltos y á pasear por la noche con linterna, no puedo ménos de creer que hemos jugado al gana-pierde.

Pero estas observaciones son officiosas; puesto que el lector no me pregunta mi opinion ni le hace falta saberla para nada, me limitaré á exponer lo que conviene á mi propósito.

## VI.

Decía que si á principios de 1793 hubiera llegado un observador á España y le hubieran asegurado que tres meses despues las gentes á quienes veía casi soñolientas habian de despertarse y correr á las fronteras á castigar el atentado cometido por los franceses, no lo hubiera creído.

Madrid estaba en aquellos momentos preocupado; pero no así como se quiera, sino por completo. ¿De qué, dirán los lectores?

De la ascension de un globo.

Habíase asegurado que un capitán, de origen italiano, llamado D. Vicente Lunardi, se habia presentado á SS. MM. y obtenido su vénia para hacer un viaje por el aire.

Y en aquellos tiempos en que la credulidad era patrimonio hasta de los filósofos más avanzados; en aquella época en la que, segun la frase vulgar, no faltaba persona que creyera que un buey volaba, si así se lo decía una persona de autoridad, la idea de que hubiera un mortal capaz de elevarse en el aire producía el mismo efecto, ¿qué el mismo? mucho más que el que produciría entre nosotros la noticia de la caída de una dinastía ó de cualquier otro de esos acontecimientos á que nos tiene acostumbrados el siglo XIX.

## VII.

Unos calificaban de brujo al capitan; otros le tenían por el hombre más sábio de la tierra; otros, los más maliciosos, que en todos tiempos los ha habido, exclamaban:

—A mí no me la pega; pondrá en el globo un muñeco y él se esconderá. De lo contrario, ¿quién es capaz de andar por el aire?

No faltaban sábios, como aquellos de que tan admirable modelo nos ha dejado Moratin en su *D. Hermógenes*, que aprovechasen la ocasion de exhibir su pedantería explicando la teoría de los globos, citando todos los autores que en la química y en la física habian hecho adelantos, y logrando que, aunque les escuchasen con la boca abierta, nadie entendiese una palabra de lo que decian.

El hecho es que todo el mundo daba importancia á aquel suceso; que no se hablaba de otra cosa en Madrid, y que gran importancia debia tener cuando, al fin y al cabo, para calmar la ansiedad pública, se creyó en la necesidad el muy ilustre Corregidor de Madrid de publicar en la *Gaceta* y en el *Diario* el siguiente bando, que pintará mejor que yo la situacion de espíritu, la angélica beatitud de nuestros abuelos.

## VIII.

El día 8 de Enero apareció esta alocucion:

«D. Juan de Morales Guzman y Tobar, Corregidor de esta villa de Madrid, intendente de su provincia y de la Regalía de Casa de Aposento de Córte, superintendente general de sisas reales y municipales, etc., etc.

»El Rey nuestro señor (Q. D. G.) se ha servido resolver que en el día de hoy mártes, á las once de su mañana, se eleve el globo que se halla en la plaza de Palacio; y para precaver las contingencias y desórdenes que suelen causar el gentío y confusion de los coches: mando en su real nombre que se atajen con palenques ó vallas las calles y avenidas de dicha plaza, para que ninguno cruce ni atraviese, excepto los de los señores ministros, jefes y demás personas de real servidumbre, con prevencion á los cocheros, que luego que dejen á sus amos, se retiren á los parajes más inmediatos y de mayor anchura, formando filas, y dejando libre el tránsito de las gentes de á pié. Al mismo tiempo se encarga á todos los vecinos y moradores de las inmediaciones no permitan salir á los tejados muchachos, ni otras personas, como tampoco el que las mujeres entren en el recinto con niños en los brazos, ni pequeños de la mano, ni los hombres con palos para evitar los riesgos que semejante tolerancia suele ocasionar.—Madrid 7 de Enero de 1793.»

## IX.

Ya ven los lectores qué importancia se daba á la ascension del globo, y qué interés tan paternal inspiraba al rey el deseo de evitar riesgos á sus leales vasallos.

Pero no basta esto; quiero, por el colorido que tiene, para inspirar envidia á los que viven hoy tan agitados, regalarles la reseña de la ascension del capitan Lunardi.

Seguro estoy de que, aunque guste á algunos el cuadro que con auxilio de tan verídicos documentos voy trazando para dar á conocer perfectamente la época en que sucedian los acontecimientos de mi historia, desagradará á otros, y sin embargo, si consideran lo cándido, lo inocente, lo hermoso del entretenimiento que absorbía la atencion de los madrileños y hasta de sus reyes, no podrian ménos de perdonarme.

Un verdadero y cumplido expediente constituye la tal ascension del Sr. Lunardi

## X.

«A consecuencia de lo prevenido al público anteriormente, decia el *Diario* en su parte oficial, y despues de trasladado el aparato químico y todo lo demás necesario á la plaza de Palacio, estando todo dispuesto para el vuelo aéreo, bajo el cuidado y direccion del Excmo. señor duque de la Roca, se trasladó en la noche del 7 el globo al sitio del Buen Retiro, y aunque todo estaba pron-

to para empezar á llenarlo de gas á las seis de la mañana á efecto de que estuviese en estado de partir á las once, que era la hora señalada por S. M., el sumo frio de la madrugada heló de tal modo toda el agua que habia en las cubas y baños, y tambien el mismo globo, sin embargo de las precauciones tomadas con este, pues se tuvo tapado con tapices toda la noche, que fué imposible empezar á llenarlo hasta poco antes de las ocho, en que más templada la atmósfera, con la entrada del dia, facilitó, no sin trabajo, y sin el riesgo de que se rasgase el tafetan del globo, como hubiera sucedido si se hubiese desplegado más temprano.

Se comenzó la operacion, que siguió con mucho progreso; habiéndose conseguido la extraccion del gas por medio del ácido vitriólico y limaduras de hierro, usándose setenta y dos cubas de que constaba el aparato.

Por aquella causa impensada no se verificó que estuviese todo dispuesto y pronto, sin embargo de la notoria actividad de dicho Excmo. señor duque de la Roça, hasta las doce y cuarto.

Habia un concurso numeroso de todas clases en la plaza de Palacio, balcones de este y de todas las inmediaciones, como asimismo en los paseos inmediatos, que estaban esperando ser testigos de este magnífico espectáculo.

La tropa de Reales Guardias Españolas y Walonas habia formado un cordon desde el aparato químico y armazon de madera donde se llenó el globo hasta las puertas de Palacio, por ambos lados, dejando el ámbito

suficiente para trasladar el globo de una parte á otra, el cual estuvo desembarazado, habiendo quedado lo demás de la plaza para que lo ocupase el numeroso concurso que asistió á esta funcion pública.

Enterado el Excmo. señor duque de la Roca de la causa natural que habia atrasado el progreso de este experimento, pasó oportunamente á ponerlo en noticia de S. M., con la prevencion de que hasta las doce y media no podria estar el globo en disposicion de volar.

SS. MM. se dignaron dar tiempo á que se completase todo el preparativo, y á la hora indicada volvió Su Excelencia con noticia de que todo estaba pronto; en efecto, SS. MM. y AA. tuvieron la bondad de salir á los balcones de Palacio, acompañados de toda la servidumbre.

Inmediatamente pasó el capitán Lunardi, acompañado de S. E., llevando aquel el globo solo de una mano desde el paraje en que se habia llenado y dispuesto, hasta situarle delante del balcon principal donde se hallaban SS. MM., sin necesitar de otras personas que por medio de cuerdas lo condujesen, como se hace regularmente; en esta disposicion entró el aereonauta en la barquilla ligera, en que subió cuando el primer vuelo, la cual se hallaba adaptada al globo de antemano; y cuando tomó la vénia de S. M., el Excmo. señor duque de la Roca mandó á Lunardi que partiese, el cual soltó el lastre suficiente para elevarse en los aires, y con su natural presencia de ánimo (que es lo que hace con él más interesante este experimento) comenzó á subir,

yendo de pié, y dejando caer una bandera al tiempo de ir á pasar por delante de SS. MM., la cual quedó colgada de la barquilla, y representaba un escudo real.

Toda la máquina subió con pausa hasta pasar toda la altura de palacio, de modo que defraudaba á SS. MM. y AA. de la vista de este espectáculo, con cuyo motivo se retiraron para observarlo desde otra parte; pero como el aire constante que regia era del Nordeste, volvió el globo delante de la fachada principal é impedido del impulso del viento siguió la direccion que recibió sesgando por Madrid, en donde se vió de todas partes, habiéndose desaparecido antes de un cuarto de hora á efecto de la poca elevacion que tomó, porque el aereonauta lo dispuso de manera á no ascender tanto como en el primer vuelo, deseando hacer más perceptible á los espectadores la totalidad de la máquina habiéndose dignado los reyes nuestros señores, que salieron de nuevo á la fachada principal, observarlo hasta que se perdió enteramente de vista, mostrando durante el espectáculo mucha satisfaccion.

Antes de subir habia colocado en la barquilla un termómetro y un barómetro arreglados, como tambien una brújula y botellas llenas de agua, todo con ánimo de hacer en los aires observaciones relativas á los diversos temperamentos de las partes de la atmosfera, á la elevacion ó descenso del barómetro que indica la altura á que habrá subido, y á los rumbos que le habrán designado las corrientes del aire, trayendo por especial comision de S. E. una botella del aire superior.

Asímismo llevó dos áncoras, lastre de talegos de arena y pesas de hierro, dos pistolas que disparó en el aire poco despues de haberse despedido con el sombrero, que arrojó cuando se hallaba encima del trozo nuevo de palacio, en señal de que iba bien.

El globo representaba una zona que rodeaba su ecuador, ó con medio, la cual se desplegó á cierta altura, quedando trasformada toda la máquina por una parte en portier ó templo, que coronaba el hemisferio superior del globo, y que lo presentaba como una rotunda, y por otra presentando un jardin, habiéndose observado todo este espectáculo con anteojos, por medio de los cuales se hacian muy visibles.

Hoy solo podemos anunciar al público del progreso de este célebre viaje aéreo, que á las dos de la tarde, poco más ó ménos, llegó á caer en Pozuelo del Monte del Tajo, siete leguas distante de esta córte, donde dejó al cura del pueblo dos pesas del lastre que llevaba, con el cargo de que las guardase hasta que se le pidiesen, y juntamente le entregó una carta para S. E. que se remitió por propio, el cual llegó á Madrid á las nueve y media de la noche; despues se volvió á elevar con nueva fuerza, y estuvo en el aire hasta las cuatro de la tarde, que volvió á bajar en la Cañada larga, término de la Fuente, y por último se remontó otra vez desde este último paraje, y al fin del tercer vuelo fué á parar cerca de la Villa de Horcajo, provincia de la Mancha.

## XI.

No solo daba el *Diario* cuenta de la ascension en los términos que he reproducido, sino que copiaba además dos cartas de Lunardi, y añadía para satisfaccion de la posteridad, el precioso dato de que habian sido escritas con lápiz.

El capitán era tambien hombre de conciencia puesto que donde quiera que llegaba exigia testimonio de escribano, que tenia buen cuidado de enviar al gobierno de S. M. para que no le tuvieran por un embaucador.

No puedo renunciar al gusto de reproducir uno de estos testimonios.

Hélo aquí:

«Julian Ponce de Leon, escribano Real público, vecino y del ayuntamiento de esta villa de Horcajo, provincia de la Mancha, en el partido de Ocaña: Certifico y doy fé por testimonio, que habiéndose divisado la tarde de este dia, hácia la parte del Norte, un globo aereostático, acudieron varias personas, y á la hora de las cinco y media, y obscurecer de dicho dia, entró en esta propia villa, dirigido por el capitán D. Vicente Lunardi, sin la más leve lesion, y en una de sus plazas titulada la del Cármen, se apeó de su asiento, y con la mayor lentitud le detuvo, y desinflamó á vista de la Real justicia, ayuntamiento, párroco, clero, y demás personas de ambos sexos, que todos le victorearon con mil vivas, en elogio de tan impensado lauro; y por el

mismo caballero párroco se dispuso un repique general de campanas, y se alojó al mismo capitán director en las casas propias del señor alcalde, por su estado noble, D. Juan Sebastian de Haro y Lodeña, donde permanece obsequiado de todas las primeras personas de dicho pueblo; y para que así conste, á pedimento del referido capitán director, y decreto judicial, estampo este que signo y firmo en esta citada de Horcajo á 8 de Enero y hora de las nueve de la noche de 1793. Habilitando dicho señor juez este papel por no haberlo en la Dataría del sello de este año.—Firma.—D. Juan Sebastian de Haro y Lodeña.—Julian Ponce de Leon.»

¿Puede darse mayor formalidad?

## XII.

Pues aun hubo más, es decir, hubo un poeta... macarrónico, eso sí, pero poeta, que dedicó las siguientes décimas á celebrar la ascension del capitán Lunardi:

Tan majestuoso tu ascenso,  
héroe aereonauta ha sido,  
que á un Carlos IV has tenido  
regocijado y suspenso:  
fué el aplauso tan inmenso  
del pueblo, al verte en el vuelo,  
que entre tanto con gran celo  
dijo un sencillo serrano:  
«Téngale Dios de su mano,  
que se va derecho al cielo.»

Logras tal serenidad  
 de piés puesto en tu recinto,  
 que el peligro haces sucinto  
 mandando tu habilidad:  
 desprendes por voluntad  
 de tu cabeza el cobijo,  
 y al mirarlo un patan, dijo:  
 «No cogiera yo el sombrero,  
 porque ese hombre es hechicero,  
 si es que del diablo no es hijo.»

Disparas allá en la altura  
 dos pistolas con destreza  
 porque adviertan tu entereza,  
 ¡oh heroica criatura!  
 libre estás de la censura  
 pues gran valor haces ver;  
 un cacique de Añobér  
 dijo: «Es hombre singular;  
 si va á dar á mi lugar,  
 malparirá mi mujer.»

## XIII.

Lástima grande es que la posteridad no pueda saber el nombre de este tan ramplon poeta como entusiasta panegirista del capitán aereonauta.

Pero, en fin, basta ya con lo dicho para que comprenda el lector toda la trascendencia del entusiasmo por la guerra que se había despertado en España dado el ejemplo que hemos visto y la seráfica situación de espíritu en que se hallaban los españoles.

Cerremos, pues, este paréntesis para proseguir nuestra historia.

## CAPITULO XXX.

### Los conspiradores.

#### I.

Han pasado ocho dias desde el conato de sedicion promovido por la Tullida y su cómplice Colilla, y sofocado por Pepe-Hillo.

Los reyes han regresado de Aranjuez y han sido acogidos por sus leales vasallos.

Las hostilidades se han roto en la frontera, y unos á otros se cuentan todos los lances de los primeros combates que la *Gaceta* ha publicado en partes oficiales, y que algunos de los oficiales del ejército han referido á sus familias y á sus amigos en preciosas cartas.

Pepe-Hillo ha tenido ya dos ó tres entrevistas con el padre guardian del convento de San Francisco, y aunque sintiéndolo en extremo por ser hombre veraz, de acuerdo con su esposa ha desorientado á fray Meliton, demostrándole que la niña que tienen prohijada no es la que inspira á Su Paternidad tantos deseos de saber su origen.

Continúan las intrigas de Pedro Romero para que en la corrida de toros con que ha de inaugurarse la temporada reemplacen sus hermanos á Pepe-Hillo.

Pero nada de esto nos interesa por ahora.

## II.

Nuestro famoso diestro gestiona por su parte para que no se menoscabe el derecho que tiene á trabajar en beneficio de sus compatriotas, y la Matallana conseguia á menudo amistosas entrevistas con Juan Picornel, el cual por su parte desempeña á las mil maravillas, sin comprometerse en lo más mínimo, el papel de secretario particular del duque de la Alcudia y de agente secreto de la camarista de la reina.

Tiempo tendremos de asistir á las intrigas que se fraguaban en palacio.

Ya penetraremos en aquella morada régia y conoceremos las misteriosas escenas con que entretenian sus ócios la mayor parte de los moradores, mientras que en la frontera derramaban su sangre por la patria los heroicos soldados.

Ahora voy á conducir á mis lectores, si no lo llevan á mal, á la casa de la calle de Segovia donde vivia José Lax y donde los republicanos asociados á Juan Picornel celebraban sus sesiones.

## III.

Lax habia recibido la visita de un emisario de Robespierre.

El célebre revolucionario francés enviaba á sus agentes en España una cantidad crecida de dinero y apremiantes instrucciones para que, activando sus trabajos, promoviesen en España una insurreccion que inutilizase los esfuerzos del ejército.

La república francesa, irguiéndose amenazadora sobre el cadalso de Luis XVI, habia conmovido á todos los soberanos de Europa.

Temerosos todos de que el mal ejemplo pudiera propagarse á sus Estados, oyendo la voz de su conciencia, que les acusaba de algunas injusticias, necesitaban á toda costa, al mismo tiempo que acceder á los legitimos deseos de sus pueblos oprimidos, contrarestrar la propaganda de los revolucionarios franceses y oponer á la invasion de sus doctrinas numerosos ejércitos que castigasen á los regicidas y aniquilasen su obra.

A pesar de la actividad que se habia apoderado del francés; á pesar del gran número de voluntarios que se alistaban en la bandera de la república, no bastaban las fuerzas de que disponia la Convencion para contrarestar el empuje de las naciones europeas, y tenian necesidad los convencionales de recurrir á medios subrecticios, á intrigas misteriosas para encender la tea de la discordia en el seno de las naciones enemigas, y equi-

librar de esta manera sus fuerzas con las de sus adversarios.

Por esta razón, Robespierre, que tenía á su cargo los asuntos de España, enviaba á sus amigos Lax y Picornel una crecida cantidad de dinero é instrucciones terminantes para que estorbasen á toda costa el alistamiento de voluntarios, para que despertasen la indignación del pueblo contra el favorito de los reyes, que les habia aconsejado la guerra, y para que, minando el trono y enseñando al pueblo las ideas de libertad, de igualdad y de fraternidad, que habian servido de base á la revolucion francesa, inutilizasen de esta manera todos los esfuerzos que la España católica y monárquica habia hecho para castigar el inicuo asesinato cometido en la persona del honrado Luis XVI.

#### IV.

A las instrucciones seguian importantes amenazas.

—«Si no cumplís vuestro juramento, les decia Robespierre; si faltáis á los pactos que habeis hecho con nosotros; si por temor ó por maldad claudicáis, ya sabeis que tenemos en nuestro poder pruebas de vuestra complicidad con nosotros, y estas pruebas, cuando ménos lo imagineis, llegarán á poder de vuestro gobierno, y ya sabeis la suerte que os espera cuando en esa nacion fanática se sepa que habeis sido cómplices nuestros.»

Cuando recibió José Lax este mensaje estaba Picornel en Aranjuez en compañía del duque de la Alcudia,

y luego por sí y ante sí reunió á sus tres asociados y les comunicó las noticias que llegaron á su poder.

La conferencia fué agitada.

Bernardo Garasa calificó de sospechoso á Picornel.

—Estoy seguro de que nos vende, dijo.

—Semejante acusacion es infundada, contestó Lax, que aun tenia confianza en su amigo.

Pero Córtes y Andrés se pasaron al lado de Garasa.

—No nos engañemos unos á otros, dijo el primero de estos. La verdad es que nos hemos asociado para plantear en España la República. El principal objeto que nos mueve á ello, que nos excita á arrostrar los peligros de que siempre estamos aménazados, es el de ocupar los primeros puestos y desatisfacer la ambicion que nos domina.

Ahora bien; Picornel, segun él mismo nos lo ha confesado, es el secretario íntimo del duque de la Alcuía, del personaje más importante de España, del verdadero rey. Tiene influencia; disfruta un pingüe sueldo; puede dispensar grandes favores y seguramente es objeto de grandes dádivas. Además, es el amante de la camarista mayor de la reina; ha pisado las alfombras del palacio, y deslumbrado con tanta fortuna, no nos ha dicho ya claramente que se separa de nosotros porque nos tiene miedo; pero yo estoy seguro de que, si aun no nos ha abandonado, nos abandonará pronto.

—Muy bien dicho; exclamaron Andrés y Garasa.

—Yo creo que sois injustos, continuó Lax, porque si bien es cierto que desde que ha entrado al servicio

del duque de la Alcudia solo muy rara vez viene á verme, sé que prosigue con afan el logro de nuestros planes.

—Nos engaña.

—Por mi parte, yo creo que deberíamos renunciar á su cooperacion; tratarle de la misma manera que nos trata.

—Esa medida no me parece oportuna; en el momento en que sospechase de nosotros nos delataria, y, como dice el refran, no hay peor cuña que la de la misma madera.

—En ese caso, si él nos engaña diplomáticamente, imitemos su ejemplo. Trabajemos por nuestra cuenta, y si es preciso...

#### V.

Garasa, que era el que hablaba, se contuvo; iba á emitir un pensamiento, y al fijarse en Lax creyó oportuno reservarlo.

—Voy á pedir os un favor, dijo el íntimo amigo de Picornel. Aplazad vuestro fallo; llamemos á Juan á nuestra presencia; hablémosle al alma, obliguémosle á que cumpla el juramento que ha hecho con nosotros, y si busca subterfugios, si conocemos que ha perdido la fé, si vuestras sospechas se confirman, entonces... yo seré su primer enemigo.

Esta determinacion fué aprobada, y José Lax se obligó á buscar á Picornel para que dos dias despues asistiese al salon de las conferencias.

## VI.

Cortés, Andrés y Garasa salieron juntos.

Garasa completó su pensamiento.

—Oigámosle, dijo á sus camaradas; pero si, como creo, nos vende, desde el puesto que ocupa es quizás el enemigo más temible que tenemos. Si no es nuestro amigo, es nuestro adversario, y... ya comprendéis lo que os quiero decir.

—¿Qué pretendes? preguntó Cortés.

—Tenemos dinero, y no nos faltará un brazo que le imponga silencio para toda la vida.

La idea fué aceptada en principio, pero antes quisieron oír y juzgar al que suponían que les hacia traición.

## CAPITULO XXXI.

### El corazon humano.

#### I.

No iban del todo descaminados los que dudaban de la fidelidad de Picornel.

Ya recordarán los lectores las dudas que se habian apoderado de su alma al verse, cuando ménos lo esperaba, tan espléndidamente favorecido por la fortuna.

¡Lo que es el mundo! ó mejor dicho, ¡lo que es la imaginacion cuando se deja arrastrar por las miserables pasiones de la humanidad!

Poseido Picornel de esa sed devoradora que como una continua tentacion se apodera del hombre ambicioso, jamás habia tenido un dia de tranquilidad completa.

Cada paso que daba hácia la realizacion de sus ensueños, á cambio de una efimera satisfaccion, aumentaba su pesadumbre.

Cuando era mancebo de la librería, su más vehemente deseo era abandonar aquella humilde posición y correr mundo.

Consiguió lo que ansiaba y siguió más allá. Llegó á ser amigo y cómplice de los revolucionarios franceses, y al mismo tiempo que le sonreía la esperanza de influir en los destinos de su nación, laceraba su alma el temor de sucumbir en aquella arriesgada empresa.

Viene á Madrid con los recursos necesarios, con la autorización competente, con la protección indispensable para convertirse en instrumento del espíritu revolucionario que elevó su sόlio sobre un cadalso, y desde allí asombra y admira al mundo entero.

Forma la sociedad secreta que ya conocen los lectores, y la agitacion en que vive, la necesidad que tiene de ocultar sus designios le obliga á vivir separado de los dulces afectos de la vida.

## II.

En vano encuentra en su camino alguna de esas emociones dulcísimas que recrean el ánimo, que fortalecen la fé, que ofrecen al alma puras é inefables satisfacciones.

En vano las candorosas miradas de una mujer le hacen adivinar felicidades que desconoce; no puede detenerse. Una idea le domina; una pasión le agita; una ambición le ciega, y en continuo movimiento para llegar á la realización de sus planes, tiene que cruzar por

la vida como el rápido tren, que apenas permite al viajero en la vertiginosa marcha recrear sus ojos con los paisajes, que aparecen y desaparecen á su vista con la rapidez del relámpago.

Consuélale, sin embargo, la idea de llegar algun dia á romper las cadenas de la esclavitud que en su concepto oprimen á su patria.

Halágale el pensamiento de recibir en premio de los favores que dispensa á sus semejantes, esa popularidad, esa gloria que fascina á los hombres de génio, y la suerte propicia le eleva con asombrosa facilidad desde el puesto de conspirador, desde la situacion de pretendiente, á secretario del personaje más influyente de aquel tiempo, y le proporciona además el interesado pero fecundo aprecio de la camarista mayor de la reina.

### III.

La alegría de este triunfo no tardó en mortificarle.

Abrese á sus ojos el camino de la fortuna, pero para sostenerse y avanzar en él necesita vivir de la intriga, de la infamia; necesita vender al que ha depositado en él toda su confianza y á la que, en cambio de interesados favores, parece resuelta hasta á abdicar en él las más preciosas virtudes de la mujer.

Y como si esto no bastase, sus amigos, sus compañeros, sus cómplices dudan de él, le acechan, le persiguen y le colocan en la dura alternativa de perecer bajo el puñal de la venganza, de malograr sus planes, ó

de caer bajo el peso de la ley como un miserable reo de Estado.

Por supuesto que no debe extrañar al lector la situación de Picornel.

Todos los ambiciosos que fundan sus esperanzas en el egoísmo, sufren las mismas consecuencias.

Conste, pues, que Juan Picornel en el apogeo de la fortuna sufre mucho más que cuando, condenado á la condición de un triste mancebo de librería, pasaba las noches en vela meditando cómo podría mejorar de suerte.

Y á pesar de todo ¡sarcasmo de la suerte! eran muy pocos los que le conocían y no le envidiaban.

#### IV.

Después de la conferencia celebrada por los conspiradores, José Lax, unido con estrechos vínculos á Juan Picornel, fué á verle para participarle las sospechas que abrigaban sus compañeros y excitarle á que, explicando su conducta, dispase las dudas.

Las palabras de su amigo le hirieron como el rayo.

—¿Es posible, exclamó fuera de sí, que esos hombres á quienes hemos sacado de la miseria, á quienes hemos inspirado ideas que en su vida habrían podido abrigar, se atrevan á sospechar de mí? Necesario es que inmediatamente les hable.

—No deseo otra cosa, contestó Lax. Por mi parte he protestado contra sus sospechas, pero no basta. Ma-

ñana mismo nos reuniremos y tomaremos un acuerdo definitivo, porque las circunstancias son favorables. La mayor parte de las tropas de que dispone el gobierno están en la frontera; las gentes no se preocupan más que de la guerra; los hombres más nobles han prestado su concurso al monarca, y en estas circunstancias podemos dar un golpe decisivo. Considera, mi buen amigo, la gloria que nos aguarda si nosotros, hijos oscuros del pueblo, podemos al mismo tiempo que libertar de la tiranía á nuestros compatriotas, apoderarnos de las riendas del gobierno é imitar á los libertadores de la Francia. Entonces... ¡ah! entonces realizariamos la fraternidad del pueblo y contribuiríamos á plantear esa hermosa República universal que, acabando con los privilegios y con los despotismos, hará lucir el día de la redención para las clases desheredadas de la sociedad.

## V.

Las palabras de Lax, bonitas como todas las palabras que se pronuncian para dar á conocer sentimientos como los que inspiraban en aquel momento al conspirador, enardecieron á Picornel.

Por un momento olvidó sus vacilaciones, y aquella excitacion aumentó su deseo de disipar las dudas que contra él se abrigaban y de activar la realizacion de sus planes.

El lector no olvida que Picornel pensaba utilizar la influencia de Pepe-Hillo con el pueblo, y la ambicion de D. Manuel Godoy, seguro antes de conocerle, y mucho más despues, de que todò lo sacrificaria á la idea de llegar á ser primer magistrado de la nacion en donde todavía no era más que el primer ministro.

la reñonion para las castas desheredadas de la sociedad. privilegios y con los despotismos, hará lucir el día de hermosa República universal que, acabado con los nidad del pueblo y contrabuzamos á plantear esa cia. Hombres... ¡ah! entonces realizáramos la liber- das del gobierno é imitar á los libertadores de la Fran- tania á nuestros compatriotas, apoderarnos de las ren- pueblo, poderemos al mismo tiempo que liberar de la ti- la gloria que nos aguarda en nosotros. ¡hijos oscuros del nos dar un golpe decisivo. Considera, mi buen amigo, su concurso.

Las palabras de Larx, dadas como todas las pala- bras que se pronuncian para dar á conocer sentimientos como los que inspiraban en aquel momento al conspi- rador, entredieron á Picornel.

Por un momento oyó sus variaciones y aquella exaltacion aumentó su deseo de destruir las hudas pro- contra él se arrojaban y de activar la reñonion de sus planes.

## CAPITULO XXXII.

Más sobre el mismo tema del capitulo anterior.

### I.

Al día siguiente acudió Picornel al salon de las conferencias, dispuesto á recuperar la autoridad que hasta entonces habia tenido entre los conspiradores.

Haré gracia al lector del discurso que pronunció ante sus compañeros para apaciguar sus temores.

Discursos como aquel se han pronunciado muchos en este siglo, y no hay ningun político, por modesto que sea, que no haya parafraseado para demostrar su sinceridad las frases huecas que pronunció en aquellas circunstancias Picornel.

—¡Cómo! exclamaba cual si verdaderamente lo sintiera; ¿podeis dudar de mí, cuando he hecho el sacrificio de vivir respirando la envenenadora atmósfera de los palacios solo por acercarme más á nuestros enemi-

gos, conocerlos á fondo y justificar, al acusarles, nuestra resolucíon? Dispuesto estoy á abandonar el camino que he emprendido. ¿Dudais de mí porque vigilo activamente al primer secretario del Despacho, porque sé todas las órdenes que se comunican á los ejércitos para combatir á nuestros hermanos, porque presencio los escándalos de la córte? Decid una sola palabra, y aquí mismo escribiré un oficio al duque de la Alcudia renunciando al cargo que tengo cerca de su persona. Pero... ¿qué lograremos entonces? Que el Santo Oficio nos acesche, nos descubra, nos persiga y nos entregue al brazo secular de la justicia, ó nos obligue á vivir ocultos y á encomendar á la fuga nuestra salvacion.

Ya se ve, la elocuencia, cuando habla á las pasiones de la humanidad, obtiene grandes triunfos, y los conspiradores se convencieron despues de oír á Picornel de que hacía un verdadero sacrificio por la causa que defendian.

## II.

A las palabras de Juan siguieron algunos momentos de silencio.

Lax le interrumpió.

—Ya le habeis oido. ¿Podeis dudar de su sinceridad?

Todos cantaron la palinodia, como suele decirse; pero Garasa, que era el mas ladino de todos,

—Sin embargo, dijo, la situacion en que vivimos no